Ramon Meza.

(R. E. Maz.)

# CARMELA

HABANA.

LA PROPAGANDA LITERARIA

Premiada en las Exposiciones de Filadelfia y Matánzas.

IMPRENTA. — LIBRERÍA. — PAPELERÍA. — ENCUADERNACIÓN.

Zulueta, núm. 28.

1887.

# CARMELA

POR

RAMON MEZA

(R. E. Meз.)

OBTUVO ACCESIT EN LOS JUEGOS FLORALES
CELEBRADOS EN LA HABANA EL DIA 15 DE NOVIEMBRE DE 1886,
POR LA SOCIEDAD PROVINCIAL CATALANA

COLLA DE SANT MUS.

HABANA.

LA PROPAGANDA LITERARIA.
Premiada en varias Exposiciones.
Imprenta—Estereotipia—Galvanoplastia—Librería—Papelería.
ZULUETA, NUM. 28.
1887.

# CARMELA.

## I.

El terrado de la casa, situada en la calzada de San Lázaro, caía del lado del mar.

En invierno, cuando cubrían el cielo bajas y cenicientas nubes deshechas como girones é impulsadas velozmente por las rachas frias, veíanse desde aquel terrado las olas que saltaban embravecidas la barrera de arrecifes de la costa, y luego, cargadas de espuma, se estrellaban impotentes al mismo pié de la muralla ó malecón de piedra que defendía la casa de los ataques del mar.

Entonces, con sus persianas caídas, con sus puertas cerradas, vista desde la inundada playa, aparecía aquella casa, muda, triste.

Y era preciso resguardarla así, porque si no todo su interior lo empaparía el polvillo de agua cargado de salitre, que en su agitación furiosa, lanzaban las olas y esparcía el fuerte viento que soplaba del norte.

A media noche se oía prolongado como un sordo trueno, como tremendo resoplido de irritado leviatán, el constante bregar de las olas encrespadas, las cuales despedían, en medio de la oscuridad que todo lo envolvía, fosforescentes claridades.

Ah! pero en el verano nada más bello que aquel terrado, á la vez azotea y patio de la casa.

Desde él se disfrutaba del siempre hermoso, nuevo y sublime espectáculo del mar; aquel inmenso espacio ocupado por las olas de intenso color azul y que graciosas se rizaban acá y acullá, formando con la espuma vagos y caprichosos trazos semejantes á esparcidas plumas de cisne que se sumergiesen y volviesen á flotar en la inquieta superficie.

Los botecillos, con sus velas infladas por la brisa, y los bergantines, y las goletas, y fragatas, y tanto buque, en fin, de diferente arboladura y velamen, recibiendo sobre sus blancas lonas los rayos sonrosados del sol de la tarde, mientras que en lontananza, las sombras de la noche subían como densa neblina de opalino color; los vapores, dejando tras sí negra línea en el aire con el humo que brotaba de sus anchas chimeneas y blanca línea en el agua, con la espuma que trazaba su inquieta hélice, entrando, saliendo todos del puerto, animaban mucho aquella parte del mar.

Las tinas y cajones que en el terrado había se llenaban de plantas escogidas; y entonces, con tantas variadas hojas y hermosas flores, semejaba el terrado pequeño y bien cuidado jardincillo.

Casi á la misma hora, todas las tardes, los paseantes de la playa y los vecinos veían asomar por entre aquellos tallos verdes y hojas menudas el angelical rostro de una joven. Su cabellera negra y lustrosa como el ébano, si bien un tanto áspera y corta, caía en gruesas trenzas por su espalda. Sus arqueadas cejas, gran-

des y curvas pestañas, sombreaban suavemente sus ojos negros y brillantes.

Era la joven del terrado de muy mediana estatura: espaldas un tanto anchas, brazos un tanto gruesos, cintura estrecha, pero se armonizaban presentando tan agradable conjunto las líneas de su cuerpo á la vez robusto y ágil, que sin poseer la joven los clásicos contornos de la Venus griega, era un modelo de belleza plástica.

Y en cuanto salía al terrado, con una regadera, refrescaba y daba vida á las plantas, cuyas ramas marchitas por el ardoroso hálito del sol se iban enderezando poco á poco.

Si algún rosal estaba florecido, arrancaba la joven una flor, tronchaba con sus dientes regularísimos y de brillante esmalte el espinoso tallo, y arqueando luego con gracia inimitable sus torneados brazos, se colocaba la rosa entre sus cabellos negros, ó bien bajaba sus párpados orlados de largas y curvas pestañas, y sonriente, enorgullecida de su propia hermosura, poníase la flor en el seno.

Después de regar su jardín, al cual consagraba no poca parte de su cariño y de su cuidado, arrastraba un mecedor al terrado y se pasaba horas enteras, hasta que la noche sombreaba la playa, meciéndose y cantando con voz dulce y atiplada esas canciones melancólicas, tristes, de no correspondido amor, quejas de ardiente y pura pasión que tanto gustan á nuestro pueblo, porque retratan sus sentimientos y parecen inventadas para que se las cante bajo las palmas, entre los bosques, cuando los tibios y claros rayos de la luna trazan sobre el suelo, cubierto de césped fragante y mullido, las siluetas de los troncos, de las ramas, de las hojas.

Aquellas canciones salidas de los labios carnosos, rojos, marcados en sus comisuras por graciosos hoyue-

los, hendidos hacia la mitad por una depresión suave, y que tanto realce daban ellos solos al rostro de la linda joven; acompañadas también por el vago y sordo rumor de las olas que mansas venían á morir unas en pos de otras entre las áridas rocas de la costa, tenían cierto irresistible y tierno encanto.

Una tarde, paseábase la joven por el terrado un tanto inquieta.

Disimuladamente miraba por una de las ventanillas de las habitaciones que á él caían. Y luego, quizá satisfecha de su examen, se apoyaba de codos en el muro de cantería que daba á la playa.

A poco, apareció un joven ginete montado en brioso y negro caballo de cola menudamente trenzada, de finas patas, y arreos y albarda cargados de macizos adornos de luciente metal.

El joven, vestido de blanco dril, sombrero de finísimo tejido de paja de anchas alas y sin cintas, mantenía airosamente su elegante y fino talle sobre el negro corcel, que incómodo por la presión del freno y tirantez de la rienda, se encabritaba y pateaba en el desigual suelo de arena y rocas de aquella parte de la playa.

Sin ser bello el semblante del ginete, su juventud, el ardiente mirar de sus ojos muy negros y la afable y casi infantil sonrisa que vagaba por sus labios le hacían sobremanera simpático.

En cuanto desembocó el ginete del caballo negro, la joven del terrado, que continuaba graciosamente apoyada en el muro, de suerte que de lejos podía vérsela destacando su correcto busto de líneas mórbidas sobre la verde cortina matizada de blanco y rojo que formaban el follaje y las flores, clavó sus ojos en él.

Tiñerónse de vivo carmìn las mejillas de la joven. Su mirada, fija con tenacidad en el ginete, seguía ansiosa las piruetas del caballo; y cuando se le figuraba verle en peligro de caer, las palpitaciones de su corazón

se aceleraban. Más de una vez temió no poderse contener y que se le escapase una exclamación que advirtiese de su temeridad y osadía al porfiado que cabalgaba sobre tan accidentado terreno en tan brioso animal.

Pero nada debía temer la joven por el ginete, que éste aparecía como enclavado en la silla.

El caballo piafaba de soberbia, caracoleaba, cejaba, se paraba sobre sus patas traseras, sacudía con furia la boca llena de espuma y sus crines llenas de sudor; pero no podía quebrantar el freno sujeto por dos manos pequeñas, finas y bien cuidadas como las de una mujer, y firmes, recias, como tenazas de acero.

Aquel dia no pasaba el ginete, como lo hizo en las anteriores tardes, á alguna distancia del terrado.

No; se encaminaba derechamente hacia aquel punto, con grande sorpresa de la joven, que turbada, no acertó á moverse del muro.

Llegó el caballo al mismo pié del terrado. El cuello del ginete quedó al nivel del muro y tan cercano á él, que podía alcanzarlo sin esfuerzo alguno, con solo extender su brazo.

La turbación de la joven aumentó: no sabía qué decir ni qué hacer; lo inesperado de este suceso pareció robarle toda la voluntad.

Apoyada en el muro la linda joven, con su cara sonrosada por el rubor, con su negra cabellera ornada por una flor roja, con el pañuelo de fina batista que tenía colocado graciosamente sobre los hombros, con aquel marco natural que en su redor formaban las florecidas plantas y verdes hojas; y el ginete, sobre el impaciente caballo, con su rostro cercano al de la joven, cuyo tibio aliento sentía llegar hasta él, sonriente, mirándola con amorosa mirada en la cual parecía ir envuelta una súplica de que se le perdonara su atrevimiento de acercarse tanto al terrado: así permanecieron

ambos largo tiempo, sin cambiar una sola palabra; quizá se revelaban más que con la voz, con sus ardientes miradas, toda la emoción que les embargaba.

La brisa rizaba la superficie del mar: en la playa continuaba el lento y sordo murmullo de las olas al desbaratarse entre los arrecifes.

Y el sol, con su disco sepultado hasta la mitad en la recta línea que en lontananza trazaba el oceano, lanzaba una luz muy roja en abiertos haces de rayos, que cortaban el azul puro del cielo é iban á inflamar el contorno de las nubes.

## II.

Cada vez que la bella joven con airoso paso se dirigía hacia aquella ventanilla que al terrado caía, é inclinando un tanto su talle, echaba hacia lo interior de aquella habitación una mirada que revelaba cierta infantil y maliciosa curiosidad, era para cerciorarse de si Dª Justa, su mamita, como ella la llamaba, continuaba arrodillada y rezando el rosario.

Era aquella la hora en que la religiosa señora se entregaba cotidianamente á tan devota tarea.

Desde el terrado, mirando por la misma ventanilla que tan á menudo y tan inquieta consultaba la joven antes de la llegada del ginete, veíase la robusta silueta de Dª Justa, postrada con religiosa unción ante la urna de la Vírgen de la Caridad del Cobre, iluminada por una temblorosa llama que brillaba dentro de un vasillo azul de labrado cristal y lleno, mitad de agua, mitad de aceite de olivo.

Aquel aposento era una especie de modesto templo en que se albergaba la piedad de Dª Justa. Ella era á la vez su más incansable sacerdotisa y su más constante devota.

Ayudada la piadosa señora por su criado Tocineta, un negro joven, muy grueso, motivo éste de tal apodo que por completo sustituyó su verdadero nombre, improvisaba, con varios muebles de la casa, un altar, cuyo ornato profuso traía por necesaria consecuencia el desbalijamiento de los tocadores. Jarras, candeleros, estátuas y otros mil objetos más, destinados á profanos usos, hallaban hábil y adecuada colocación en las gradas del altarillo, iluminado luego con muchas velas y repleto de ramilletes de flores, que bien arrancaba Dª Justa de las macetas y cajones del terrado, bien las compraba á los vendedores que por las mañanas venían á ofrecérselas, pregonándolas á grandes gritos, desde la puerta.

En dias que el martirologio indicaba la celebración de la fiesta de algún Santo de privilegiado culto, al punto, con mesas y cajones, se levantaba el altarillo. De las paredes, llenas de cuadros de diferentes tamaños y marcos de molduras diversas, se descolgaba la imagen del santo, á quien estaban dedicadas las ceremonias del dia, pasaba á ocupar el lugar prominente del altar, esto es, bajo el dosel formado por cortinas de damasco y un par de inservibles aros de barril.

Así pasaba tranquilos dias de ejemplar vida doña Justa desde hacía unos quince años: dedicada á sus rezos, al cuidado y educación de su ahijadita, á la cual amaba entrañablemente, esforzándose siempre por inculcarle, con ardorosa fe, las creencias de su religión.

Era feliz: aquella casita á orillas del mar le había servido como de asilo dulce, de apacible y tranquilo lugar, en donde los años pasaban extinguiendo los dolores de su corazón lacerado por una pasión, la única de su vida, correspondida con harta perfidia é ingratitud.

Tenía de edad doña Justa como cincuenta años.

Ciertas arrugas de su frente, una languidez en su mirada, y más que todo, la laxitud de sus movimientos y ahogados suspiros que á cada instante exhalaba, convencían de que alguna oculta congoja guardaba su pecho.

No; su vida no había estado, ciertamente, exenta de profundas amarguras y crueles desengaños; pero la religión, su constitución vigorosa y el cariño que á su ahijadita profesaba, le habían dado aliento y fuerzas para sobreponerse á todas sus pesadumbres.

Ella misma se asombraba de haber podido sobrevivir á aquel rudo golpe que le hirió en mitad del alma, robándole ya, por todos los dias de su vida, el reposo y la alegría.

Sin embargo, esperaba....

Esperaba que no por ella, sino por su hija, regresase algún dia, volviese á aparecer aquel hombre, inconsecuente y pérfido, arrepentido ya de su conducta pasada y poder ver, siquiera en los últimos años de su existencia, las vislumbres de la felicidad relativa que se goza en este mundo, tan amargado siempre para ella por los desengaños crueles.

# III.

¡Joaquin!

—Carmela!

—¿Por qué has venido?

—No lo sé; pero no me pesa: Carmela ¡eres muy hermosa!

—Es favor....

—Favor nó, vida mia; eres un ángel.

—Y usted un burlón.

—Burlón yo? de quién? de tì?

—Pues ¿de quién habrìa de burlarse usted?

—Mira, hazme un favor: sigue tuteándome como antes.

—Dispense; fué una distracción.

—Distracción!.... imposible: bien has comprendido que te amo; te lo han dicho mis contínuas miradas, mis paseos por aquí. Y yo también sé que me amas: dos corazones que se aman se comprenden: y aunque estén lejos, siempre los une la simpatìa.

—¡Qué palabras tan bonitas sabe decir usted! ¡quién las crea!

—Y ahora ¿quién se burla?

—Yo no..... soy incapaz.... Repito que tiene usted bonito modo de hablar.

—No hables de lo bonito donde estés tú, Carmela. ¿Quién me dijo tu nombre? ¿dónde? ¿cuándo lo oí? ¿cómo has sabido tu el mio? Intento vano que procure adivinar ambas cosas. Hace mucho tiempo que á solas repito tu nombre y tu evocada imagen surge ante mí como una realidad. Nos conocemos: nos hemos hablado hoy por primera vez, y tal parece que ya nos hemos hablado muchas veces antes. Sabìamos ya cómo pensábamos antes de vernos, antes de este dichoso momento en que al fin, Carmela hermosa, he conseguido hablarte.

Y era cierto. Ni Carmela, que tal era el nombre de la bella joven del terrado, ni Joaquin, el ginete del caballo negro, de trenzada cola y cargado de adornos de plata, se habían hablado jamás. Esta era la primera vez que se habían acercado á distancia en que pudieran cambiar sus impresiones por medio de la voz. Carmela lo había dicho. bellas le parecieron las frases del joven, pero calló decir que al escuchar aquella voz de simpático timbre, su alma se había inundado de una emoción profunda y grata.

Joaquin pensaba, asimismo, que era muy melodiosa la voz de la joven; que la gracia encantadora con que hablaba y aquel mirar á la vez fogoso y casto, habían producido en él un sentimiento de inefable atracción, el cual habría de ligarle con lazo inquebrantable á aquella mujer tan hermosa.

Ambos se hallaban muy conmovidos, y esto motivaba cierta penosa cortedad entre ellos.

No pudieron añadir una sola palabra al rápido y espontáneo diálogo que habían sostenido: quedáronse, Carmela apoyada en el pretil y Joaquin erguido sobre la lujosa montura de su inquieto corcel; y embebidos uno y otro con sus sonrisas y miradas.

El oceano recibía en su superficie, apenas rizada por la débil brisa, los últimos rayos del sol poniente, que

se reflejaban en las pequeñas é inquietas olas, haciéndolas destellar por todas partes con relumbrones de vasto incendio.

Era la tarde hermosa, apacible, serena. La naturaleza parecía hablar de amor á las jóvenes, de caricias, de voluptuosidades sin fin que inflamaban su fantasía y ensanchaban sus corazones.

Era para ellos este momento de suprema dicha: de castos y nuevos goces jamás sentidos y que ya para siempre dejarían grabado indeleblemente en sus almas que recibían las primeras impresiones del amor, la emoción más grata.

La playa estaba solitaria: solo allá, á lo lejos, se veían dos desarrapados muchachuelos, sentados en los arrecifes, sosteniendo pacientemente una vara de flexible caña y observando con atención suma el cordel, que atado á un estremo de la vara, tenìan sumergido en el agua.

El cielo y el oceano serenos, inmensos, llenos siempre de inagotable poesía, se diferenciaban en la lejana y recta línea del horizonte, solo por la intensidad de su color azul.

Los gorriones pitando, saltaban juguetones de los aleros de los viejos y medio ruinosos tejados de las pobres casas cuyo fondo también daba á la playa, se bañaban en la arena, recorrían los pretiles del terrado, posándose en las plantas de las tinas muy cerca de Carmela y, por último, se recogían en el hueco que habían elegido por hogar.

El brioso caballo de Joaquin enarcaba el cuello, mordía el freno, pateaba con furor la arena, sacudía sus bien peinadas crines, arrojando al suelo puñados de espuma.

Carmela, apoyada en el muro, presenciaba aquella inquietud del animal temiendo por el ginete, pero también gustosa de su habilidad.

Joaquin procuraba contener el caballo, que ya le alejaba, ya le acercaba mucho al pretil donde se apoyaban los lindos y torneados brazos de la joven, llegando á veces á acercarse tanto á ella, que sentía en su rostro su tibio y puro hálito.

Aquel corto diálogo, aquellas simples y sencillas palabras que entre sí habían cambiado momentos antes, aquel corto instante pasado tan cerca uno del otro había hecho arraigar aún más, en ellos, la secreta pasión que los atraía.

El tiempo había corrido sin que los jóvenes pudieran darse cuenta: toda noción de aquel mundo situado en redor suyo había desaparecido de su memoria con el gozo intenso de aquellos momentos tan felices.

Al pensar que debían separarse, una amargura secreta inundó sus almas.

Joaquin debía apartarse de allí, abandonar la playa, aquella pared de piedra de la muralla, que no cambiara él por las doradas rejas del mejor palacio, y encaminarse triste, como si dejara desvanecido su corazón sobre aquellas azules ondas, bajo aquel pedazo de cielo puro, únicos testigos de aquella escena de amor y de ternura, por las solitarias y estrechas calles de la población ya entenebrecidas, y en las cuales se irían encendiendo, con la cotidiana monotonía, la luz de los faroles, mísero remedo de las espléndidas iluminaciones del cielo y del mar que aquella dichosa tarde había contemplado al lado de su adorada, y que parecieron orlar como con aureolas clarísimas y brillantes la felicidad intensa de su naciente amor! ¡Oh, jamás olvidaría ningún detalle de aquel momento de su vida!

Carmela quedaba sola en el terrado. Ni cantaría aquella noche canciones melancólicas que con su rumor constante acompañaban las olas, ni se entretendría en ver cómo brillaban las estrellas con sus destellos de colores múltiples en lo alto de la bóveda de oscuro

azul: quizá la luna asomaría por entre las iuminadas nubes su hermoso disco, pero ella no se complacería en contemplarla como en los anteriores dias, porque Joaquin no estaba allí. Y el alejamiento del joven parecía robarle todo su reposo, toda su alegría. ¡Qué fastidio estar siempre sola allí, no salir más que á misa, no tener más diversión que las tediosas reuniones que daba sù Mamita, á los vecinos!

Tales pensamientos abrumaban la mente de los jóvenes.

—Carmela, me retiro; advirtió con vez apagada, como si no quisiera oirse á sí mismo, Joaquin.

—¿Te vás? ¿tan pronto? preguntó con candidez Carmela.

—Sí.

Pero á pesar de su afirmación el joven, no hacía el menor esfuerzo para retirarse. Hubiera bastado el más ligero rozamiento de la aguda espuela en el vientre del hermoso bruto que montaba para que éste partiera veloz como una flecha.

¡Estaba tan hermosa Carmela, allí, de pié en el terrado, entre las flores que con tanta asiduidad y cariño regaba! ¡Era tan gustoso permanecer á su lado, que jamás se cansaría de estar allí, contemplándola siempre!

Dª Justa había terminado ya sus rezos, pues entre la claridad rojiza de la ventanilla que al terrado caía y la llama de los cirios se había interpuesto dos ó tres veces la sombra de un cuerpo humano. Andaba de un lado para otro del cuarto, guardando sus rosarios y libros de rezo.

Algunas velas del altar lucían en sus negros pabilos un punto luminoso y exhalaban ese especial y pronunciado olor de sacristía. Veíanse columnillas de azulado humo que subían rectas y luego, como si girasen á impulsos de invisible eje, se retorcían hasta desvanecerse.

Solo la lamparilla de aceite lanzaba débil fulgor, el cual marcaba mucho la parte más saliente de las imágenes, muebles, adornos y relieves, aumentaba la negrura de las sombras y lo hacía aparecer todo como tocado por esos pinceles que trazaron antiquísimos cuadros.

Extrañábale mucho á Dª Justa no oir cantar aquella tarde á su ahijada, ni siquiera sus pasos por el terrado, ni el ruido del mecedor al balancearse acompasadamente.

Inquieta, se había asomado una vez á la ventana, y como le pareció que la joven, apoyada en el muro del terrado, se entretenía en ver los pescadores ó cómo jugueteaban los gorriones en el suelo de arena de la playa, continuó enteramente tranquila su piadosa faena.

Otra vez volvió á verla en aquella misma posición. ¡Era extraño, con la viveza de carácter de la joven, que permaneciera así! ¿Qué le ocurriría? ¿algún secreto pesar?

—Carmela! le gritó, colocándose tras las persianas del comedor y poniéndolas horizontales para ver, al través de ellas, hacia el terrado.

La joven hizo un movimiento de sorpresa.

Solo atinó á decir con precipitación y disimulo:

—Vete, Joaquin!

El ginete bajó la cabeza hasta acostarla casi en las crines del caballo y se apartó al galope.

Nada vió Dª Justa, que apartada del muro, sólo podìa ver, desde donde estaba, los últimos arrecifes de la costa que desaparecían unas veces y aparecían otras con el vaivén de las oleadas.

Cuando el ruido de las herradas patas del corcel sobre la arena y piedras del piso accidentado de la playa se perdió á lo lejos, Carmela contestó:

—Mande usted, Mamita.

—¿Qué haces ahí?

—Miro el mar. : . . ¡está tan linda la tarde!

—Sí; pero ya es casi de noche.

—¿Y qué, Mamita? ¿teme usted que me roben?

—No; no es eso, vida mía, no me contestes así. . . . el relente. . . . los costipados. . . .

—Ah! perdone usted. . . .

Y sin replicar más, tomó la joven su mecedor y lo arrastró hasta frente la ventana de la sala donde se sentó, mientras su Mamita tomaba también asiento cerca de ella, en un ancho y cómodo sillón.

## IV.

Una semana después, una noche, había reunión en casa de Dª Justa.

Celebrábanse allí estas reuniones con mucha frecuencia, pues la dueña de la casa era, á más de metódica y religiosa, fina, atenta, amable.

Amigos y vecinos acudían regocijados á aquella sala poco espaciosa, que á la estrechez de sus dimensiones debía que no concurriese á ella el barrio por entero.

El sofá ocupaba un lado de la sala, y frente al sofá se hallaba el piano. Bajo la lámpara de cuatro luces de petróleo, pero tan claras y con bombillos tan elegantes y armadura tan buena que lo disimulaba y parecía una lámpara de gas, había una cestita china de flores de cartón y papel, todas inverosímiles y del peor gusto.

Las sillas y sillones se colocaban pegados á la pared, apiñados unos contro otras, y en perfecta hilera, por todo el cuadro de la sala.

Dª Justa ocupaba invariablemente el centro del sofá, la presidencia, á cuyos dos lados, seguían las dos alas de sillas que iban á terminar en el piano.

Al sofá se acercaban los visitantes á hacer, antes que todo, el preferente saludo.

Muchos decían que Dª Justa celebraba estas reuniones con objeto de encontrar un buen novio á su ahijadita Carmela, en lo cual no iban muy descaminados; pero en honor de la buena y amable dueña de la casa debe decirse, que nunca lo había pensado así, tan rudamente, como se lo soplaban en el oido los murmuradores vecinos: además, entraba como parte muy principal en la celebración de las dichosas reuniones, el natural comunicativo de la amable Dª Justa.

Otros murmuradores más crueles ó más ligeros decían que Dª Justa celebraba las reuniones con objeto de codearse con gente de más categoría que ella, pues á legua se le conocía que se afanaba por pasar por una persona blanca, sin serlo. Tampoco iban muy lejos de lo cierto los que así juzgaban; pero como á nadie ofendía Dª Justa con esto, sino que eran muy propias de su humana naturaleza esas aspiraciones á mejorar y elevarse, mal hacían en propagarlo, tanto más, cuanto que, en tales murmuraciones, entraba en mucha parte la envidia.

La casa de Dª Justa, sin ser lujosa ni grande, estaba adornada con profusión y muy aseada. Veíase por todas partes el esmero de una mano cuidadosa y arreglada: respirábase en toda ella cierto aire de pureza de costumbres, de franqueza, que retrataba el carácter de su dueña.

La noche á que nos referimos, hallábanse los sillones cubiertos con valiosos paños de tejido de hilo hechos á mano. Los testeros de la sala, adornados con macetas de barro pintado, contenían plantas naturales de anchas y grandes hojas. En el comedor, sobre una redonda mesa corredera de caoba, cubierta con hule nuevo en en cual había dibujadas pagodas chinas, se veían un gran jarro de plata magnífico, lleno de hielo y de agua,

muchas copas, y una ancha bandeja con limones y blancos y apetitosos panales: preparativos todos para una modesta y agradable colación.

Estos eran los invariables preliminares de las frecuentes y amenas recepciones de casa de Dª Justa.

Poco antes de que sonase el cañonazo tradicional disparado á mitad del puerto por la capitana para anunciar á la ciudad que eran las ocho, Carmela, vestía un túnico de blanco percal y adornos de encajes rosa, cuyos pliegues y ceñidos hacían resaltar, con arte verdadero, la esbeltez de su cuerpo mientras que, orgullosa y contenta, caminaba con cierto garboso y provocador contoneo ante un espejo de la sala.

Llegóse Carmela á la ventana, y en su rostro, un tanto más sonrosado que de ordinario; en la agitación de su seno, y en su mirada inquieta, notábase que se hallaba poseida de esa impaciencia del que ansiosamente espera.

A poco entraron tres lindas jóvenes, tres hermanas, acompañadas de su madre, nada joven, por cierto, pero que quería pasar por hermana mayor de sus tres hijas y lo lograra si su ancho talle, su grosor excesivo, y cierta flojedad en las carnes, que á cada paso que daba sufrían extremecimientos ligeros, no fuesen parte á amenguar lo verosímil de aquella suposición.

Expresivas caricias recibió Carmela de todas las recién llegadas, á más, desde luego, del imprescindible par de besos, uno por mejilla.

Eran tales y tantos los deseos que tenían de departir con Carmela las visitadoras, que hablaban todas á la vez é iban repitiendo unas tras otras las frases y palabras que alguna de ellas decía.

Allá se salió también Dª Justa á recibir á la mamá y á las niñas, en cuanto oyó, desde su cuarto de rezos y ceremonias, el murmullo de las conversaciones y de las risas unido al ruido que producía el incesante vai-

vén de los abanicos de varillas de sándalo. marfil y nácar, agitados por manos pequeñas, blanquísimas, bien cuidadas y macizos brazos repletos de pulseras, cadenillas y medallas.

¡Qué abrazo tan apretado se dieron Dª Justa y Dª María de Jesus, la madre de las tres lindas niñas!

—¡China!

—¡Tanto tiempo!

Así clamaron ambas, separándose, estrechándose, riendo y hablándose casi con lágrimas en los ojos.

—¡Estás gruesa, Chucha!

—Y yo también te encuentro á tí muy bien, Justa: se conoce que te son saludables estos aires del mar. Y de Carmelita ¡no se diga nada! está hecha una mujerona, Dios la guarde!

Dª Justa tuvo que abandonar muy presto á su cariñosa amiga para recibir á otras personas que llegaron. Cinco muchachas y tres jóvenes; éstos muy bien vestidos, muy ceñidas al cuerpo las ropas, vivarachos, habladores, y que por bromear fingían decirse al oido mil noticias de cada una de sus bellas compañeras para excitar su curiosidad.

No se estaban quietos.

Dª Justa dió un par de abanicazos, en el brazo, al más revoltoso de ellos, y le preguntó bondadosamente:

—¿Todavía eres tan majadero? A este muchacho no se le despinta de los ojos la viveza que tiene. Cuando era más niño, su madre no lo podía aguantar. Tenía que echárselo á cuestas el portero, para llevarlo á la escuela....

—¡Vamos, Dª Justa, no hable usted de eso, que me va á abochornar delante de las muchachas!

Estas se hecharon á reir.

Y junto con ellas Dª Chucha y Dª Justa, que por toda contestación exclamaron á duo:

—¡Qué maldito!

—¡Qué muchacho!

Otras personas más de ambos sexos entraron en la alegre casita. Ya la sala iba llenándose. Y los transeuntes de la calle contenían sus pasos con disimulo, al pasar por frente de la ventana para ver más tiempo tanto lindo rostro.

Mas aquél á quien esperaba Carmela no llegaba, porque la joven seguía preocupada mirando fijamente hacia la puerta. Y su ansiedad aumentaba á la llegada de cada persona ó grupo de ellas.

Las conversaciones se iban animando: la cortedad que reina en los primeros momentos en toda reunión donde acuden personas que no se conocen ó se han tratado muy pocas veces, iba desapareciendo. Las vulgares referencias de: ¿Dónden viven ustedes ahora? Ah! se han mudado. Nosotras no hemos ido á visitarlas porque ¡hemos tenido tantas cosas en la familia, luto, enfermos.... ¿Por qué no fueron ustedes este á año á los baños de mar? ¡cuánto nos divertíamos juntas, qué de maldades hicimos á aquellas que se pintaban y para que no se les destiñera la pintura no se mojaban la cara! ¡qué diversión! Este año habrán de estar muy concurridos los bailes de la Glorieta y de la Playa: nosotras nos estamos preparando!.... y otras mil frases por el estilo, con que se suple perfectamente la falta de cualquier otro asunto más interesante de que tratar, habían sido sustituidas por diálogos más prolongados y más íntimos.

Entraron dos jóvenes cogidos del brazo.

El uno vestía de blanco dril y se había quitado, al trasponer el umbral de sala, un sombrero de finísimo tejido de paja.

De fijo que era este el que aguardaba Carmela, pues brilló en su mirada el júbilo y una sonrisa entreabrió sus lindos labios.

Los recién venidos, estrechando las manos de los

concurrentes á la fiesta y haciendo otras veces un ligero movimiento de cabeza, se llegaron hasta el sofá.

El compañero de aquel joven favorecido por la sonrisa de Carmela, lo presentó á Dª Justa.

—Señora, tengo el honor de presentarle á mi distinguido amigo y condiscípulo Joaquin Fernandez, un buen muchacho en toda la extensión de la palabra.

Contestó Dª Justa; dióle expresivas y corteses gracias Joaquin, que permaneció de pié buen rato, mientras la buena señora echó á volar su memoria tras los recuerdos que tenía de todas las familias Fernandez, y fijaba, desatinadamente, el grado de parentesco que el joven debía tener con todas ellas.

Al cabo Dª Justa, que tenía la pretensión de conocer los enlaces y parentelas de todas las principales familias de la Habana, vino á figurarse, y tras esto á convencerse, de que conocía muy bien á los padres y abuelos del joven, lo cual llenó de gozo á Carmela.

¡Su mamita conocía á Joaquín! Esto era ya un gran paso.

La sala seguía llenándose de gente: alguien opinó que debía cerrarse la puerta de la calle, porque, si todos los que entraran, fueran, al menos, presentados á Dª Justa como Joaquin Fernandez, santo y bueno; pero ¡no señor! que mucho jovenzuelo de los que obstruían la puerta y el paso por la acera, frente á la ventana de la calle, aprovechaban el menor descuido para introducirse en la sala! Y una vez dentro, quedaban ya salvados, campando por sus respetos con un aplomo increible. Dª Justa creía que eran amigos de los visitantes; y los visitantes creían que lo eran de Dª Justa. El resultado era, que nadie se atrevía á molestar á los intrusos por pena de que quizás no lo fuesen.

Comenzaron á cambiarse señas de un lado á otro de la sala entre las muchachas y los jóvenes. Unos, afirmaban; otros, negaban; otros, hacían como si fueran á

ponerse de pié y luego se sentaban haciendo, reir con esto, á los demás.

Un jovenzuelo fué el más animoso: se levantó, atravesó la sala sin hacer caso de algunos silbidos con que pretendían cortarlo sus compañeros, y ofreciendo su brazo á Carmela, le dijo:

—Señorita, no me desairará usted.

—¿Qué? ah! si yo hace mucho tiempo que no toco, respondió con gracioso tono de súplica la joven.

—Mírenla! haciéndose la que no sabe, arguyó una bellísima trigueña.

—Y tú ¿cómo sabes que toco?

—Bah! como que no te oigo machacando las teclas casi todo el dia.

—Ejercicios, china, ejercicios; pero piezas ¿cuándo?

—Bueno, pues que sea un ejercicio bonito, dijo el joven, que aún continuaba de pié y con el brazo arqueado al lado de Carmela.

—No hija, no es desaire: hay otras aquí que tocan mejor que yo: Nena, Chonchón, Catumba....

—Sé complaciente, oh! Carmela!

—Mi ahijadita es muy corta de genio, aseguró Dª Justa terciando en la disputa, no le gusta tocar delante de la gente: yo le digo que si aprende y se afana tanto para no lucir, que deje el piano.

—Bueno, Mamita, tocaré; pero, digan ustedes lo que desean.

—Traviata!

—El Trovador!

—Lucía, Lucía, propuso la linda trigueña.

—Eso, eso, muy bien, aprobó el jóven que brindaba su brazo á Carmela y que ya estaba un tanto amoscado y casi arrepentido de haberse empeñado en hacer tocar á la joven.

Después de nuevos remilgos por una parte y nuevos ruegos por otra, sentóse al piano Carmela.

Hubo un murmullo de aprobación en la sala: y muestras de desaprobación entre los espectadores de la puerta y de la ventana. Uno gritó, dando á su voz un timbre atiplado para disfrazarla:

—Caballeros, ahora tendrémos *pianoteo*.

—Pues yo estoy aquí para ver bailar, añadió otro.

—¡Será preciso cerrar la ventana! exclamó muy molesta Dª Justa: ¡que atrevimiento! ¡cómo está la gente, hija, perdida: ya no respeta nada! ¡en mi tiempo no era así!

—Qué! no haga usted caso, vecina, son chiquillos mal criados, replicó prontamente una señora muy gruesa que se abanicaba su rostro sofocado y cubierto de sudor con verdadera furia: pensaba la infeliz que si le cerraban la ventana se asfixiaría sin remedio.

En la sala hubo completa atención y silencio.

Carmela, en tanto, destrozaba en el piano una larga fantasía sobre la bella ópera de Donizetti, aprendida, á retazos, bajo la dirección de un profesor cuyo título se lo había colgado él mismo sin remordimientos de conciencia.

Cuando concluyó Carmela, estalló un nutrido aplauso y prodigáronse muchas felicitaciones, tantos más sinceras, cuanto que había tardado mucho y esto acabó con la paciencia de casi todos los oyentes jóvenes sin distinción de sexo.

No había mala intención, sino que realmente se alegraron mucho todos de que la joven acabase aquella Lucía ó lo que fuere.

—¡Una danza, Carmela! pidió una voz ronca y desigual, que recordaba la de un gallo que comienza á cantar.

—¿Danza? nó, una cuadrilla, pidió otra voz.

—Una polka!

—Pero, señores, dijo Carmela con mohin gracioso y haciendo girar la banquetà del piano, no puedo tocar tantas cosas á la vez.

—¡Bien contestado! gritó desde la ventana un descarado apretándose con dos dedos la nariz para emitir de falsete la voz.

Dª Justa echó hacia aquel lado una mirada terrible.

—No les hagan ustedes caso, dijeron unos.

—Malcriados! bramaron otros.

Luego volvieron su atención al asunto del baile.

—Toque esa dancita: *¡Ay Carmela!*

—No, hombre, no; no seas niño, comencemos como debemos comenzar con piezas de cuadro.

—Bien, sea; como gustes...

—La cuestión es bailar.

En tanto no cesaban las murmuraciones entre los espectadores de la calle, que fingían disputar, también con mucho calor, si debía de ser cuadrilla ó danza ó lo que se bailase para burlarse de los de adentro.

Dos ó tres muchachas, vueltas de espalda hácia la ventana, no podían contener la risa y se cubrían la boca con el abanico, lo cual motivaba que se les dirigieran requiebros indirectos.

Algunos jóvenes, sentados también cerca de la ventana, de puro amoscados sentían arderles los carrillos y las orejas: temían no poder soportar aquellas burlillas y procacidades de los agrupados en la calle é iban á armar, allí mismo, alguna camorra muy gorda.

Vencieron, por ser más numerosos, los partidarios de que se bailara la cuadrilla.

Sobre todo las muchachas aprobaron que se comenzase la fiesta por baile de *figuras* y no de *parejas*.

Al punto se apartaron algunos sillones que estorbaban y se ordenó al negro Tocineta que quitase el cesto colgado de la lámpara, lo cual ejecutó Tocineta, subido en una silla coja que, con sus bamboleos y desequilibrio, excitó risa general y alborotó á los espectadores de la puerta y la ventana.

Quedó despejado el centro de la sala de personas y muebles; y acudieron á colocarse, unos frente á otros, los bailadores.

¡Qué gracias en los saludos, qué exactitud en las entradas y salidas! Aquellos eran unos bailadores veteranos. Las jóvenes lucían su garbo en graciosos contoneos, sonreían dichosas. Y no lo estaban menos sus mamás, contemplando desde el pináculo de sus muchos años aquellos pimpollos que brotaban á la vida de las ilusiones como los pájarillos cantando, aleteando, retozando, llenos de todo ese candoroso é irresistible encanto que tienen las francas alegrías juveniles.

Dª Justa, sentada en su sofá, tenía en torno suyo como una pequeña corte de amigas y vecinas, casi todas de su misma edad.

Delante de aquella juventud que pasaba ante sus ojos bulliciosa y alegre, llena de halagadoras ideas, veníanles con cierta melancolía recuerdos de su buena época, á todas aquellas señoras.

—¿Te acuerdas, Chucha, de aquellos bailes de Escauriza? ¡qué lujosos !Pero no hablo de los últimos tiempos; hablo de cuando iban los condes de Buena-vista y Marqueses de Vista-hermosa y arrastraban consigo lo mejor de la sociedad habanera. Entonces era yo muy niña; recuerdo que llevaba relaciones con un escribano y que peleábamos porque él era muy celoso. Me prohibió que fuese á Escauriza, y yo, de cabezuda, fuí: desde entonces, ¿puedes creerlo, muchacha? ni él ha sabido de mí, ni yo de él. Se lo tragó la tierra.

Dª Justa rió de buena gana.

Aprovechó esta oportunidad Dª María de Jesús, Chucha, como la llamaban, para demostrar que también ella tenía tan excelente memoria como su amiga:

—¿Y tú te acuerdas, Justa, de aquel gigante que se exhibía en la calle de O'Reilly...

—Vaya! interrumpió Dª Justa, me acuerdo tan bién,

que me parece tenerlo delante: alto, bien proporcionado, buen mozo... se llamaba.. espera.. espera..

—José Bihim.

—Mucho que sí; y era francés.

—¿Y los Raveles? Ah, qué diablo de hombres! Mira, muchacha, se tiraban así, como unos monos. No sé cómo no se mataban diez veces al dia. Y Mr. Blondin, que saltaba en la cuerda ni más ni menos que lo haría un buen bailarin sobre el mismísimo suelo?

—¿Y Chiarini? ¿y su señora? ¿y sus negritos?

—Ah! ¿y aquella pantomima de Roberto Macaire y Beltran que hacía reir al más serio?

—¡Cuanta diversión! Por aquella época también existían los salones del Diorama. Vino la Raquel á Tacón. ¡Qué de luchas con la Raquel! Había partidarios suyos y de la otra que cantaba... ¿cómo se llamaba, señor?... No me acuerdo. No se hablaba de otra cosa en la Habana.

—¿Te acuerdas de la Patti y Paul Julien? ¿de Mr. Godard y su globo América, y de lo que les pasó en el aire á aquellos que subieron con él?

Aquí rieron todas las antiguas señoras.

—¿Y del Panorama de la toma de Sebastopol en el teatro de Villanueva?

—Ah! ya lo creo: fuí á verlo; tal parecía que estaba una en la guerra; los caballos, los sables, los cañones, los heridos, los muertos... qué horror!

Hasta entonces habían estado hablando Dª Justa, Dª Chucha y alguna que otra vecina. Casi todas se entusiasmaban con sus recuerdos y querían meter baza en la conversación, monopolizada siempre por las más locuaces ó más gritonas.

La señora gruesa aprovechó un instante de silencio para probar que ella tenía también que decir:

—¿Y el polvorín?

—Jesús!

—Yo añadió entusiasmada la gruesa señora, estaba comiendo y de pronto ¡pum! ¿qué es eso Santísima Virgen?... Creí que la tierra estallaba, los cristales de mi casa saltaron, cayó la cal de las paredes y del techo; el cielo se oscureció; mi corazón hacía así.. así...

—Ay, señora dijo Dª Justa, qué recuerdo tan triste ha sacado usted; desde entonces creo que padezco del corazón. Yo vivía frente al muelle y lo ví todo, porque precisamente estaba en una ventana mirando un buque que andaba por la Bahía. Me dió un fuerte ataque...

—Bueno, chica, olvídate de eso, ¿á que no te acuerdas del niño Arklin?

—Como si lo viera! Demonio de muchacho! se torcía se retorcía, saltaba de silla en silla, se embutía en ellas, pasaba por entre aros pequeñísimos. Era un elástico aquel chiquillo.

—Vamos á ver, mentirosilla, ¿en qué teatro lo viste?

—Hija, te digo que lo ví, en el teatro del Paraíso.

La cuadrilla que bailaban los jovenes debía terminarse ya pronto.

Joaquín, que no formaba parte de los bailadores, se había ido aproximando disimuladamente al piano. Estaba ya en uno de los asientos más cercanos á él. Carmela podía verlo con sólo volver muy poco la cabeza, y por cierto que, como esto no le costaba ningún esfuerzo ó trabajo, la había vuelto muy á menudo con grande regocijo y satisfacción del joven.

Dª Justa proseguía en tanto, sin atender ni á una cosa ni á otra, recordando sus pasados tiempos y experimentando cierta fruición cada vez que asentían sus amigas, ó que al disputarles la exactitud de una noticia, lograba ella convencerlas con su admirable memoria.

Sin embargo, la pregunta de Dª Chucha sobre el niño Arklin había excitado dudas.

Dª Justa no estaba muy segura y seguía echando cálculos en voz baja; pero, disputó victoriosamente á su amiga el punto donde se daban las funciones del niño Arklin.

Dª Chucha insistió.

—¿No sería en el teatro de Villanueva?

—No, hija; dispensa que te diga que estás confundida, lo que se daba en el teatro de Villanueva era el Dominó Azul; tanto que mi marido me llevó allá dos veces, porque me gustó mucho la función.

—Ah! ¿y usted ha sido casada, vecina? preguntó la gruesa señora, que no había desplegado sus labios desde que se desaprobó su terrible recuerdo del polvorin?

Dª Justa se turbó mucho con esta pregunta, pero dominándose, contestó:

—Sí, señora.

—Y qué ha sido de su esposo, ¿murió?

—Sí... sí, señora... murió... atinó á balbucear Dª Justa.

Pero la verdad era, á pesar de esta afirmación, que Dª Justa no sabía á ciencia cierta dónde había ido á parar su marido. Una vez le aseguraron que estaba en Orán, otra que en Santander, otra que en Uruguay, y á todos estos puntos, y otros muchos más, escribió repetidas cartas, poniendo en todas ellas las palabras, pérfido, ingrato, cruel, inconsecuente, pero nunca recibió la más sencilla contestación.

Un momento cesaron de hablar las buenas señoras: todas quedaron cavilosas. Dª Justa pensaba que había cometido una indiscreción en nombrar á su marido; y la gruesa señora se vituperaba su torpeza, creyendo haber estado curiosa por extremo.

La cuadrilla había terminado.

Joaquín, aprovechando los asientos que dejaban algunos, al cambiar de sitio para entrar en el baile ó

ponerse de pié sencillamente, había logrado sentarse junto al piano.

A poco conversaban animadamente Carmela y él.

En el terrado, y también en el comedor, había un compacto grupo de criados de ambos sexos, negros y mulatos.

Los de la puerta del comedor á la sala habíanse colocado allí de propósito para servir de pantalla á otra cuadrilla que entre ellos se había improvisado.

Tan solo dos de aquellos criados eran de la casa; los demás eran amigos, vecinos y conocidos, que sabiendo que en la casa de Dª Justa había reunión aquella noche, llegaron como por casualidad; pero la tal casualidad se hallaba desmentida por la profusión de lazos, cintas y moños que traían los pertenecientes al sexo débil y la elegancia cursi con que venían vestidos los del sexo fuerte.

Entre los agrupados bajo el dintel de la puerta del comedor se destacaba en primer termino la gruesa figura del negro Tocineta.

No faltaba quien desde la sala echase ojeadas al improvisado baile del comedor y del terrado, por lo cual se decía por allí á boca llena, entre las criadas mestizas, que las blancas no bailaban con tanta gracia como ellas.

La mirada del negro Tocineta, brillaba aquella noche de siniestro modo: sus ojos no se apartaban del piano.

Observaba ávidamente á Carmela y al joven Joaquin, entretenidos en su inacabable conversación.

Carmela golpeaba maquinalmente el piano.

Después que tocó la cuadrilla, se le acercaron muchos rogándole que tocara una danza, y ella les había complacido.

—¿Vas á seguir tocando toda la noche Carmela?—preguntó, algo inquieto, Joaquín.

La joven, con graciosa sonrisa, respondió:

—No, hasta que me aburra.

—Pues me alegro; abúrrete pronto.

—¿Por qué lo dices? ¿tan mal toco?

—Tú no puedes hacer nada mal: tu gracia rebosa en todo: lo digo porque es justo que también bailemos nosotros dos ¿no es cierto?

Carmela hizo algunos remilgos como si se negara, pero bien comprendió Joaquín que asentía.

Dª Justa notó aquella conversación tan sostenida y tan animada entre su ahijadita y el joven Fernandez que le habían presentado poco antes.

Su mirada experta le dió á comprender que entre los jovenes había una simpatía mútua sobrado elocuente.

Púsose á observarlos con todo disimulo para convencerse más; pero tuvo que atender á la señora gruesa que se abanicaba con más furor, pues tanta gente y tanta respiración acelerada por el baile, habían elevado algunos grados la temperatura de la sala.

Y no era esto lo peor, sino que los malditos espectadores de la ventana estaban insoportables. A cada pareja de bailadores le habían puesto un defecto ó un mote y cuando pasaban bailando cerca de ellos, todo era risas y bromas.

Dª Justa acabaría de seguro por cerrar la ventana y quizá por esto procuraba, con más ahinco, entretenerla con su conversación la gruesa señora.

—¿Ha leido usted á Bertoldo, Dª Justa? le preguntó.

—¡Oh, sí señora! ¿pues no había de haberlo leido? ¡qué libro tan gracioso! ¿Y qué me dice usted de Fray Gerundio, señora? Ya no se escribe así: hoy todo se vuelven novelas inmorales que atacan la religión, la sociedad, la familia.

—Estoy conforme, dijo terciando en el diálogo otra señora que publicaba versos de pésames y de felicita-

ciones en la sección de comunicados de los periódicos y era tenida, por esto, en concepto de algunos, por insigne y sapientísima literata, sí, señoras, no solo está perdida la novela, sino el teatro. Ya no se escriben zarzuelas como aquellas tan lindas que se cantaban en el teatro Principal.

—Muy cierto, asintió Dª Justa, allí vi yo el *Marqués de Caravacas*, y el *Tio Canillitas*, ¡qué graciosas, eh!

—Ah! yo me moría de risa cada vez que veía aquellos tirando de la casaca del Marqués y gritándole que la soltara mientras él se los sacudía con el tricornio como si fuesen moscas.

Todas las buenas señoras se echaron á reir recordando escenas de las dos zarzuelas más populares de su época.

El baile continuaba muy animado, Carmela había concluido de tocar un vals y se retiró del piano pretextando que se hallaba cansada.

En seguida se buscó otra tocadora, entre las muchachas presentes, que sustituyera á Carmela.

Esta fué á sentarse al lado de Joaquín donde continuaron los dos el animadísimo diálogo.

Poco después, entre el grupo de los bailadores, veíase también á Carmela y Joaquín, que recibían gustosos las bromas de sus compañeros.

La joven bailaba divinamente, á juzgar por el voto de los espectadores de la ventana y alguno de los del terrado.

—Esa sí, decían por detrás de Tocineta, esa sí que se conoce que tiene sangre de....

—Chist, Trinidad, alabado sea Dios, qué lengua tienes....

—¿Y qué, hija? ¿qué tiene eso de particular....?

—¿Te callas, ó me largo de aquí?

Joaquín no bailaba mal tampoco; pero no obtenía en su favor ninguno de aquellos votos competentes.

Dª Justa ya no pudo resistir por más tiempo su curiosidad de informarse quién era el joven que bailaba con su hija, olvidándose por completo de la genealogía que antes le había colgado.

—¡Bonito muchacho! Es un buen bailador, ¡qué bién se llevan Carmela y él! ¡parecen dos plumas!

Estos fueron los únicos datos que pudo obtener Dª Justa y que, por cierto, no le sacaron de dudas.

El negro Tocineta, con su rostro abotagado y torpe por la obesidad, dibujaba sus toscos perfiles sobre la blanquísima pared del comedor. Con mirada ávida seguía los movimientos y giros que en la danza ejecutaba Carmela. A veces sus manos se crispaban y apretaban con fuerza el espaldar de la silla en que se hallaba apoyado.

—Pero, señor, exclamó Dª Justa ¿qué tendrá hoy Tocineta que está tan emperrado?

Y dirigiéndose al negro, llamó:

—Ven acá, Tocineta.

El obeso negro atravesó la sala codeándose con los bailadores y fué á ponerse de pié, con los brazos cruzados, ante Dª Justa.

—Aquí tienes este negrito, Chucha.

La aludida alzó los ojos y los hizo girar en sus órbitas, tras aquellos grandes vidrios de sus lentes, como sí sus recuerdos fuesen algunas invisibles mariposas á las cuales era preciso seguir en sus revoleteos por toda la sala. Pero nada sacó de este raro examen.

Tocineta, grueso, fuerte como un roble, sin ninguna expresión en el semblante que indicara ingenio, agudeza ó siquiera esa travesura propia de los negros de su edad, permanecía de pié, casi sin pestañear, ante el coro de señoras que rodeaba á Dª Justa.

—Pues.... dijo ésta convencida de que sus com-

pañeras no acertaban, este negro, tan grande, que ustedes ven, llegó á mi casa así.

Y al decir esto, señalaba Dª Justa con la palma de la mano á una altura inverosímil sobre el suelo, la estatura infantil de Tocineta.

—Ustedes recordarán, prosiguió, que entonces vivíamos nosotros en la calle de la Zanja.

—Muy cierto, afirmaron algunas señoras.

—Jesús! qué horror! yo bien se lo decía á mi marido....

Dª Justa detuvo su relato un instante alarmada por haber cometido de nuevo la indiscreción de citar á su marido.

Luego prosiguió:

—Desde que yo ví pasar aquellas máquinas, hijas de mi alma y de mi corazón, echando tantísimo humo, dando tantísimo pitazo, resollando como unos animales muy grandes, por frente á mi casa, no las tenía todas conmigo. Cuando.... ¿quién les dice á ustedes, chinas, que una mañana, ay! sí de acordarme sólo se me estrepitan los nervios! oí un ruido tremendo, como el de cien cañonazos juntos, como el de otro polvorín: algunas paredes de mi casa y el techo de un cuarto alto se rajaron. Me asomé á la ventana á ver qué pasaba, y ví que el frente de todas las casas estaba como acribillado á tiros y lleno de fango. Algunos carriles arrancados, fuera de la línea, muy lejos. ¡La locomotora de Villanueva, hijas de mis entrañas, había reventado! ¡qué susto! ¡qué angustia! Hubo algunos pasajeros heridos. El maquinista Valladares, muchacho muy atento, muy honrado, muy querido de sus compañeros, el preferido de los viajeros de la línea que iba á la "Unión," estaba hecho pedazos; y de José, el pobre negro fogonero, nada se sabía. Yo no sé, hija, cómo no me morí aquel dia: no pude comer ni dormir y me dieron ataques de corazón. Por la tarde llegué

á saber que el pobre fogonero había dejado un negrito de dos meses en el mayor desamparo. Yo me compadecí tanto de él, que no pude menos de hacer una obra de caridad: recogí aquel negrito, que no es otro que este hombrón que tienen ustedes delante.

Exhibido ya el negro Tocineta, que á él se refería la historia de Dª Justa, contada en su presencia por la centésima vez, volvió á atravesar nuevamente el grupo de bailadores, inconmovible aunque tropezaran con él, y se colocó en su puesto de la puerta.

El gran reloj de pesado péndulo del comedor, daba en aquel momento las diez.

Ya había habido entre algunas mamás pronunciados deseos de retirarse, porque era tarde; mas Dª Justa había contenido ó los impacientes con su amabilidad y con sus ruegos.

—Vamos, concluya el piano y el baile, rogó Dª Justa, que ya hay algunas amigas que desean retirarse.

—Espere, espere, no sea usted mala, Dª Justa, ¡una polka! ¡no; un vals! ¡nó, una danza! ¡un danzon! y terminamos, disputaron alegremente los bailadores.

Poco después pasaron todos al comedor y se colocaron en torno de la mesa de los panales.

El negro Tocineta, con un tradicional cucharon de mango de cedro que sostenía una nuez de coco muy bien labrada, sacaba agua de una tinaja de barro rojo cada vez que con el contínuo llenar de copas se vaciaba el magnífico jarro de plata.

Los limones abiertos en dos partes iguales eran esprimidos por monísimas manos y los panales se derrumbaban en el agua, figurando, en miniatura, esos grandes hielos flotantes que vienen de los polos navegando sobre el mar y que los cálidos rayos del sol van derritiendo ni más ni menos que si fueran otros panales enormes.

—Vamos! sin cumplimientos, Pepe, tome usted otra

copa! Valdés; vaya ese limón! Garcia! obsequiaba infatigable Dª Justa.

Y la algazara crecía. Una muchacha hizo muchas lindas muecas, porque al exprimir un limón le había caido el zumo en los ojos: otra se echó á reir enseñando dos hileras de dientes blancos, redonditos, esmaltados, porque la amiga que le quedaba al lado le había asegurad o que el más limón de todos aquellos limones era su compañero de baile.

Las señoras de alguna edad, sentadas lejos de la mesa, gozaban al ver cómo se divertían los muchachos.

De Joaquin y de Carmela nadie se ocupaba.... tampoco ellos se ocupaban de nadie.

Habían hecho limonada en un solo vaso y se divertían en beberla los dos, uno después de otro, para adivinarse mútuamente los secretos.

Ambos eran los que más se divertían y gozaban.

Para que nada faltase, un joven, que hasta entonces había sido el más serio, el más tranquilo, el que más cortedad de genio mostrara, tuvo que subirse, entre empellones y ruegos, á una silla, é improvisar una poesía.

No hubiera necesitado él de tanto ruego, pues que en toda la noche, y aún dias antes, se había estado mascullando, para su capote, aquella improvisación; pero, como era de rigor, no se atrevió á soltarla hasta que no se lo rogaron mucho y hasta que le dieran su permiso Dª Justa y los demas concurrentes.

Empuñó una copa de limonada, vociferó como un energúmeno haciendo los más nerviosos gestos, y apuró á grandes tragos el contenido de la copa entre risas y burlas generales, sin que ni estas ni aquellas tuvieran nada de irreverentes á la fama justamente adquirida y reconocida del popular vate, el cual parecía haber acaparado, para su uso exclusivo, todos los consonantes en ón y en ía.

No quiso Dª Justa que se retiraran sus amigas sin que vieran el altar que últimamente había hecho, por lo cual ordenó á Tocineta que fuera á encender las velas.

—Oh! ño te molestes, no te molestes, china, otro dia lo veremos, arguían las amigas que ya tenían muchos deseos de retirarse.

Pero el negro Tocineta, gruñendo y soñoliento, se subió en la misma mesa del altar y con no poca pereza encendió algunas velas.

Era de ver á Dª Justa ir describiendo detalladamente todo el trabajo que le había costado tal ó cual adorno é indicando minuciosamente todas las bellezas del altarillo.

Carmela y Joaquín hallábanse casi solos en el comedor y su conversación era cada vez más apasionada.

Embebíanse con sus miradas amorosas: prodigábanse sonrisas, frases de exquisita ternura, para protestarse su mútua y duradera pasión.

Cuando Tocineta concluyó de encender el altar y salió otra vez al comedor, al pasar por delante de Joaquín y de Carmela, murmuró frases ininteligibles.

—¿Qué dice? preguntó Joaquín.

Carmela alzó los hombros desdeñosamente para significar con esto que no debía tener ningún interés en averiguarlo.

Por fin, se despidieron todos los visitantes.

Carmela indicó á Joaquin que no se retirara el último, como deseaba el joven, á fin de no llamar la atención de Dª Justa.

Y así lo hizo.

Aquella fiesta doméstica, en la cual había reinado la sencillez, la confianza, realzada á más por la bondad de la dueña de la casa, llenó de regocijo algunos corazones y no pocas cabezas de risueños pensamientos: todos sentían que las horas de aquella noche tan agradablemente pasadas hubieran corrido tan pronto y

abrigaban el pueril deseo de que corriesen más pronto aún los dias que debían mediar hasta la otra reunión en casa de la amable Dª Justa.

Joaquín y Carmela no dejaron caer aquella noche sus párpados, con tanta celeridad como de ordinario, al acostarse.

Uno y otro conservaban en su retina, como vivísimos resplandores de llamas que deslumbran, la encendida y modesta salita de la casa: sus adornos, sus muebles, las personas, y hasta el negro perfil de Tocineta, sobre la blanca pared del comedor, en la cual se destacaba como dibujada por una línea de candente platino. Aún en sus oidos repercutían las alegres tocatas del piano. Esforzábanse porque no se desvaneciesen tan pronto de su imaginación todas aquellas escenas que en torno de ellos se habían ido representando durante los momentos de felicidad que habían disfrutado juntos.

Repasaban ambos en su memoria punto por punto las frases vertidas, las palabras dichas, los diálogos sostenidos. Era una pugna tenaz entre su fantasía y su memoria y la realidad ya pasada que se apartaba, que se desvanecía, como si sus colores y sus ruidos, fuesen apagándose, esfumándose, desapareciendo, en fin, á medida que el tiempo transcurría. Entonces ambos tenían un vago sentimiento de melancolía, de desaliento: ¿cuándo volverían á pasar de igual modo otra noche? ¿las circunstancias no serían ya las mismas? ¿por qué habría transcurrido aquella tan pronto?

Dª Justa sentía halagada su vanidad al recordar el número y calidad de algunas personas que había visto reunidas, pocas horas antes, en su querida casita. Su disculpable orgullo de buena mujer se sentía satisfecho al considerar que su casa continuaba siendo el punto de reunión más animado y mejor de toda la cuadra.

También sonreía al recordar los asíduos galanteos

que aquel joven fino y de porte que revelaba su buena posición social, había prodigado á su ahijadita.

Oh! Dios no querría que su pobre y linda niña pagase la única falta de su vida cometida solo á impulsos de una pasión ardiente, sincera y única!

—Ah! hombre despiadado, cruel, pérfido, inconsecuente, añadió Dª Justa en alta voz, nadie en el mundo te amará como te amé yo.... quisiera.... nó, nó, eso nó.... interrumpióse. Y dirigiendo sus miradas hacia una imágen sobre la cual vertía débil y vacilante claridad la mecha de aceite que ardía en el vasillo de cristal azul, se arrodilló en su lecho, se persignó y rezó.

Y luego, con los ojos arrasados de lágrimas, añadió:

—Nó; no le deseo mal á nadie, ni aún á él mismo, causa de mi insegura situación y de la de mi hija querida.

Fuera de la casita, la luna derramaba su espléndida claridad, plateando las olas del mar, que semejaban fundido niquel.

En el comedor quedaban señales de la animación que en él había habido momentos antes, pues los rayos de la luna que por las rendijas de las persianas penetraban iban á iluminar el borde de algunas copas, haciéndolas destellar y esparcir por todas partes como reflejos de aureolas de plata y de oro.

El negro Tocineta, apoyado en una ventanilla sin rejas, y cuyo hueco no vendría á tener por ningunos de sus lados un metro de extensión, fijaba su mirada en la vasta é inquieta superficie del mar.

Quizá atormentaban al mísero africano dolorosos pensamientos ó ideas siniestras, pues sus dientes crujían, sus puños golpeaban el borde de la ventanilla y en sus ojos brillaban relámpocos de cólera.

Luego pareció más tranquilo.

Abandonó un instante la ventanilla y reapareció

trayendo una caja de cedro que tenía sujeta, en uno de sus lados, varios resortes de reloj estirados: una *marímbula*, hecha por él mismo.

Atóse después un pañuelo de Madrás en la cabeza, se sentó en el antepecho de la ventanilla con las piernas colgando hacia afuera y comenzó á hacer salir de su tosco instrumento extrañas combinaciones de notas, bárbaros rítmos, que melancólicos, tristes, lúgubres, gemidores, rosanaban en el silencio de la noche mientras los alambrillos vibraban retumbando confusamente en la caja de cedro.

Como si aquella bárbara música conmoviese á Tocineta, por sus mejillas, abultadas y negras como el ébano, rodaron un par de lágrimas.

## V.

Otra reunión de igual índole, pero compuesta de elementos más aristocráticos, tenía lugar, á la misma hora que la que se celebraba en casa de Dª. Justa, en un elegante edificio situado en distinto barrio de la ciudad.

Las aceras de la vasta plazuela á que daba la fachada de bella arquitectura de aquel edificio, cuyas altas ventanas derramaban raudales de luz, hallábanse llenas de lujosos trenes.

Los cupés con sus techos de madera barnizada, pulida, y que destellaban la luz como grandes pedazos de onix; las duquesas, las carretelas y victorias, hallábanse todos, unos tras otros, aguardando la hora en que volverían á ocuparlos sus dueños.

La fiesta debía durar hasta muy tarde, porque los pajes y cocheros cubrían con manta de lana los caballos, que impacientes sacudían sus cuellos sin engallador y hacían resonar sus herraduras sobre el duro pavimento de granito.

Algunos cocheros se colocaban cómodamente dentro del coche, en el mismo asiento, aún tibio por el calor del cuerpo de sus dueños y dueñas, estiraban sus piernas, apoyando sus grandes botas charoladas sobre el asiento de enfrente y á poco se echaban á roncar como unos benditos.

En lo alto de aquella elegante morada, en el balcón, veíanse hombres que estaban allí como encogidos: parecía que las ropas que vestían se les había estrechado, pues andaban tímidamente de un lado para otro, tambien parecía que su voz se había apagado, pues hablaban con timidez y muy bajo. Aquellos hombres, cuya silueta se dibujaba negra y raquítica sobre la bocanada de brillante polvo de oro que brotaba de lo interior de la elegante casa por sus ventanas espaciosas, eran los músicos.

Sí; los músicos, que habrían de tocar sus instrumentos dentro de poco, pues el del clarinete humedecía en sus labios la boquilla; el del violón untaba de *perrubia* la gruesa ballestilla y la sombra del magno instrumento, arrimado á la baranda del balcón; iba á proyectarse borrosa, pero inmensa, en el suelo de la ancha plazuela, quitando la luz á tres cocheros, que puestas atrás las manos, muy inclinado sobre el cuello el sombrero de copa, ocupaban toda la acera y discutían con voz campanuda las riquezas, influencias, categorías y relaciones de sus respectivos señores.

Dentro de la hermosa casa todo era iluminación, adorno, lujo, verdadera elegancia.

La escalera de pasamano de caoba tenía sus escalones de blanco mármol cubiertos por el centro con una alfombrilla roja, angosta como una cinta y que subía, quebrándose simétricamente de escalón en escalón, hasta el primer piso.

Flores en grandes macetones, espejos, estátuas de guerreros cubiertos con todas sus armas y sostenien-

do en sus manos, en vez de la antigua lanza, presta á hender el aire vibradora y á astillarse en mil pedazos en honor de recatadas y desconocidas beldades, un hueco tubo de gas, coronado por tres bombillos de colores. ¡Oh ironía! Aquellos guerreros puestos de tal suerte parecían simbólicos testigos sacados de las tinieblas de la edad media para que vinieran á presenciar, mal que les pesara, el adelanto del siglo de las luces. Por eso, inmóviles, calada la viscera, espada envainada, adarga al brazo, resignados, cabizbajos, sostenían pacientemente, con sus manos forradas de manoplas, aquellos mecheros que repartían al través de sus bombillos de vidrios coloreados, luces de distintos matices que destellaban acá y acullá, ora sobre el filo pulido de los marmóreos escalones, ora en los espejos, ora entre las hojas redondas de las palmeras de miragüano cuyos extremos caían con uniformidad y monotonía en perfectos semicírculos, como si su verdor ó su sávia se hubiesen congelado, formando estalactitas vegetales.

El alto vestíbulo, en el cual terminaba la escalera, estaba desierto; pero en el extremo de la galería que formaban sus elevados arcos sujetos por columnas de sencilla y severa arquitectura, entreveíase el comedor donde brillaba la vajilla de plata á la luz de los candelabros repletos de bujías y la de los mecheros de una lámpara de colgantes é inquietos prismas de cristal que lanzaban de sus facetas rayos de luz de todos los colores, matices y medias tintas, de magníficos arcoíris.

Hermosas damas, cuyos hombros escotados y desnudos brazos daban realce á sus rostros ovalados en que se reflejaba todo el brillo y la alegría de una dorada juventud, eran servidas galantemente por los caballeros que tenían al lado, pues los criados, correctamente vestidos con libreas verdes, no hacían otra cosa

que cambiar los cubiertos y llenar las copas de vinos de color de ámbar y de rubí.

En aquel banquete no reinaba cordialidad ni franqueza, mas sí un trato de frases escogidas, engalanadas con giros retóricos y seguida cada una de un gesto ó saludo muy frio.

Era una reunión de buen tono: nadie hablaba más que con quien le quedaba al lado, y aunque no de asuntos importantes, en lo que á su fondo respecta, cualquiera diría que se estaban tratando de asuntos gravísimos por la forma con que se los revestía.

Estar callado y comer tan tranquilamente como todos los dias, teniendo á derecha y á izquierda mujeres tan hermosas, tan discretas y locuaces, hubiera sido falta imperdonable. Por eso murmuraban algunos y miraban sonriendo un par de señores muy gruesos que vaciaban serenos é indiferentes, sin ocuparse de nadie, sus platos llenos de apetitosos bocados que con prodigalidad se les servía.

Don Julián Fernandez, el dueño de aquella casa, ocupaba una cabecera de la mesa, y á su lado se hallaba Doña Mariana, su esposa, una señora de aire distinguido y bastante hermosa.

Miradas inquietas y gestos de impaciencia hacía D. Julián cada vez que reparaba aquel puesto que quedaba al lado de su sobrina Luisa, una joven de cabellera rubia, ojos azules, boca pequeña. bien delineada y de color de grana. Era un ángel de candor aquella linda y agraciada joven. Sonreía con dulzura á cada frase y hablaba con una sencillez encantadora. Era uno de esos séres que no inspiran, que no pueden inspirar jamás sino una simpatía pura, ideal y que parecen creados para ser el encanto de cuantos tienen la dicha de conocerlos y tratarlos.

—¡Qué compañero tan desatento te ha tocado, querida Luisa! dijo en tono de broma Doña Mariana.

—¡Oh! quién sabe lo que le haya sucedido, respondió la jóven tratando con esto de disculpar á aquel por quien se le preguntaba.

A D. Julián le causó muy mal efecto la pregunta de su esposa y peor el tono con que la hizo.

Cuando concluyó, en medio del mayor órden, aquel convite de toda etiqueta en el cual no se notó más animación al fin que al principio, según de ordinario suele acontecer en fiestas de esta índole, D. Julián se acercó á Doña Mariana y le habló al oido.

Comprendíase que la conversación se refería á algún asunto enfadoso, pues los gestos amenazadores de Don Julian iban acentuándose por grados.

Pero las conveniencias sociales y su papel de anfitrión, le obligaron á fingir una amable sonrisa, y á dirigirse hacia la sala, en donde dos criados llevaban, dos grandes bandejas de plata y repartian oloroso café que humeaba en tacitas de blanca porcelana en cuyas paredes exteriores veíanse enlazadas, con cifras doradas, las iniciales del dueño de la casa.

Los caballeros que fumaban se habían quedado en el vestíbulo ó en la vasta antesala. Unos formaban grupos; otros se paseaban solitarios; otros, recostados en la baranda de la escalera, componíanse sus blancas corbatas de fina batista, mirándose en la luna de un gran espejo; y otros, en fin, entreteníanse en observar las plantas del patio de color verde claro por el exceso de agua y la casi ausencia de los rayos solares, pues, aunque caían casi á plomo durante todo el año, no podían cruzar á través de la copa de una gran acacia, que habiendo elevado su tronco para buscar aire y luz extendió luego sus vigorosas ramas hasta los cuatro aleros del tejado que rodeaba el patio formando una especie de inmenso quitasol.

La luna se alzaba como dorada y grande hoz sobre aquel silencioso patio cubierto por aquel manto de

verdura; y los pálidos y débiles rayos del hermoso astro, parecían más pálidos y más débiles aún, mirados á través del ramaje menudísimo de la acacia que por algunas partes también recibía la claridad de los mecheros de gas y de las bujías colacadas en los salones y sobre la ya abandonada mesa del festín.

A poco, los músicos, que se habían trasladado desde el balcón á un tabique levantado provisionalmente en una de las ventánas que caían á la sala, comenzaron á templar sus instrumentos. El del clarinete, inflados sus dos carrillos, como si bajo ellos tuviera metido un par de bolas, jugueteaba con sus dedos por toda aquella caña hueca, amarilla y barnizada, haciéndola resonar con rapidísimos trinos y agudas notas. El del violón pasaba la ballestilla cargada de *perrubia* por las gruesas cuerdas de estirada tripa de ganso, que gruñían, rebuznaban, daban graznidos, en tanto que el músico, soplándose de vez en cuando los adoloridos dedos, hacía rechinar las clavijas que mantenían en tensión los bordones. El flautista, con sus ojos casi en blanco, y ladeada la cabeza, ponía la boca sobre la caña como un pez fuera del agua y sacaba del hueco palillo de ébano, lleno de llaves, dulcísimos sonidos. El de los timbales casi metía la cabeza en el terso cuero. Todos, en fin, en su puesto ya, preparábanse á desempeñar lo más habilidosamente posible su oficio: estaban agradecidos al dueño de la casa, porque les habia repartido con generosidad sendos vasos de cerveza y mazos de tabacos que olían repetidas veces antes de guardáselos en el bolsillo.

Cuando el muchacho mestizo, grueso, de aguda voz de tiple, una verdadera alhaja para cantar salves, letanías en los coros de las iglesias, hubo repartido á todos sus papeles y el director de orquesta, un negro muy alto, de cuellos muy blancos y muy tiesos, tan pelado al rape que los perfiles de su cráneo excepcio-

nal se dibujaban perfectamente con sus agudeces y depresiones sobre el fondo claro de la sala, calándose un par de espejuelos de fuerte armadura de carey, empuñó la batuta y comenzó un variado rigodón.

En la sala, caballeros y señoras bailaban la animada pieza con toda serenidad y elegancia.

Brillante espectáculo de aquella vasta sala de suelo de pórfido de variados colores, de paredes tapizadas por un papel rosa suavísimo y ornadas de cuadros de insignes pintores, en uno de los cuales se había invertido un verdadero capital.

Por las abiertas ventanas del balcón, según desde la calle se veía penetraban á ratos corrientes de aire que iban á hacer flamear las telas de encajes finísimos de las cortinas, en forma de pabellón, colgadas ante las puertas de los gabinetes.

Todo era, á la par que alegría y gozo, distinción y comedimiento: ni un gesto desairado, ni la menor broma que desmereciese la cultura de cuantos se hallaban reunidos en aquella sala.

Dª Mariana y D. Julián estaban sentados en un sofá y tenían entablada discreta y agradable conversación con la graciosa Luisa y una señora anciana, madre de la joven.

Ambas acababan de llegar de París con el buen juicio de no haber gastado allí su capital, y Dª Mariana no cesaba de inquirir sus impresiones.

D. Julián y su esposa estaban encantados cada vez más con su sobrina Luisa.

—¡Ah! viene hecha toda una señorita. ¡Nada, Inesilla, estos muchachos nos están volviendo viejos!

—¡Qué disparate, hija! yo te encuentro lo mismo que cuando emprendí mi viaje, y hasta más gruesa: estás muy bien, muy hermosa, replicó Dª Inesilla, pero déjame callar, que no quiero dar cuidados ni celos á D. Julián.

Y todos rieron con esta broma de Dª Inesilla.

Pero, aunque D. Julián sonrió, pronto volvió á arrugar el entrecejo. Estaba quella noche sumamente incómodo.

El baile había llegado al colmo de la animación. Sobre el pulido suelo se deslizaban en los raudos giros de un vals Straus las parejas ligeras, entusiasmadas, henchidas de goce y que parecían rodar sobre tenues nubecillas, ó vapores opalizados, cuando las extensas colas de muselina de las jóvenes y bellísimas bailadoras se enrollaban y desenrollaban en las vueltas y revueltas de aquel ejercicio que teñía de carmín las mejillas de las mujeres y empapaba de sudor la frente y el cuello de los hombres.

La orquesta tocaba también á toda fuerza, á todo pulmón.

La atención de todos hallábase reconcentrada, sumida, atraida, por el movimiento vertiginoso de la sala.

Los oidos estaban aturdidos, dominados por aquellas ráudas cataratas de sonidos diversos qne vertía la orquesta colocada sobre el improvisado tabique de madera.

Entonces, agazapado, disimulado, sin osar dirigír los ojos hacia la sala para que no tropezasen sus miradas con las de nadie, subió un joven la escalera principal, atravesó el vestíbulo y á pasos más que regulares, se internó en los corredores de la casa, desapareciendo á poco entre las sombras de una habitación interior.

Desde allí se oían bastante claras las tocatas de la orquesta, cuyos instrumentos metálicos hacían vibrar los vidrios de toda la casa.

Pero al escondido joven apartábanle sus pensamientos muy lejos de allí.

La habitación en que se refugió debía ser la suya propia, pues se acostó tranquilamente en un lecho que en ella había.

Y en breve, aquellas lejanas melodías de la orquesta que hasta él llegaban veladas, más que por la distancia, por las cerradas puertas, solo le servían como para mecer dulcemente su espíritu entre hermosos ensueños ó para hacer más agradables sus recuerdos, más etéreas, más ideales, más inefables las imágenes que iba evocando su fogueada fantasía.

Durmióse con apacibilidad profunda, y no supo á qué hora terminaron los ruidosos sones de aquella orquesta que á pocos pasos de él tocaba, ni tampoco á qué hora terminó aquel animado baile que extremecía el mismo pavimento donde descansaba en su lecho.

## VI.

Cuando despertó Joaquín, que otro no era aquel joven que la noche anterior se había recogido en su habitación, ocultándose á las miradas de los que en la sala celebraban aquella suntuosa fiesta, eran ya pasadas las nueve de la mañana.

Salió al comedor, donde los criados enjugaban con paños de género burdo las porcelanas, cristales y cubiertos usados en el festín para guardarlos en una gran alhacena de caoba, y se sentó en un extremo de la mesa.

A poco apareció una negra anciana, trayendo un tazón de leche y café y un par de bizcochos, todo lo cual colocó delante de Joaquín; quien comenzó á sorberse el contenido de la taza y á morder los bizcochos con suma pereza.

D. Julián asomó entonces por una de las puertas del comedor.

Joaquín hubo de verlo retratado, aunque bastante desfigurado, en la desigual superficie del vidrio que

cubría la gran alhacena de caoba donde guardaban la vajilla los criados.

Y para disimular, vació café de la taza en el plato y casi metió la nariz en el líquido con peligro de quemarse.

Pero ni esto le valió.

Aquella silueta de D. Julián, retratada con desiguales líneas sobre el vidrio, iba tomando proporciones alarmantes.

Esto indicaba á Joaquín, que no apartaba el rabo del ojo del vidrio, que el cuerpo aquel, cuya forma se delineaba vagamente en el cristal, se iba acercando más y más.

Presto sintió el jóven la caricia, entre paternal y ruda, de una mano que le alisaba los cabellos.

Turbóse sobremanera, y su turbación creció al oir:

—¿Dónde se nos metió usted anoche, caballerito?

Joaquín seguía con la nariz casi metida en el café que contenía el plato.

—¡Vamos, hable usted!

—Papá.. yo.. yo.. balbuceó, haciendo brotar burbujas de aire del líquido como si fuera un verdadero pequeñuelo.

—Eh! vamos, murmuró D. Julián; ya te estás pensando una mentira para salir del paso.

—No; la verdad es que un amigo mio, un buen muchacho, que lo conozco desde el colegio, se empeñó en que fuera á su casa y allá me hicieron quedar hasta por la noche, aunque yo no quería, porque se celebraba su santo.

Con haber preguntado D. Julián Fernandez á su hijo, que debe saberse que Joaquín era el hijo mayor ó primogénito de los esposos Fernandez, cómo se llamaba tan querido condiscípulo y luego registrar el calendario, hubiera tenido conveniente prueba del embuste.

Para fortuna de Joaquín, no le pasó por la mente esta idea á D. Julián, el cual se contentó con echarle una severa reprimenda.

—¿Cómo se entiende, señor Joaquín? no sabía usted que Luisa, su bellísima prima, con quién ha jugado usted tanto cuando pequeño, acaba de llegar? ¿qué dirá? ¿Así cumple usted con las personas que le quieren y á las cuales está usted en el deber de respetar, ó por lo menos, de llenar las formas sociales?

Joaquín hizo un imperceptible movimiento de hombros.

Aquí sí que se incomodó D. Julián.

—Eh! repito, qué cómo se entiende! ¿no se le importa á usted nada? Antes de haber hecho ese gesto debía habérsele caido á usted la cara de vergüenza. ¡Digo! nada menos que Dª Inés, que le ha hecho á usted un vestido de Mefistófeles para que acompañase á Luisa vestida de dama de la corte de Felipe II en los paseos de Carnaval! ¡Ah! qué ingratos son los muchachos! ¡cómo se olvidan de todo!

Interminable sería el cuento de lo que dijo el justamente incómodo D. Julián á su hijo mientras éste se entretenía en mirarse la nariz y los ojos en el espejo que formaba el plato lleno de café, que se iba enfriando, pero que Joaquín no sorbía para evitar el tener luego que alzar la vista hasta el rostro de su padre.

Prefería oirle sin verle.

—No podemos seguir así de ninguna manera, señor Joaquín. O varía usted de conducta, que por cierto hace algunos dias no puede ser más digna de un severo castigo, ó le mando á usted al Norte, para que allí, en un colegio donde no salga usted más que una vez al año, le asienten esos cascos tan ligeros.

Este fué el *ultimatum* de D. Julián.

Después tomó la escalera y bajó.

Y Joaquín pudo entonces sorber el resto de la taza de café.

Cuando concluyó y alzó la vista, le acometió invencible tristeza.

¡Siempre lo mismo! Ya aquella casa le iba aburriendo sobremanera. Su madre, recogida aún: sus hermanitos alborotando en la antesala con un enorme carro de ruedas, de madera ante el cual se disputaban á gritos su turno para arrastrarse uno á otro, riendo, pateando, y no pocas veces rabiando y llorando á más no poder; las cucharillas y tenedores que limpiaban los criados cayendo, como siempre, con monótono y chocante ruido en aquel cajoncillo de hojalata; el cochero allá abajo, en el patio, golpeando el suelo con la rasqueta y el cepillo para sacudir las crines de caballo adheridas á ellos; y aquella gran acacia extentendiendo sus ramas por encima del tejado cubriendo el patio como un techo irregular de vidrio verde trasparentado por los rayos del sol.

Se aburría soberanamente: y mucho más cuando su padre quería retenerlo allí casi por fuerza.

¿Qué haría la hermosa Carmela á aquella hora? ¡Qué emociones las de la noche anterior! Aún vibraban en sus labios todas las frases que había vertido, aún en sus ojos conservaba todas las imágenes de aquellas escenas de gozo y de alegría, con todo el colorido de la realidad.

Después de todo, había sido más el susto y temor á la reprimenda que le dieran, que la reprimenda misma.

Mucho tiempo hacía ya que su padre, considerándole como un hombrecito hecho y derecho, según á menudo le repetía, había suprimido en su régimen de educación las azotainas y pescozadas.

Los remordimientos de conciencia que tenía Joaquín por aquella inexcusable escapatoria, le hicieron temer

que todo el camino adelantado se hubiese perdido por su poco juicio y que su padre habría de recibirle poco menos que á bofetadas.

Pero como se ponderó á sí mismo el peligro y la severidad del castigo, después de pasado éste, viendo que todo se había reducido á un razonado regaño, cobró más valor que antes y se prometió dar á su vida, en lo adelante, mayor independencia.

En estas y otras reflexiones hallábase distraido el joven, cuando se entreabrió una de las puertas de los gabinetes y salió por ella, vestida con limpísima bata blanca adornada con rizados y bordados de valor, Dª Mariana.

Ya la esperaba Joaquín, aunque á la verdad, no tan pronto; pero al verla se alegró. ¿También habría de regañarle? ¡pues cuanto más antes saliera del paso, mejor!

—Hijo mio, ¿qué es esto? Algún tiempo hace que estás desconocido, insoportable. Noto que te vas despegando de tus padres. ¿Qué te hiciste ayer? Créete que he sufrido un mal rato cada vez que veía vacío tu puesto al lado de Luisa, tu prima, á quien ni siquiera has tenido la atención de ir á saludar desde que llegó de París. Tu padre ha estado muy molesto durante la comida y toda la noche: ¿qué fué de tí, muchacho? ¿dónde te metiste?

Aquí Joaquín con alguna variación, balbuceó el embuste que antes había inventado para contestar tan satisfactoria y verosímilmente á su padre.

—Eso no es cierto, interrumpió Dª Mariana, antes do que su hijo concluyera.

—Sí, mamaita, verás,...... replicó Joaquín intentando continuar.

Pero Doña Mariana, con un gesto de dignidad ofendida, no le dejó proseguir.

—Calla, niño, que no sabes en lo que te estás me-

tiendo. Nada ignoro: á una madre, á una persona que ama y se interesa con verdadero cariño por otra, rara vez pueden ocultársele las cosas: lo que no alcanza á ver, lo adivina su corazón.

Los dos quedaron un momento silenciosos: la madre miraba al hijo llena de tierna compasión, y el hijo, ruborizado, por su descubierto engaño, no osaba apartar la vista del suelo.

Joaquín suspiró.

Entonces aquella señora tuvo un arrebato de cariño maternal, tomó por un brazo á su hijo, le hizo levantar del asiento y besando sus mejillas, finas y frescas como las de una mujer, estampó en ellas un par de besos.

—No seas tonto, niño; no vuelvas más allá. Eso no te conviene: es gente que no te iguala.

Joaquín se dejaba estrechar verdaderamente conmovido, pero nada dijo; sus labios continuaban contraidos y silenciosos.

—Dí, ¿me lo prometes?

Y en vano aguardó contestación aquella madre cariñosa, por más que repitió tres veces sus preguntas.

Joaquín continuaba con la vista fija en el suelo: comprendía que si sus ojos se encontraban con los de su madre, quedaría desarmada toda su obstinada reserva.

—Está bien.... concluyó por fin Dª Mariana, retirándose del lado de su hijo.

Un momento después bajaba la escalera Joaquín. Sentíase más fuerte, más hombre: su padre no le había pegado, según él había pensado; y su madre había concluido por suplicarle.

Al llegar á la primera meseta ó descanso de la escalera, al cual caía la puerta de las ámplias habitaciones del entresuelo, volvió á ver á su padre, metido,

como todos los dias á la misma hora, tras de aquella débil reja de madera, al lado de la gran caja de hierro, apoyados los codos sobre la carpeta, abismado, caviloso ante aquellas columnas de cifras que á un lado y otro de sus páginas, rayadas de azul y rojo, tenía estampadas el grueso y manoseado libro de las cuentas del ingenio, echando siempre cálculo tras cálculo sobre los rendimientos de las zafras venideras y los precios que alcanzarían los azúcares.

Y ante la débil reja de madera, sentadas pacientemente horas, dias, semanas, meses, años, en aquellos bancos de rotos asientos de tejido de mimbres, llenando de mugre entre sus dedos callosos las libranzas que venían á cobrar, estaban, como siempre, el maquinista, el herrador, el carretero, el carpintero, el apoderado del médico de la finca, el administrador cesante y otros empleados más.

Todos resignados, silenciosos, embargados de profundo disgusto: no proferían, sin embargo, una queja. Respetaban á D. Julián, porque antes había cumplido siempre religiosamente con todos ellos; y ahora las circunstancias, la escasez de recursos, el aumento de precio de los brazos, y otras mil necesidades más que conocían ellos tan bien como él, les convencía de que no debían ser exigentes. Aguardaban esperanzados, como si el maná debiese volver á caer del cielo. Y confiados en sus innegables derechos á cobrar, no querían apresurar la próxima é inevitable ruina de aquel hombre poderoso poco antes, y la de aquella casa, una de las principales de la Habana.

¿Qué podría argüirles D. Julián que ellos, que acababan de salir de la finca cuyo estado de abandono por falta de capital les causaba lástima profunda, no supieran ya?

Por eso no osaban molestarle más que de cuando en cuando. Sólo se irritaban y hablaban destemplada-

mente cuando no podían resistir las punzadas del hambre.

Entonces D. Julián hacía el inmenso sacrificio de trasladarles la propiedad de las yuntas de bueyes, de las carretas, aperos de labranza, caballos de tiro, y otros enseres y ganado de la finca, que con esto iba decayendo más y más.

Joaquín paseó su mirada indiferente y ligera ante el espectáculo que presentaba á aquella hora el escritorio de su padre, quizá por estar acostumbrado á verlo de aquel modo todos los dias y no ser por cierto cosa extraordinaria para él, quizá tambien porque ignoraba la cruel pugna que allí dentro existía entre el hambre, las consideraciones y el interés; bajó lo que faltaba de la escalera, tomó el camino de la caballeriza, ordenó al cochero que ensillara su magnífico caballo negro y un momento después, estaba ya en la calle.

## VII.

Aquella mañana se levantó D.ª Justa muy tarde; pero de buen humor: tanto, que no se incomodó al notar que ni el comedor, ni la sala, tenían la más remota señal de haber sufrido la diaria limpieza.

Aún no se había despertado el obeso Tocineta cuyo mayor placer era dormir profundamente y roncar con estrépito.

Allá se encaminó D.ª Justa, atravesando el terrado, al cuarto del perezoso sirviente, golpeándole con fuerza la puerta y obligándole á contestar con chanzas, que maldito la gracia que hacían á Tocineta, á lo menos á aquella hora, pero que excitaban una franca hilaridad en la buena señora.

Por fin, gruñendo y á tientas se vistió Tocineta, eon las dos únicas piezas de su traje, camisa de listado y pantalón de Rusia, y dando traspiés á causa de la ceguera que le producían los radiantes reflejos de la luz del sol que bañaban ya el blanco piso del terrado, se dirigió, escoba y plumero en mano, á la sala.

El desorden de los muebles de la sala, las copas á medio vaciar algunas, y todas ellas llenas de pegajoso

almíbar, hiciéronle renegar del trabajo y sentir más aún el reciente abandono de la cama.

Lo primero que hizo Tocineta al llegar á la sala fué alzar la vista y ver su imagen retratada en un espejo.

Allí estuvo contemplándose mucho tiempo con las manos puestas en la cintura, moviendo la cabeza y pensando todo un tratado completo de filantropía.

—¿Por qué había de ser negro? sí señor; ¿por qué? Y aunque así fuere, ¿todos los hombres no eran hijos de Dios....? ¿por qué no había de amarle á él, que era capaz de tirarse del terrado á los picudos arrecifes de la orilla del mar á cambio de un beso? ¡Un par de besos en aquellas manos tan lindas....!

—Qué! ¿te estas mirando en el espejo? Por cierto, eres muy bonito! interrumpió bruscamente Dª Justa apareciendo bajo el dintel de la puerta de la sala.

Tocineta, sorprendido, dió un salto nervioso, bajó la cabeza, tomó la escoba y regañando púsose á barrer de mala gana.

Dª Justa se dirigió al comedor, se sentó en un ancho butacón de cuero, se caló un par de gruesos espejuelos de oro y lentes de mucho aumento, leyó en un santiamén las pocas páginas, impresas con caractéres grandes y gruesos como los de un método de lectura, de una novena dedicada á Santa Ana, arrimó un costurero de mimbres á su butacón, y se puso á coser y plegar adornos para un túnico de su ahijadita.

Aquella mañana se sentía bien física y moralmente.

El aire fresco y puro, venía saturado de las emanaciones del mar, el cual lucía como vasta superficie de zafiro mate á través de las débiles persianillas del corredor.

También estaba el cielo azul, diáfano: la mirada se abismaba, produciendo inefable goce, en aquel otro oceano de éter sobre el cual creía entrever Dª Justa las puertas tachonadas de brillantes y rubíes, las mu-

rallas almenadas y de maciza plata, las torres, los minaretes de la ciudad de oro guardaba por el fiel San Pedro, y en torno de la cual volaban, como grandes palomas aladas, las almas buenas y aquellos angelitos, espíritus puros sin cuerpo, y que por eso tenían tan sólo una cabeza y un par de alas.

Dª Justa gozaba.

Su vida parecía haberse encauzado por la felicidad. Todo en su redor particìpaba de aquel goce íntimo.

Su casita, aquella querida casita, aseada, limpísima, arreglada y ornada toda por sus propias manos, y las de su ahijadita, parecía haberse convertido para las dos en un retiro dulce.

Era un cúmulo de emociones gratas las que sentía donde quiera que dirigía la vista.

El canario, aprisionado en su jaula de alambre que imitaba un globo, no cesaba de cantar. Los tomeguines, en otra jaula de cañas, saltaban pitando de un travesaño en otro. El hermoso gato de Angora, enorme y blanco, como una gran mota de algodón, con sus orejas agujereadas y adornadas con dos lazos de cinta roja, saltaba de la mesa al suelo para librarse de los mordiscos que le tiraba á las cintas y al rabo un perrito galgo, muy fino, que no pudiendo alcanzar á su ágil compañero, aturdía la casa con sus ladridos.

Y la hacendosa Dª Justa, á más de estar muy atareada con la costura de su ahijadita, afanábase también en enseñar á un magnífico loro la letra y música de una *guaracha* de moda.

El loro, entretenido en mil volteretas que hacía en el aro de su gran jaula de hierro, no atendía mucho á su maestra; mas á veces detenía sus maromas; parábase sobre la especie de té mayúscula de hojalata soldada al fondo de la jaula, y contrayendo y dilatando sus pupilas rodeadas de un círculo amarillo y rojizo, hacía

como si soltase grandes carcajadas y gritaba á Tocineta que le diera su pan y chocolate.

—¡Es verdad! exclamó Dª Justa dándose una palmada en la frente, ¡si á este pájaro no le falta más que la figura para ser una persona racional!

Y luego, alzando más la voz, añadió:

—Hoy se ha trastornado todo: todavía no se les ha dado de comer á estos pobres animalitos.

Como si hubiese entendido lo que estas palabras significaban salieron de un rincón los agudos chillidos de otro pajarraco.

—Ah! ¿y tú, dónde estás cosa más mona? preguntó con cariñosa voz Dª Justa, abandonando la costura y poniendo oido atento al lugar de donde salían los chillidos del animal.

Por fin atinó. Dirigióse á un rincon del comedor, y de entre varios muebles y objetos, que había agrupado allí confusamente el perezoso Tocineta, sacó una jaula de forma que recordaba la de un tambor, alzó uno ó dos de los gruesos barrotes de latón hueco de la jaula, é hizo salir de ella un pájaro de color esmeraldo, con el cuello rojo por su parte inferior y el pico tan bien pulido que parecía de marfil.

Era un perico, que apenas colocó Dª Justa en sus manos, ayudado de sus garras y pico fué subiéndose por la manga hasta colocarse horondo y pintiparado sobre la cabeza, de la complaciente señora.

Un hermoso guacamayo, cuyas plumas amarillas verdes, azules, rojas, lucientes, límpidas, brillaban como esmaltadas con los reflejos del sol, miraba esta escena, desde un alto aro colgado del techo con un alambre, y demostraba con sus furiosos graznidos la envidia que tenía contra sus favorecidos compañeros.

Era una verdadera arca de Noé aquella pequeña casa, como decía Dª Justa, apasionada por los animales, con mucho orgullo.

Gallos, gallinas rodeadas de polluelos, patos blancos y de plumas de colores múltiples que lanzaban reflejos de metálicos tornasoles, iban y venian, por el terrado y cuartos interiores, alborotándolo todo; pero no se atrevían á pasar más allá del comedor, pues bien enseñados los tenía Dª Justa á fuerza de trapazos.

Sobre todo un gallo grande, muy ronco, tuerto, había llevado tanto castigo por su temeridad, que cobró terror pánico á Dª Justa. Apenas sacaba ésta del bolsillo el pañuelo, apenas levantaba tan sólo un brazo, que el ronco y tuerto gallo, al reparar aquellos movimientos de su dueña, se agachaba, se prolongaba, estiraba el cuello, abría las alas, como si quisiera aplanarlas al nivel del suelo, y partía veloz como una flecha á esconderse tras del primer mueble que su buena suerte le deparaba, en donde permanecía oculto hasta que alguna mano compasiva lo sacaba de allí, tirándole por la cola.

El cuarto donde dormía Tocineta era palomar, gallinero y conejera: todo á la vez.

Veíanse allí dentro palomas torcaces y tojosas metidas en amplias jaulas, palomas comunes de pico corto, de cabeza negra como el ébano y cuerpo blanco como la nieve; de ojos de fresa, capuchinas, correos, una completa colección palomera que salían y entraban, á bandadas, en cuanto Tocineta abría, todas las mañanas, los postigos del cuarto, ensordeciendo la casa con sus molestos arrullos y aleteos.

En un rincón, dentro de un gran cajón de azúcar cubierto de varillaje, chillaban como ratones, pintados curieles que se multiplicaban hasta lo infinito, pues nuevos séres venían cada luna á aumentar los existentes en la caja y que, según aseguraba Tocineta, que se pasaba horas enteras observándolos con la nariz pegada á las varillas, nacían, vivían y morían comiendo, más

que él mismo; sí señor; más que él mismo, que era cuanto había que decir.

Un par de conejos de piel tan blanca y fina que mas bien parecían forrados de marabú, pasábanse el día saltando de un lado para otro con aquellos ojazos purpúreos como rubies.

Doña Justa, Carmela y Tocineta vivían en íntima y fraternal unión con todo aquel mundo irracional, y si bien alguna vez les molestaban con sus impertinencias, pronto se les pasaba el enfado. Cada uno de ellos tenía predilección por alguno de los animalitos, que también les correspondía con inequívocas muestras de afecto.

Era de ver el ruido que armaban los curieles dentro de su gran caja de azúcar vacía, cada vez que el malojero depositaba la ración diaria en la puerta de la calle; y también eran de ver los saltos de los conejos y los agudos chillidos y aleteos de los graciosos periquitos de Australia. Tocineta abría la boca, daba al aire las treinta y dos magníficas piezas de su dentadura, perfectamente encarnada, y reía con toda el alma:

—¡Tragones! les decía.

Y los conejos seguían tras él tirándole mordiscos á los talones, y los curieles sacaban por el varillaje su inquieto hocico, hasta que él los satisfacía, arrojándoles ramas y mazorcas del maiz.

Aquella mañana, por haber abandonado el lecho tan tarde, lo primero que hizo Dª Justa, para aprovechar el tiempo, fué, ponerse á coser, suprimiendo la diaria visita que hacía todas las mañanas á sus animalejos.

No sucedió así á Carmela, que apenas pidió la bendición á su Mamita, se dirigió al terrado, y arrojando al suelo puñados de arroz, alpiste y maiz, pronto se

vió cercada de palomas que revoloteaban en torno suyo sin temor ni recelo alguno.

Por el contrario, muchas veces la linda joven era quien tenía que huirles y espantarlas para que no vinieran á posársele en la cabeza, y á descomponerle su sencillo peinado.

Una paloma pequeña, de pico corto, de ojuelos rojos y tornasolado cuello, fué tan atrevida, que vino á posarse en el seno de Carmela; allí se acurrucó humildemente. Y la joven la tomó en sus manos, púsose entre sus dientes un grano de maiz, y reteniéndolo de propósito, obligó al manso y cariñoso animalito, á que se lo quitara á picotazos.

En seguida le dió un par de besos, la soltó y la linda paloma fué volando á cantar orgullosa, hinchando mucho su cuello, entre sus otras compañeras, en tanto que éstas engullían peleando, á veces ferozmente, unas con otras, el grano esparcido por el suelo.

En un horcón ó sostén del pequeño colgadizo que había en el terrado, subía y bajaba sin cesar una *jutía* atada con una cadenita por el vientre; y también aquella especie de gran ratón estaba tan domesticado, que Carmela se le acercaba sin temor alguno y le daba á roer frutas, sosteniendolas en la palma de su mano.

En un barril de agua de lejía nadaban alegres un par de *jicoteas*, pobres animales de vida tan tenaz, que no se desollaban en aquel cáustico líquido. Por el contrario, muchas ocasiones se salían del barril, se escondían, sin que nadie supiera dónde, y al cabo de muchos dias, cuando ya ni el recuerdo de ellas quedaba, ó se las daba por perdidas, volvían á reaparecer hundiendo sus torpes patas y arrastrando su doble caparazón en el ceniciento fango del barril.

Doña Justa contaba á todos mil anécdotas que le ocurrían con sus queridos animalitos.

Aquella mañana andaba el Arca de Noé activa, revuelta, como si tratase de promover una insurrección para protestar contra la tardanza de Carmela y la supresión de la visita de Dª Justa.

Era preciso tener acostumbrados ya los oidos á aquella Babilonia de cantos, gritos, aleteos, graznidos, gorgeos y charlas, para no darse á todos los diablos y estrellar unas jaulas contra otras.

Doña Justa, que en su educación y votos religiosos, había aprendido á tener una absoluta conformidad con las cosas de este mundo y una calma y resignación, á toda prueba, contra las mortificaciones de la vida, era la que con ejemplar paciencia resistía sin quejarse aquel alboroto perenne.

Pero Carmela á veces decía, que ojalá los rateros de la playa, que ya habían cometido repetidas rapiñas, ó bien una gran oleada, barriese con todos aquellos chillones animalejos, que ya la tenían más que aburrida.

Tocineta odiaba, no á los mas chillones, que maldito el efecto que con su ruido le causaban, sino á los que le daban más penoso trabajo. Por eso trinaba contra aquel perrito galgo, el preferido de Dª Justa, y que tenía tanto terror al obeso negro, por las maldades que éste le hacía, que apenas se le acercaba dos metros huía desaforado con el rabo entre las piernas.

A pesar de toda esta algazara, abundancia de vidas y alegrías que contemplaba Carmela esparcida en torno suyo, sentía su pecho oprimido por una secreta angustia qué no sabía á que atribuir. El mar azul y tan inmenso y tan solo. El cielo tan silencioso, tan sereno. La arena de la playa tan ardorosa, reflejando los rayos del sol. La brisa que besaba su frente. Todo esto era bello, pero á la verdad, triste, monótono. El mismo espectáculo de todos los dias.

Cuando regresó al comedor y vió las copas sobre la

mesa y en el desorden en que se las había dejado la noche anterior, comenzó como á despertar de un sueño; sus ideas se fueron aclarando, pero también crecía su secreta tristeza. Maquinalmente se sentó al piano, y después de dejar rodar la mano con pereza, hundiendo una tras otras las notas del teclado, comenzó á tocar, una por una, las piezas de la noche anterior.

Aquella música le recordaba momentos muy gratos y que habían pasado con la rapidez de un relámpago.

¿Por qué no estaría Joaquín á su lado? Oh! si la oyera tocar aquella música, si volviera á comenzar la pasada noche y suceder punto por punto cuanto en ella había tenido lugar, cuán feliz fuera! ¡Cruel ley la de la inflexibilidad con que el tiempo pasa!

Llegó á enfadarse, sin saber por qué, con su madrina, que estaba de pié ante la puerta de la calle regateando con un pescadero, asediado de moscas, una libra de ruedas de pargo.

Lo que más le preocupaba era la idea de preguntar á Joaquín qué tal le había parecido la fiesta: sentía ciertos escrúpulos por causa de la inferioridad de esfera social en que ella y su Mamita se encontraban colocadas respecto del joven y de su familia. ¿Quién era ella? ¿Y sus padres quiénes eran? Cada vez que en esto pensaba, se perdía en un mar de dudas, del cual se apartaba por temor de profundizarlo. Su madrina, Mamita, le servía de padre y madre; pero esto, si bien le satisfacía respecto de sí misma, no con respecto al papel que debía ocupar en sociedad.

Una vez que concluyó D.ª Justa de comprar al pescadero, las ruedas del pargo, abandonó la sala.

En un rincón hallábase Tocineta, frotando, con un pedazo de gamuza, el barniz de los muebles y sin apartar la vista de Carmela, la cual continuaba sentada

al piano, y por tanto, con las espaldas vueltas al resto de la sala.

La mirada de Tocineta brillaba extrañamente bajo sus párpados gruesos y carnosos; su corazón latía: el pobre negro sufría horriblemente; contemplaba á Carmela con la adoración de un fanático á su ídolo, sin atreverse á manifestarlo, como si el color negro de su piel fuese una gran tenaza que le quitase su facultad de pensar y amar libremente.

Carmela dejó de tocar un momento y escuchó.

Parecióle que había oído el ruido de las herraduras de un caballo cerca de la puerta de la casa.

¡Ilusión; engaños del deseo!

Tocineta se fué acercando, como distraido, al piano. Avanzaba con las manos puestas en las rodillas. Ah! sentíase revivir, gozaba mucho al acercarse á Carmela, hacia quien sentía una especie de culto idólatra, sin esperanzas de recompensa alguna y temeroso siempre del ridículo que caería sobre él si lo diese siquiera á sospechar. Exasperábase ante aquel infranqueable abismo que mediaba entre él, un negro rudo, feo, y ella, que parecía una señorita blanca. Pero todos sus desalientos y tristezas tenían en el fondo algo de sarcásticos; por eso terminaban á menudo por inspirarle el deseo de hacer gestos grotescos y soltar risas impertinentes que los demás consideraban, á menudo, como burlas y que no eran sino desahogos de su naturaleza tosca.

Avanzando siempre Tocineta en aquella violenta posición, llegó casi á tocar con su lanuda cabeza el teclado del piano.

Apenas le vió en aquella actitud Carmela, sintió primero deseos de reir: le causó gracia lo inesperado de esta ocurrencia del negro; luego se incomodó y se decidió á darle un fuerte empellón.

Pero el ladino Tocineta quedó riéndose, con el

rostro vuelto á otra parte, é inconmovible como una roca.

Tres ó cuatro veces le empujó Carmela, y á cada vez volvía el negro la cabeza á opuesto lado, fingiéndose un muñeco que tuviera el resorte de su mecanismo en los hombros, oprimidos por la linda mano de la joven.

En cuanto ésta vió que no daban resultados los esfuerzos que hacía para arrojar de su lado á Tocineta apeló á otro recurso más eficaz:

—Lárgate de aquí, negro, ó se lo digo á Mamita.

—¿Qué dices, hija? preguntó Dª Justa, que la había oido.

—Nada; que Tocineta está hoy muy gracioso.

Doña Justa llamó al negro, y éste, al pasar por detrás de Carmela, hizo un gesto fingiendo que quería pegarle.

—No tengas cuidado y habla muy gordo y verás como se lo cuento todo á mi ama, dijo al mismo tiempo.

—¿Qué?

—Sí; hazte la boba: demasiado lo sabes: ese blanquito que te hablaba tanto anoche te va á perder.

—¿Y tú qué tienes que meterte en eso, intruso? ¿A tí que te importa? Y mira déjate de atrevimientos y no me tutées, que todos no somos iguales.

—Mírenla! tan *parejera!* replicó Tocineta torciendole los ojos.

—¡Mamita, llama á este negro que está insoportable! bramó rabiosa Carmela, mordièndose los labios.

Y Tocineta fué á comparecer ante Dª Justa, poniéndose de pié á dos pasos de ella y con los brazos cruzados.

—¿Qué dices, cachorro? ¿Sabes que estás muy atrevido? Todos los tiempos no son iguales: ya te he dicho que no tienes que meterte con la niña Carmela para nada, que no es como tú.

Tocineta regañó entre dientes.

—Anda! vete á dar agua á las palomas y á limpiar los curieles; y no me contestes, porque soy capaz de romperte los *bembos* con esta novena de Santa Ana.

Tocineta se retiró silencioso.

Carmela, en tanto, había tenido ocasión de fijarse con más detenimiento en el sonido de aquellas herraduras que resonaban en el pavimento de la calle y que no se alejaban mucho tiempo de la puerta sin que volvieran á oirse muy cerca de ella, como si anduviesen rondándola.

La jóven se dirigió á la ventana.

Muy pronto vió caracolear frente de ella el negro y fogoso corcel de Joaquín, espoleado por su jinete, que al salir aquella misma mañana, pocas horas antes, de su casa, se dirigió á Cárlos III á los jardines de plantas, y de ellos traía ahora un ramo de blancos jazmines del Cabo y rojos claveles rodeados por una cartulina finamente calada y sostenidos por un pedazo de papel de plomo.

Nada acertó á decir Joaquín, á pesar de que había hecho un estudio detenido de galantes frases, una especie de discursito amoroso: la emoción le apretaba la garganta como un nudo, impidiéndole articular una sola palabra.

Carmela nada pudo decir tampoco, y se contentó con pasar su lindo brazo al través de las rejas de la ventana y tomar el ramo que le presentaba Joaquín.

—¡Muchas gracias! fué lo único que logró decir débilmente la favorecida joven, que no osaba apartar sus ojos de las flores para disimular su turbación.

Así pasó un momento bien embarazoso para los dos enamorados.

Tanto el uno como el otro estaban sorprendidos, de su acción.

Creían haber cometido, irremediablemente, una grave falta.

Joaquín espoleó su caballo.

Carmela cerró la ventana; y al volver la cara no pudo contener un gesto de enfado.

Tocineta, de pié sobre una silla en medio de la sala, con una mano puesta en la cintura y sosteniendo en la otra el cesto chinesco que había descolgado de la lámpara la noche anterior, y que venía á poner de nuevo en su sitio, había presenciado casi toda la escena.

Al reparar que Carmela le observaba púsose á mover la cabeza á un lado y otro y á hacer aspavientos, con aquella cara grotesca y medio burlona, á pesar de sus marcados rasgos de idiotismo.

En sus gruesos labios brillaba una sarcástica sonrisa.

Carmela, desconcertada con este inesperado encuentro, se dominó primeramente, luego alzó los hombros en señal de desprecio y le preguntó con aire resuelto:

—Y bien ¿qué?

—Nada.... que eso está muy mal....

—A tí no te importa entremetido.... para eso es mi novio.

No esperaba, por cierto, Tocineta aquella contestación que vino á herirle en mitad del alma.

Su rostro cambió de pronto.

Había vuelto á mostrar aquella dejadez y modorra de ordinario.

Carmela le presentó el ramo de flores á su Mamita explicándole, con fingida indiferencia y candidez, que se lo había regalado el joven que bailó con ella la noche anterior.

Dª Justa obsequió un momento su olfato con el perfume de aquellos jazmines blancos y rojos claveles, y lo devolvió á su ahijadita.

—Muy bonito, fué lo único que dijo.

Carmela puso el hermoso ramillete sobre el piano y volvió al comedor.

Los ojos de Tocineta no se apartaban del ramillete de flores, cuyo penetrante olor le irritaba sin saber por qué.

Pasó un momento.

Luego registró el negro con la vista en rededor suyo.

Colgó apresuradamente el cesto chinesco y bajó de la silla.

Estaba asustado, medroso.

Convencido de que nadie lo veía, y quizá también de que nadie habría de saber nada, se acercó cautelosamente al piano, miró por última vez en torno suyo, gruñó palabras ininteligibles, alzó su robusto puño, y de un tremendo golpe que hizo resonar largo rato los estirados bordones en la caja armónica del piano, hizo rodar por el suelo, deshojadas, marchitas, desbaratadas todas las flores.

Las había aplastado.

Al golpe acudieron Dª Justa y Carmela.

Y al ver los pétalos, hojuelas y tallos de los jazmines y claveles como disparados sobre el piano, sobre la banqueta, las sillas, el suelo, y reparar á la vez el azoramiento de Tocineta, que á ciencia cierta no sabía qué había hecho, ni qué diablo le había tentado, lo comprendieron todo.

Carmela se acercó con aire resuelto al obeso negro:

—¿Por qué hicistes eso, demonio? le interrogó.

—Dí, ¿te has vuelto loco? añadió Dª Justa.

Y Tocineta, aturdido, sin saber si estaba soñando ó despierto, prorrumpió en una estrepitosa carcajada tan franca y tan sonora, que contagió á Dª Justa.

[illegible]

## VIII.

Por la tarde volvió Joaquín montado á caballo se detuvo ante la puerta de la casa.

Sentado en la acera, aguardando á su comp ñero Tocineta, hallábase un negrito pilluelo, que ent la desarrapada turba de vagabundos de aquel barr era conocido por el apodo de *Semilla de Marañón*.

Debía su mote, á la forma de su cabeza: una cabe inverosímil, dividida por la mitad en dos partes, co una guitarra, como un abdómen de araña; la fren curva, la parte del cráneo que cubría el cerebro salie te y puntiaguda, los parietales estrechísimos; era, fin, el más extraño caso de hidrocefalia que se ha visto jamás, si por acaso era enfermedad lo que pad cía la cabeza de aquel negrito, que más tenía de listo de pillo que de idiota.

Pues, á Semilla de Marañón, encargó Joaquín q le tuviese sujeto de las bridas el caballo, mientras se estaba de visita en casa de Dª Justa.

Al ver llegar al joven se turbó Carmela.

Dª Justa se fingió más sorprendida de lo que rea mente lo estaba.

—Este negro llegará á ser malo, malo, aseguraba sin poder tener la risa.

É irritada Carmela, dió una patada en el suelo, y encarándose soberbia con su Mamita, le replicó con altivez:

—Sí, eso es, Mamita; ahora, celébrale la gracia.

Tocineta corrió á echarse de barriga sobre el varillaje de la caja de los curieles, donde continuó riendo estrepitosamente.

En la sala recogía Carmela con los ojos empañados por las lágrimas los restos de su malaventurado ramo.

—Por eso está ese tizón tan atrevido! protestaba rabiosa, ¿por qué no le habían arrimado, por lo menos, un par de bofetadas la bribón de Tocineta?

## VIII.

Por la tarde volvió Joaquín montado á caballo y se detuvo ante la puerta de la casa.

Sentado en la acera, aguardando á su compañero Tocineta, hallábase un negrito pilluelo, que entre la desarrapada turba de vagabundos de aquel barrio era conocido por el apodo de *Semilla de Marañón.*

Debía su mote, á la forma de su cabeza: una cabeza inverosímil, dividida por la mitad en dos partes, como una guitarra, como un abdómen de araña; la frente curva, la parte del cráneo que cubría el cerebro saliente y puntiaguda, los parietales estrechísimos; era, en fin, el más extraño caso de hidrocefalia que se haya visto jamás, si por acaso era enfermedad lo que padecía la cabeza de aquel negrito, que más tenía de listo y de pillo que de idiota.

Pues, á Semilla de Marañón, encargó Joaquín que le tuviese sujeto de las bridas el caballo, mientras él se estaba de visita en casa de Dª Justa,

Al ver llegar al joven se turbó Carmela.

Dª Justa se fingió más sorprendida de lo que realmente lo estaba.

—Ah! usted por aquí? exclamó: no le esperábamos tan pronto!

—¿Le gustaron á usted las flores, Carmela? preguntó el joven después de hechas las cortesías de rigor.

—Sí; muy lindas...... las tengo en la ventana de mi cuarto.

Precisamente en este momento entraba Tocineta en la sala trayendo una lámpara de petróleo encendida, pero con tan escasa luz que sólo se percibía sobre la mecha un ligerísimo y trasparente círculo azulado.

Estaba preparada para más tarde: bastaría dar media vuelta á la llave y crecería la llama derramando abundante claridad.

Tocineta, en medio de la sala, de pié sobre una silla, fingía que le costaba mucho trabajo colocar la lámpara, pero lo que procuraba, el muy ladino, era detenerse para oir.

La conversación entre Dª Justa, Joaquín y Carmela era cada vez más franca y animada.

A fuerza de locuacidad, querían todos despertarse mútuas simpatías.

Dª Justa preguntaba á Joaquín, y poco á poco, con todo disimulo, llegó á tomarle y darle exacta cuenta de todos sus familiares:

—Oh, sí, los Fernandez, muy buena familia: los conozco, sí señor, desde que eran así.

Y Dª Justa, al decir estas palabras, señalaba sobre el nivel del suelo la altura de un niño, pero de un niño raquítico, sietemesino, como si, mientras acercase más al suelo la mano, más atestiguada quedase la antigüedad de su conocimiento.

Carmela sentía cierto pueríl orgullo al oir á su Mamita hablar con tanta exactitud del parentesco de los Fernandez y tributarles tantos elogios.

Y al par que se iban estableciendo la alegría y la

confianza, entre los tres interlocutores, el negro Tocineta gruñía y hacía gestos sin respeto alguno.

A Joaquín le había chocado desde la noche anterior ciertas actitudes algo provocativas del obeso negro y no pudo menos que dirigirle una mirada severa que reparó Dª Justa.

—No le haga usted caso, es su carácter: parece que siempre está de mal humor y es capaz de jugar á cualquier hora como un niño.

Joaquín entónces sonrió y se excusó diciendo que no lo había tomado á mal.

—Ven acá, Tocineta, llamó Dª Justa.

Y cuando el negro se puso de pié ante ella con los brazos cruzados, refirió á Joaquín la historia del casi prohijamiento de Tocineta y la terrible explosión de la locomotora de Villanueva.

Luego que concluyó Dª Justa fué Tocineta á sentarse en un ángulo del terrado. Sentía una tristeza profunda: maldecía de su destino: ¡ojalá hubiera ido también él cerca de la fornalla de la máquina de Villanueva el dia que reventó! Amaba á Carmela, sí, la amaba con toda su alma. ¡Si ella lo consintiera, pasaría toda la vida echado á sus piés, sirviéndole de banqueta, de alfombra; hasta eso se rebajaría: hasta allí le conducía sn pasión. Culpaba á Dª Justa de orgullosa, colmada de vanidad, y se preguntaba para qué le servirían tanto altar y tanto rezo *¡calambuca!* Siniestros pensamientos velaban su razón. Odiaba á Joaquín sin saber por qué. Instintos sanguinarios de venganza le hacían comprender que tendría valor para acabar con él. Después.... ¿qué? Todo lo sufriría por Carmela. Y al pensar que llegaría hasta sufrir la pena de garrote por ella, sentía una alegría feroz.

Despidióse Joaquín, después de estar en tertulia como dos ó tres horas, complacidísimo y encantado de la amabilidad y franqueza de Dª Justa.

Prometióse no ir todas las tardes, no abusar, dejar pasar algunos dias; más como si una fuerza irresistible lo empujase, su más firme resolución se desvanecía y, á la mejor, sin darse cuenta del modo como había guiado, involuntariamente, el caballo, hallábase frente por frente de la casa de Dª Justa.

Y una vez allí aún intentaba espolear el fogoso corcel para huir, ¡siquiera una tarde! pero sus esfuerzos eran inútiles: una sonrisa de Carmela que siempre le aguardaba sentada en la ventana, desvanecía por completo su más firmes propósitos.

Muy poco tiempo después fué ya para Joaquín una costumbre inquebrantable pasarse las tardes y primeras horas de la noche en la casa de la calzada de San Lázaro.

No tan solo cuando faltaba, que faltó una ó dos veces, sino cuando se demoraba, Carmela le reconvenía cariñosamente, y Dª Justa, después de hacer sufrir al joven este invariable interrogatorio:

—¿Ha estado usted enfermo? ¿ha tenido usted mucho que hacer? proseguía, ¡de esa manera únicamente puede usted excusarse de no haber venido! ¡bién sabe usted que por aquí se le estima, sí señor, se le tiene el mismo cariño que á un hijo: me parece usted hermano de Carmela!

En la vecindad se murmuraba.

Una solterona que vivía frente por frente de la casa de Dª Justa, se pasaba horas enteras detrás de la ventana de la calle, asomando por entre las rendijas sus ojos que brillaban en la oscuridad de lo interior, como dos vivísimos carbúnculos. Y en cuanto llegaba Joaquin, llamaba á gritos á todos los de la casa:

—Ya llegó! corran! véanlo! ciertos son los toros! á ese sí que no lo dejará escapar la zamba de Carmela! Lo atrapan, lo atrapan: ¡qué tonto!

Y luego se volvía todo risas y comentarios amarga-

dos, en boca de la fea solterona, por un secreto é indomable fondo de envidia.

Tocineta se iba resignando: Joaquín no le trataba con orgullo. A veces sentía el rebelde negro este ascendiente que sobre él iba tomando el joven: hubiera preferido que no le sonriese, que no le hablase siempre con aquel semblante franco, simpático. Oh! si le maltratase, si le ofendiese, considerábase con suficiente aliento para dar una muestra de valor.

Mientras Dª Justa, Carmela y Joaquín, se pasaban hablando familiarmente las noches, Tocineta alternaba con su inseparable compañero, Semilla de Marañón, el cuidado del caballo, manteniendo también las bridas. Joaquín no venía nunca á pié: el animal era el pretexto que tenía el joven para abandonar todas las tardes la casa paterna, pues decía que si no lo sacaba á ejercitarse, se pondría inaguantable. Y á la vez era el caballo también la excusa cuando regresaba tarde.

Tal se pasaba la vida por aquellos dias en casa de la amable Dª Justa.

Las reuniones no eran ya tan frecuentes: y las muchachas se quejaban de la frialdad de Carmela y aún de la de Dª Justa. ¡Ya se ve! ¡ya han encontrado lo que buscaban! ¡un novio para Carmela! Antes les consagraban el tiempo á ellas; ahora parecía que no les alcanzaba para charlar con el tal Joaquín.

Dª María de Jesús, ó Chucha, era la única que mantenía su amistad sin detrimento: ya había hablado con Dª Justa y dádole muchos consejos respecto de Carmela y Joaquín, á los cuales pintaba un porvenir muy halagüeño.

No pocas bromas se les daban á los jóvenes; no pocas indirectas recibían. La mayor parte de ellas, aún las felicitaciones, revelaban al observador menos experto, profundísima ironía.

Todo esto motivó que las reuniones fuesen cada vez

menos concurridas, y cada vez más raras, hasta que desaparecieron por completo.

Las noches en que brillaba la luna, Joaquín y Carmela arrastraban sus mecedores al terrado, y uno al lado del otro, pasábanse horas enteras sin desplegar los labios. En la sala, cierto conveniente disimulo les hacía hablar de mil cosas indiferentes: en el terrado, que tenían más libertad de hablar, callaban y se miraban henchidos de amor.

¡Qué noches aquellas tan hermosas! La brisa purificada por el oceano venía llena de sus acres perfumes; la luna plateaba el agua que se extendía ante la mirada de los dos jóvenes enamorados, inmensa, llena de poesía, como deslumbradora é inquieta malla de plata. Todo en redor estaba tranquilo y solitario. Las plantas de las tinas erguíanse; salían del abatimiento en que las habían sumido los ardorosos rayos del sol, enderezando sus tallos con aquel fresco rocío de la noche, que recogían, con avaricia y voluptuosidad, los claveles en sus rojos cálices, las balsaminas, las rosas, las maravillas matizadas y los blancos jazmines que con su suave y mezclado olor saturaban el aire de perfumes. Y luego quizá embeberían las plantas como delicioso nectar, que guardaban los cálices de sus flores, aquellas impalpables moléculas de agua para comunicarse á pequeños sorbos, lozanía, vigor y vida. Las tórtolas arrullaban de hora en hora. El gato de Angora paseábase majestuoso y maullando por el muro del terrado. El rumor sordo, dulce, de las olas que en la orilla pasaban y repasaban los duros arrecifes, cubriéndolos de resbaloso y verde musgo.... todo hacía callar á los jóvenes: mirábanse y contemplaban luego la naturaleza, que con su solemne calma, parecía consagrar su amor y ligar sus almas.

Las notas melancólicas, tristes, monótonas, de la *marímbula* de Tocineta, sentado en el umbral de la casa,

resonaban bárbaras, gemidoras, vibrando en el silencio de la noche y grabándose de extraña manera en la memoria de ambos jóvenes, puesto que también formaban parte de aquel conjunto, de aquella escena y no las olvidarían jamás, como no se les olvidaría tampoco el más mínimo detalle de aquellos momentos de indefinible dicha.

Muchas veces enternecíanse, tenían dudas respecto de su porvenir, prevían mil obstáculos, y como para fortalecerse mútuamente, se estrechaban las manos y permanecían así.

## IX.

En casa de Joaquín no andaban, á la verdad, tan favorablemente las cosas.

Desde aquel dia de la reunión que dieron los señores Fernandez para festejar la llegada de Dª Inés y su bella hija Luisa, D. Julián miraba con adusto ceño á Joaquín.

Dª Mariana no se daba punto de reposo en reprenderle y aconsejarle, haciéndole muchas reflexiones sobre su persistencia en visitar la casa de Dª Justa, una familia que no le correspondía.

Joaquín callaba y sufría: á veces llegaba á prometerse sinceramente no ir más allá, no por su gusto, sino por complacer á sus padres. Las ocasiones que faltó á casa de Dª Justa fueron debidas á promesas que se le habían arrancado. No podía resistir aquella apasionada elocuencia que empleaba su madre para convencerle.

También D. Julián le hablaba, le aludía, pero era con frases lacónicas, duras, denigrantes. Mas á pesar

de que estas solían lacerarle el alma, preferíalas el joven á aquellas largas, repetidas, casi siempre convincentes á irrefutables reprimendas de su madre.

—Era una injusticia; no comprendían su pasión. ¿Cuándo concluirían por dejarle quieto? Ah! si conocieran á Dª Justa y á Carmela, si las trataran: si vieran cuánta dulzura y sencillez....! Lo demás que decían.... no era cierto. Y aunque lo fuera, ¿qué importaba? ¿no eran todos hijos de Dios? Dª Justa tendría la piel de color más ó menos oscuro, pero Carmela no. ¿Y qué era Carmela? Ahijada de Dª Justa: nada más....

Era una lucha contínua.

Tenía empeñada una batalla contra todos los de la casa, amigos y parientes, y aún contra sí mismo.

Todas las noches le aguardaba Dª Mariana de pié, apoyada en el barandaje de la escalera.

Y por muy resuelto que viniese Joaquín á no decir palabra, aquella señora, con su profundo amor de madre, sabía tocar todos los resortes de la voluntad de su hijo y arrancarle la confesión.

Hasta este momento eran sus palabras un tanto dulces, cariñosas; mantenía la esperanza de oir decir á Joaquín que había ido á otra parte, á cualquier otro punto; mas cuando el joven le confesaba que había pasado la tarde en la calle de San Lázaro, Dª Mariana se encolerizaba cada dia mas, le amenazaba con que todo se lo contaría á su padre para que lo echase fuera ó lo metiera en un buque de guerra, exajerábale los peligros y le pintaba el triste papel que desempeñaría en sociedad si persistía en realizar su locura.

Pero estas palabras cruzaban por los oidos de Joaquín como el silbar de la lluvia, el estallido de los truenos de una tempestuosa noche. Atemorizábanle, á su pesar, cuando eran muy fuertes, reconocía respe-

tuosamente la superioridad y potencia de lo que le conmovía, mas no pudiendo remediarlo, convencido de que sus disculpas eran inútiles, alzaba los hombros con indiferencia y se hallaba resuelto á sufrir cuanto pudiera sucederle.

Ya D. Julián sospechaba que Joaquín no andaba en buenos pasos; pero disimulaba de tal modo, que ni á su misma esposa dejaba traslucir sus pensamientos.

Un amigo demasiado oficioso le enteró cierto dia, y él, fingiéndose sorprendido, exclamó:

—Oh! no puede ser: su madre no me ha dicho nada.

Por la noche hubo entre los dos esposos una larga disputa.

—Hace tiempo que Joaquín observa muy mal comportamiento y no veo que á esto se ponga remedio, comenzó á decir con voz campanuda D. Julián.

—Yo le he reprendido muchas veces, replicó Dª Mariana.

—Pues no se ve la enmienda; bah!.... así habrán sido esas reprensiones.

—Han sido cuantas puedes imaginarte.

—Y sin embargo, repara el caso que te hace tu hijo.

—Ah! ¿y qué quieres tú? yo no puedo hacer milagros.

—Este muchacho es un tarambana.

—Nó, eso, nó: es como todos los muchachos: necesita que se le reprima un tanto la voluntad.

—Ya! ¿y por qué no lo haces?

—Todo no puedo hacerlo yo: eso te toca á tí; los hombres tienen más carácter para esas cosas.

—Bien! ahora que estoy tan atareado, tan sofocado con los asuntos del ingenio, me voy á ocupar del muchacho.

—¿Y piensas abandonarlo y dejarle hacer cuanto guste?

—Que se lo lleve el diablo!

Doña Mariana se llevó la punta del corpiño á sus ojos para secar una lágrima.

Don Julián comprendió que había estado muy duro:

—Ah! los negocios van tan mal que tengo la sangre irritada. ¿No ves la reja de mi escritorio llena de personas la mayor parte del día? ¿Sabes las horas de terrible prueba que paso yo, con los codos apoyados en mi carpeta, con las sienes latentes, al lado de aquella caja de hierro, abierta, vacía, llena de polvo, que tal me parece la boca de un mónstruo que se ha engullido las pilas de onzas que en otros dias mejores coloqué allí? ¡Mónstruo feroz, implacable, que mantiene abiertas sus fauces para significarme que tiene hambre! ¿Tu sabes, hija mia, las forzadas sonrisas, las fingidas frases de dulzura, tranquilidad y simpatía que tengo que inventar, poniendo en tortura mi imaginación y en fermento mi bilis, para aplacar mis acreedores, para suavizar su carácter, para destruir sus amenazas, y que no se nos echen encima, dejándonos sumidos á todos en la miseria que ya nos cerca? Ve mi ánimo abatido. Aún yo mismo no me conozco: figúrome en ocasiones que el espíritu de aquel Julián se lo llevaron y que soy otro nuevo Julián, desconocido, extraño, cambiado.

—Todo esto lo sé sin que tú me hagas esas dolorosas confesiones, que al cabo veo que sirven para desahogar tu corazón. Pero ¿ tan ocupado estás, que ni siquiera puedes decir dos palabras, dar la más leve reprimenda á tu hijo?

Don Julián bajó la cabeza.

Los argumentos de su esposa le abrumaban.

Dió violento golpe en el brazo del sillón en que estaba sentado, y exclamó:

—¡Déjalo que venga!

—Cuidado, Julián, no vayas á incomodarte demasiado, no le trates mal: y sobre todo, te suplico que no le pegues; Joaquín es ya un hombrecito.

Don Julián se puso de pié, y cruzando los brazos, arguyó:

—¿Pero en qué quedamos, hija? ¿Regaño al muchacho ó no lo regaño?

—Debes regañarlo, sí; pero no de modo que le lastimes.

—Bah! siempre las malditas contemplaciones.

—Sí, hijo, es preciso cierto tacto...... cierta delicadeza......

—Con esas cosas echas á perder los muchachos.

—Yo nó; serás tú en tal caso.

—Bien! termine la fiesta en paz: déjalo todo á mi cuidado: yo tomaré á Joaquín por mi cuenta. Ahora: otra cosa. ¿Qué hace ese muchacho?

—Te lo diré de una vez: está enamorado.

—¡Diablo de chiquillo! ¿Y de quién?

—De una muchacha que no le corresponde.

—Y ¿por qué no me lo has dicho antes?

—¡Si tú lo sabías tan bien como yo!

—Yo?...... bien!.... dijo, por último, secamente. D. Julián, y fué á pasearse con las manos atrás, por el vestíbulo ó corredor al cual daba la escalera.

Precisamente por una malhadada coincidencia debía regresar Joaquín aquella noche, más tarde.

Don Julián, en tanto iba impacientándose é incomodándose más y más contra la tardanza de su hijo.

Semilla de Marañón, aquel negrito de inverosímil cráneo, no había acudido, como todas las tardes lo hacía, disputando sus derechos contra cuantos pilluelos se presentaban, á sostener por la brida el caballo de Joaquín, mientras el joven charlaba con su amada Carmela.

Joaquín no quería confiar á ningún otro muchacho, entre tantos que lo pretendían, el cuidado de las bridas del fogoso y espantadizo animal.

Carmela llamó entonces á Tocineta y le confió á él solo el cuidado del caballo.

El negro regañando entre dientes, porque en teniéndole ocupado todo el tiempo con el cuidado del maldito animal no podría tocar la *marímbula*, obedeció de muy mala gana, y esto porque Carmela fué quien lo ordenó: si se lo hubiera mandado Dª Justa, se habría rebelado: y si hubiera sido Joaquín, le hubiera contestado de modo que no le volviera á mandar jamás en su vida. ¡Ya aquel blanquito le tenía cargado!

El joven, hablando en la sala con Dª Justa y Carmela, oía las indirectas de Tocineta que seguía murmurando con insolencia y protestando contra los que aquella noche no le dejaban gozar su triste y única diversión: la *marímbula*.

Una vez se puso de pié Joaquín y se dirigió resueltamente hacia la puerta.

Tocineta, mirándole con irritante socarronería, se puso de pié, y antes de que el joven le hablara, le preguntó con malicia:

—¿Se va el caballerito?

Y tras esto le presentó, el muy ladino, las bridas.

El joven sintió vehementes deseos de cerrar los puños y golpear aquellos gruesos y carnosos labios, entre los cuales brillaba una sonrisa de ironía; pero prefirió ganarse la mala voluntad del negro por medio de una condescendencia.

—¿Estás ya cansado, Tocineta? le preguntó disimulando su cólera.

—Oh! sí señor, y bastante, desde hace rato: este caballo es muy majadero: quiere morder á cuantos pasan por su lado.

—Pues bien, móntalo y date un paseito por ahí: no tardes mucho, eh! vuelve pronto!

Con esto, y dos golpecitos familiares que dió Jōaquín en los rollizos hombros de Tocineta, bastó. El negro estaba vencido: sonrió, sintió que le palpitaba de agradecimiento el corazón. Lleno de una infantil alegría, no esperó á que se lo dijeran segunda vez, trepó torpemente en el caballo, y desde allí, casi ahogado por la desconocida emoción que le embargaba, balbuceó:

—Niño Joaquín, qué bueno es usted!...... Mande ya á su negro lo que quiera!....

En este momento se asomó Dª Justa á la ventana, algo inquieta por el diálogo que en la puerta sostenían Joaquín y Tocineta, y encontrándose á este arriba del caballo, no pudo contener un movimiento de sorpresa.

—Mírenlo, qué perro!..... marcha!.... á ver si te bajas de ahí, relamido!

Pero no oyó Tocineta estas palabras, pues apenas sospechó que Dª Justa se asomaba á la ventana, espoleó el caballo, golpeándole el vientre con sus calcañales desnudos. Partió el animal veloz como una flecha entre la rechifla de algunos pilluelos, que bien por envidia, ó bien porque les chocara aquella figura del obeso negro inseguro, bamboleante, sobre el esbelto corcel y sin atinar á dirigirlo, le gritaban:

—Bertoldino!

La línea del carrito urbano, esmerilada por el roce contínuo de las ruedas de los wagones, el empedrado, las casas, el mar que á trechos se percibía por las bocacalles, todo parecía volar en redor de Tocineta.

Era una carrera veloz, desatinada, la que después de varios caracoleos, había emprendido el caballo.

Los transeuntes huían, y pasado el peligro, se dete-

nían y volvían la cara para ver á dónde iba á estrellarse aquel bárbaro de negro.

Desde los coches y carros le gritaban alarmados que se detuviese, pues el azorado caballo partía veloz en línea recta hacia ellos como si fuera á embestirlos; pero luego, á la mejor, volvía grupas instintivamente, y la emprendía á carrera tendida por la primera bocacalle. En una muy pedregosa, estuvo Tocineta á pique de salirse por las orejas del caballo, á causa de un resbalón que dió éste. Aquella angustia en el estómago; aquel frio en el pecho y sequedad en la boca que sintió en los primeros momentos, aquel gran temor y susto, iban pasando poco á poco al improvisado jinete. Fué acostumbrándose á la velocidad: ya no cerraba los ojos cuando creía peligrar; ya atinaba á oprimir la silla y sujetar con más firmeza los estribos, que sueltos hasta entonces, y golpeando sin cesar el vientre del caballo, le habían espantado, arrojándole á aquel desatinado galope.

¡Era la primera vez de su vida que montaba! ¡Qué alegría! Parecíale un sueño agradable. Absorbía con fruición aquel aire fresco que le azotaba el rostro.

¿Cuánto tiempo transcurrió de aquella suerte? No lo supo. Le pareció muy corto: casi nada. Había echado al atajo por la calzada del Carmelo, luego volvió por Belascoain á Reina, luego la emprendió por la nueva calzada de Zapata, llegó á ver la magna portada de severa arquitectura del cementerio de Colón, casi de noche ya, cuando las nubes lucían los tenues arreboles del crepúsculo; luego regresó hacia el Campo de Marte, se internó por cien calles, pasándolas, repasándolas, siempre agitado, corriendo, como si le hubiera acometido fiebre de velocidad y sin saber cómo se encontró en la Víbora, pasado Jesus del Monte,

preguntando á todos muy azorado el camino de su casa.

Cuando se encaminó á esta venía aturdido, quebrantado: en sus ojos parecían haber dejado regueros de luz los faroles; zumbábanle en los oidos los silbidos de los pillos; sentía como si las cuatro herraduras del caballo le golpeasen el pecho.

Al echar pié á tierra, experimentó la misma sensación del que desembarca después de haber estado muchos dias en el mar: creía que el suelo, las casas, todo se movía á compás.

El caballo resoplaba: su respiración parecía un estertor, un ronquido: la boca y el cuerpo estaban llenos de blanca espuma. Necesitaba descanso.

Mas Joaquín, impaciente por la mucha demora de Tocineta, cuidadoso de regresar á su casa á hora conveniente, que por cierto había pasado con exceso, montó de nuevo sin cuidarse del infeliz animal, que venía casi reventado. Y á poco llego á su casa.

Allá arriba en el vestíbulo, aún continuaba esperándole paseándose, incomodándose y hacinando cargos contra él, D. Julián.

Aquella noche se había decidido á reprenderle, ¡y el maldito muchacho llegaba á hora más avanzada que de ordinario!

Joaquín vió la sombra de su padre agrandada en el suelo del patio, iluminado por la luz del mechero que ardía en el alto vestíbulo.

—Pero ¿qué hacer? pensó el atribulado joven.

Armóse de resolución, y subió paso á paso la escalera.

Los últimos escalones fueron siendo cada vez más penosos: llegó á tener la misma sensación que si le hubieran puesto una gran maza de plomo sobre los hombros.

En cuanto dió dos ó tres pasos por el vestíbulo, su padre, D. Julián, interrumpió su paseo y llegándosele al lado, le tomó con mucha suavidad por un brazo.

Joaquín sintió correr frio por todos sus nervios.

Hizo con la cabeza un movimiento como si quisiera embutirsela en los hombros.

Cerró los ojos.

Esperaba de un momento á otro el dolor de una terrible bofetada.

Pero, nó; su padre le arrastraba, le hacía andar; ¿dónde? No lo sabía. Jamás le pareció tan largo ni más difícil de recorrer aquel maldito corredor.

Repasaron la baranda de la escalera.

Su imaginación, impresionada, le hacía verse ya estrellado, allá bajo, sobre los primeros escalones.

Nó; tampoco: su padre le arrastraba más allá! ¿Dónde? ¡Jesús, qué angustia! ¡Y no se acababa aquel maldito vestíbulo!

Por fin llegaron.

Don Julián se detuvo ante un gran reloj regulador, cuyo gran péndulo de acero bruñido, colgaba de una polea y destellaba con la luz.

—Mira!

Joaquín alzó la cabeza y miró á su padre.

—Nó; á mi nó; mira para allí, repitió D. Julián señalando la esfera del reloj.

Joaquín dirigió la vista hacia aquel punto.

Primero creyó que se había roto una manecilla.

Luego comprendió. Las dos manecillas estaban superpuestas y apuntando hacia arriba.

Realmente se sorprendió: aquella ruda prueba concluyó por anonadarle, no creyó que fuera tan tarde.

Y como si el reloj regulador estuviese de acuerdo con D. Julián para anonadarle, comenzó á dar con su timbre acompasados golpes que en el silencio de la

noche, y dentro de aquellas tapas de vidrio de la caja, resonaban de extraño modo.

—¡Cuenta! ordenó don Julián, al oir el primer golpe.

Joaquín no obedeció.

—¡Cuenta, muchacho, no seas terco! repitó estrechándole más el brazo.

Dos ó tres golpes habían sonado ya.

Don Julían se impacientaba.

Joaquín no desplegaba sus labios.

Y por esto el buen señor adoptó el sistema de ir contando y apretando cada vez más fuerte el brazo de su hijo, hasta pellizcarlo, de tal modo, que Joaquín sentía cada golpe del regulador como mil astillas candentes que se le introdujesen en la carne.

¡Doce mortales golpes dió el timbre del regulador!

—¡Las doce! ¿Lo oye usted, caballerito? ¿Son horas estas de regresar á casa? ¿Dónde se ha metido usted? ¿Qué se ha hecho usted? ¿Le parece á usted que da buen ejemplo á sus hermanitos y á los demás de la casa?

Por este tenor llovieron preguntas sobre Joaquín, que turbado, sintiendo su garganta como oprimida por una argolla de acero, no contestaba.

La reprimenda de D. Julián fué dura.

Su voz resonó á lo último como un trueno por toda la casa, muy silenciosa á esa hora.

Todos, hasta los criados, debieron enterarse.

Joaquín se sentía humillado: abochornado.

Hacía mucho tiempo que no le reprendía su padre tan rudamente, y casi no recordaba que lo hubiera hecho jamás de aquella manera.

El último precepto de D. Julián fué que no saliera Joaquín á la calle hasta que él no se lo consintiera.

Ya aquí se rebeló la obediencia de Joaquín. No se trataba de su cariño y respeto filial, de la consideración que debía guardar á sus padres: con todo esto estaba conforme; haría de su parte todo lo posible por contentarles: se trataba de su pasión, se trataba de privarle toda comunicación con Carmela. ¡No verla! ¡No hablarla! ¿Por qué? Esto sí era una injusticia.

Inconscientemente, hizo un movimiento tan brusco y significativo, que D. Julián adivinó lo qué quería decir.

—¿Como? ¿se atreverá usted faltar á lo que le ordeno. ¡Veremos! ¡hola! ¡ya entiendo! La calle es lo que le priva á usted; pues ya lo remediaremos. Sí, insensato, tonto; lo están embaucando á usted.

—¿Quién? se atrevió á preguntar Joaquín.

—¿Quién? bramó irónicamente D. Julián ¡y se atreve usted á preguntármelo! ¡Bah, sé que está usted enamorado! Un mequetrefe que no sabe trabajar y ya le tenemos con pretensiones de hombre casado....! ¡Esto es divino!

D. Julián fingió reir.

Todo el disgusto de aquellos dias, toda la bílis reconcentrada por sus malos negocios y aquella vida agitada y violenta en medio de una fingida calma, los momentos de impaciencia que poco antes había pasado aguardando á Joaquín, se unieron para irritarle. Ya, á pesar de sus propósitos de no violentarse y de las recomendaciones de prudencia de su esposa, no pudo soportar más, se encolerizó, se cegó. Ofuscado, perdida la razón, lanzó tremendos improperios á su hijo; le vejó, le humilló.

Desesperado éste, herido en su dignidad, quiso protestar.

Y entónces D. Julián levantó la mano, y de una tremenda bofetada hizo rodar por el suelo á Joaquín.

Pálido, callado, con los dientes apretados de rabia, sin una lágrima en los ojos, en los cuales brillaba el odio, se levantó el joven altivamente del suelo.

—Vaya usted á la cama! fueron las últimas palabras de D. Julián.

Joaquín obedeció.

La mañana del siguiente dia, Dª Mariana, que lo había oido todo y se había pasado la noche atormentada por el deseo de ir á consolar á Joaquín de aquel castigo demasiado severo, pero que creía en el fondo justo, se dirigió al cuarto de su hijo; mas al entreabrir la puerta quedó sorprendida: la cama se hallaba intacta. El joven no había pasado la noche en ella, ó no había siquiera recostado la cabeza en la almohada.

Atravesó el cuarto: lo registró todo: Joaquín no estaba allí.

Abrió un balcón que caía al patio. En su baranda hallábase atada una cuerda. Dª Mariana sintió refluir mucho frio en su corazón. Quiso llamar; no se sentía con valor para asomarse por allí.

Después de un momento de vacilación avanzó la atribulada madre.

Casi se alegró al ver que aquella cuerda solo le había servido á Joaquín para deslizarse hasta el patio. Siniestras ideas habían atormentado mucho y de repentino modo, su mente, un minuto antes.

Nadie había sentido ni sospechado siquiera la fuga de Joaquín.

Solo el portero se hizo mil cruces al encontrar abierta la puerta que él estaba convencidísimo de haber cerrado la noche anterior; pero se calló el milagro, pensando que el errar es de humanos, y que errar de semejante manera un humano, si éste es portero, significaba la pérdida del destino.

Doña Mariana quedó profundamente angustiada;

pero disimuló para no dar lugar á que se enterase su esposo de aquella nueva locura de Joaquín.

Prometiéndose arreglarlo todo luego del mejor modo posible, esperó.

## X.

Cuando alboreó el dia, Joaquín, que había pasado la mayor parte de las largas horas de aquella noche angustiosa azotando sin cesar las calles, con la cabeza ardiente por la fiebre, aturdida por mil encontrados pensamientos, comenzó á sentir que en su pecho renacía, al disiparse las sombras que hasta entonces todo lo habían envuelto de negror profundo, su perdido valor.

El sol, bordando de dorada luz las nubes bajas y prolongadas, fué haciendo palidecer la luz de los mecheros de gas y disipando las tinieblas de aquellas estrechas calles, que sin más objeto que entretener el tiempo, había pasado y repasado Joaquín tantas veces.

Estaba quebrantado, todos los huesos de su cuerpo parecían crujir; tenía una mortal fatiga; creíase haber sido presa durante la pasada noche de extraño sonambulismo.

Pálido, con la boca seca, sintiendo ansiedad infinita de que transcurrieran veloces las primeras horas de

aquella mañana hermosa, llena de luz, de aire, de extraños ruidos y movimientos, como no los había visto ni oido nunca en aquellos lugares, ni tan temprano.

Detúvose en la calzada de Galiano, frente á unos grandes y coposos laureles.

Los primeros transeuntes, obreros que se encaminaban al punto del trabajo, con sus capotes de lana hechos girones y llenos aún de la cal, de la tierra, del lodo, de las faenas ejecutadas el dia anterior, pasaron ante él, como en desordenado desfile, con sus herramientas al hombro.

Los gorriones piaban en las ramas de aquellos hermosos árboles que asoman los contornos desiguales y airosos de su copa de color verde oscuro para romper las monótonas líneas de casas que los cercan y para alegrar la vista. Aun no se habían evaporado con el calor del dia las gotas del fresco rocío de la noche. Por los árboles, dorados en lo alto con los primeros rayos del sol naciente, resbalaban de hoja en hoja líquidas y trasparentes gotas. La madera de los varillajes, el techo de zinc, el blanco mármol de aquella mesa cubierta por un pabellon de entrecruzadas enredaderas, los bancos, las escalerillas que conducen á la gruta artificial, su barandaje cubierto de nudosos y torcidos troncos que enbellecen el rústico conjunto: todo estaba húmedo, empapado.

Joaquín reflexionaba. Todo había sido dispuesto como por un hado adverso: sí señor; todo había contribuido á perjudicarle. Primeramente, para captarse la voluntad del gruñón Tocineta, le había prestado el caballo: el negro había tardado mucho: sólo por esto llegó muy tarde, más tarde de lo que podía haberse figurado, á su casa. Allá en el alto vestíbulo iluminado aún, le aguardaba su padre paseándose con las manos atrás...... Ah! si no hubiera acontecido aquello, no

se hubiera tomado el trabajo de desatar las cuerdas de sus poleas de hacer gimnasio, añadirlas luego, anudarlas por un extremo á la baranda del balcón y descolgarse, con peligro de estrellarse, hasta el patio.... Después, á tientas como un criminal, abrió la puerta de la casa, salió y se pasó toda la noche, como un beodo, como un verdadero insensato, azotando las calles.

Estaba un tanto arrepentido, acobardado: sentía deseos de llorar. Y su disgusto aumentaba al encontrarse sólo, abandonado en medio de aquella ancha calle, apenas notado por los indiferentes transeuntes. Oh! si apareciera una señora parecida á su madre, si se le acercara, si le apoyara en su debilidad y contribuyera á que le dispensaran aquella escapatoria, volvería de de seguida á su casa!

Pero luego pensó que aquella mañana estaba convidado á almorzar con Dª Justa y Carmela. Precisamente el deseo de no faltar á este almuerzo, el deseo de no aparecer ridículo, si quebrantaba la palabra empeñada, fué la primordial causa que le impulsó á abandonar su casa antes de que la llegada del dia diese á D. Julián los medios de cumplir su amenaza de no dejarle salir á la calle.

Ah! le habían dado una terrible bofetada; todos los de la casa, incluso los criados, estarían enterados de esto: ¿acaso no tenía dignidad, vergüenza?

Mas esto no le preocupaba tanto como la promesa que le había hecho D. Julián de sacarle, por un brazo ó de un puntapié, de casa de Dª Justa. Esto era más grave. ¡No se atrevería! Era por asustarlo. Y aunque así sucediera, ¿qué? De la linda jóven, á la cual había entregado ya su corazón, nadie podría apartarlo; sentíase con aliento para vencer cuanto obstáculo se levantase entre él y la bellísima Carmela. Imposible que consiguieran que él dejase de amarla, de adorarla: to-

do lo más que sucedería podría ser que adelantaran el momento en que le consagrase su amor ante el altar. Las leyes le favorecían. El párroco no les negaría su bendición.

Estas ideas parecieron volverle la energía, sonrió con sarcástica sonrisa, alzó los hombros, se metió las manos en los bolsillos, y comenzó á pasearse tranquilamente por la calle á lo largo de la reja de madera, deteniéndose á veces á mirar, con la nariz metida entre dos balaustres, aquellos festones de verdura que cubrían el elevado arco tendido sobre la elegante escalinata y que trepaba por aquel gran kiosco en figura de grande casa zuiza; aquellas hileras de dobles y blanquísimos bombillos de porcelana, los paradores y mostradores forrados de madera y cruzados por una barra de hierro, las mesas de mármol, las sillas desordenadas y que seguían en la misma posición en que las habían dejado los últimos bebedores; la gruta, los arbustos de hojas diversas y matizadas de variado color, que ora lucían en pintados barriles, ora nutrían sus raices en el suelo; aquella pequeña cascada y arroyuelo artificiales en cuyas orillas musgosas, crecían, llenos de vigor y lozanía, brotando de entre los resquebrajos de las desiguales piedras, los helechos y nelumbios.

Por la plazuela dela iglesia del Monserrate, cuya cupulilla aparecía teñida de oro por la luz del sol, asomó de improviso Tocineta, trayendo una *jaba* colgada por un cordelillo al hombro y una levita que mantenía en tortura sus obesas carnes, según lo daban á comprender las arrugas horizontales que formaba sobre el pecho y la espalda el estirado paño, el cual, por ser de excelente calidad y casi sin uso, contrastaba de extraño modo con los desarrollados piés descalzos del negro, llenos del blanco polvo de la calle.

—Niño Joaquín! gritó corriendo alegremente hacia el joven.

Éste también se alegró de verle.

Tocineta continuó:

—Esta tarde me va á volver á *emprestar* su caballo.

—Vamos! déjate de eso ahora! Para prestarte otra vez el caballo estoy yo! Y por tu casa, ¿están levantados?

—Oh, qué va! todavía es muy temprano!

—Y ¿á qué hora se levantarán?

—Dª Justa á las siete, á más tardar. El niño me lo pregunta porque hoy va á almorzar allá, ¿verdad?

Joaquín se turbó con esta indiscreción del oficioso criado.

—Sí.... murmuró maquinalmente.

—Pues entonces á eso de las ocho y media es buena hora. Por aquí voy á la Plaza del Vapor á comprar media docena de cangrejos y maíz tierno. Ya verá el niño qué buen plato sabe hacer Dª Justa.....

—Vaya! hasta luego, Tocineta, interrumpió Joaquín incómodo ya con la importuna charla del negro.

Y cada cual tomó por su lado: Tocineta calle abajo, entre aquella hilera de altas casas y soportales, cuyo término se desvanecía entre la masa opalizada y húmeda de la neblina; y Joaquín se encaminó hacia San Lázaro, fija la vista en aquel cuadro dividido en dos azules bellísimos, el del mar y el del cielo, que á trechos cortaban anchas y oblícuas líneas sonrosadas: eran los hermosos rayos del naciente sol.

Dos ó tres veces pasó el joven por delante de la casa de Dª Justa, cuyas ventanas verdes y roja puerta permanecían completamente cerradas.

Se veían discurrir por las anchas aceras de la calzada los cocineros de ambos sexos y de todos colores,

razas y edades, muy arropados, pero con piezas tan diversas y tan poco armonizadas unas con otras, que tal parecía que habían ido á vestirse al Rastro todos ellos. Así, grotescos, serios, con el mal humor del que ha abandonado el lecho donde se encontraba bien, se dirigían á los mercados ó á los almacenes de víveres al por menor.

Los pescaderos venían de la Caleta ó de otros puntos de la playa con canastas bajo el brazo, llenas de graciosos pececillos, que en las convulsiones de su agonía prolongada y penosa, hacían lanzar reflejos á las escamas de su plateado vientre, mientras que sus ojos de azul profundo, como si fuera un pedacillo de aquel bello mar de donde habían sido arteramente robados, se iban apagando y cubriendo de un velo gelatinoso, opaco.

Luego abandonó Joaquín la calle y se entretuvo en caminar sobre los arrecifes, espantando á cada paso los caracoles y crustáceos, que como si no fueran indiferentes á los esplendores del astro del dia, abandonaban sus oscuras cuevas y se colocaban en el lugar más prominente de la roca para bañarse en aquella tibia luz, que ya por algunos puntos iluminaba bastante la playa.

Ni el más leve movimiento se percibía en el terrado de la casita de Dª Justa. Allí estaban las tinas de flores asomando sobre la muralla muda y ante las persianas cerradas. Sólo las palomas arrullaban, se perseguían, se enamoraban, hundían sus picos bajo las alas ó entre las tornasoladas plumas de su cuello, para espurgarse, paradas en el agudo caballete y aleros del tejado.

Y al ver esto, proseguía el joven rondando la casa sin apartarse de la pedregosa orilla del mar.

Estaba fatigado, aburrido: jamás mañana alguna había tenido para él más lánguidas horas.

Por fin, como á las ocho, se decidió á encaminarse á casa de Dª Justa: hacía ya algún rato que había visto las ventanas y la puerta abiertas de par en par.

Encontró á la buena señora mascullando, casi en voz alta, las noticias que traían los periódicos de aquel dia, que aún dejaban percibir vagamente ese olor peculiar de la tinta de imprenta húmeda.

Dª Justa alzó la cabeza hasta buscar con sus pupilas el foco de los lentes de sus grandes espejuelos de vidrio de gran aumento, colocados casi sobre las ventanas de la nariz, y así que lo logró, arrojó alegremente los periódicos, púsose de pié, abrazó á Joaquín, y le tuteó por primera vez:

—Vamos, tienes palabra, eres un joven puntual!

—Está usted bien, Dª Justa; déjese de cumplidos, vuelva á su sillón y siga leyendo.... ¿y Carmela?....

—Ah! picarón, Carmela, eh? lo que al corazón se tiene, á la boca se viene. Espera, que la voy á llamar: se nos está volviendo una dormilona.

Joaquín quedó en la sala.

El sol penetraba por la puerta del comedor, viniendo á dibujar sobre el suelo, con negras líneas, las paralelas maderillas de las persianas. Todo reflejaba; los muebles, los cuadros; el piano barnizado lanzaba desde sus esquinas, desde sus relieves y filos, aureolas doradas sobre la blanca pared. Anchas fajas de luz dorada cruzaban también por todas partes, y el polvillo de los muebles sobados por el sacudidor de plumas rojas, verdes, azules, amarillas, que por el mango manejaba Tocineta, subía como pequeñas nubes de chispillas encendidas, en espirales, en grupos, solitarias, y brillaban mucho y luego se extinguían de pronto.

¡Qué bien se estaba allí! ¡Qué tranquilidad, qué fresco, qué aire aquél tan puro y tan agradable el que

venía del mar, cuya azul superficie también se veía desde la sala!

Joaquín recostó su cabeza en el sillón y casi se durmió al cerrar sus párpados ardientes y cargados de sueño.

La puerta del gabinete ó primer cuarto se abrió.

Y apareció Carmela linda, fresca, sonriente, más bella que nunca.

Adelantóse, y mostrando sus blanquísimos dientes esmaltados como perlas á través de sus labios húmedos, rojos, un tanto carnosos, pero bien delineados, tendió su pequeña y bien cuidada mano á Joaquín, que al estrecharla entre las suyas, sintió que le palpitaba con fuerza el corazón.

Ambos jóvenes se turbaron.

Nada pudieron decirse, pero por sus ojos pudieron leer sus pensamientos.

Pasado un corto rato, Carmela, como si Joaquín fuese ya un huésped demasiado familiar, le dijo:

—Ven, que me ayudarás á dar de comer á mis palomas.

Y los dos se encaminaron al terrado.

Apenas se hubo presentado en él Carmela, azotando el aire y haciendo ruido con sus alas bajaron las palomas y se agruparon en torno de la joven.

Una vino á posársele en el hombro, ella, riendo, hacía como si se defendiese del obstinado animalito, que bien sujeto de los encajes del vestido, comenzó á picotearle el carrillo hasta que atinó con la boca.

—¿Has visto qué atrevido? ¡todos los dias me hace lo mismo! dijo graciosamente Carmela.

Y Joaquín se atrevió á balbucear un debilísimo:—Oh! feliz él!—que aumentó el buen humor y la travesura de la linda joven.

Era otra Carmela, la de aquella mañana.

Jamás la había visto Joaquín tan viva de genio, tan locuaz, tan aguda, y notó que tampoco le había tratado con tanto desenfado.

Le arrastraba por un brazo de un lado á otro de la casa.

Y Joaquín sentía infinito placer con esta confianza que le brindaba la joven; así le parecía que se aproximaban más el uno al otro; que completaban su cariño y su amistad.

Estaba contento, satisfecho. Después de tantos disgustos y del mal trato que en su casa había recibido, aquella amabilidad y franqueza, abrían su corazón al más puro y profundo afecto.

Tocineta también se esforzaba en hacer conocer á Joaquín los detalles íntimos de la vida de aquella casa. Metió las manos en el barril de la lejía y puso sobre el suelo del terrado el par de *jicoteas*, que á poco sacaron del doble caparazón sus seis apéndices, y dando tumbos que divertían á todos sobremanera, corrían á esconderse en los rincones. Después hizo mil diabluras con la *jutia*, y echó á correr por su cuarto llevando en las manos una rama de maloja, para que Joaquín y Carmela vieran cómo le mordia los talones aquél par de conejos blancos como armiño y de ojos de fuego.

Andaban Carmela y Joaquín por toda la casa como dos niños traviesos, como si tuvieran ambos diez años menos. Reían, bromeaban: aquella mañana sí que había allí una verdadera algarabía. La casa semejaba más que nunca una gran jaula. El perrito galgo seguía á los jóvenes saltando y ladrándoles de lejos. Los conejos se enfurecían contra Tocineta. Los pájaros alborotados rompían en inacabables trinos y gorjeos. El guacamayo volteaba como ágil acróbata en su aro de hierro sujeto por una cadenilla y colgado del techo con un alambre. El loro con sus ásperos graznidos,

con su interminable charla, parecía un predicador ó un orador parlamentario.

Dª Justa, allá en la cocina, preparando el gran plato con que debía obsequiar á Joaquín en el almuerzo, dejaba que los alegres jóvenes camparan por sus respetos.

Sólo alguna vez que pasaban cerca de ella se contentaba con advertirles:

—Juicio.... juicio....

Nada quiso Carmela que dejara de ver Joaquín. Las plantas, sus piezas de música, un abanico de versos. un álbum de autógrafos, otro de retratos, sus libros, todo, todo se lo mostró: deseaba que el joven se identificase más y más con ella, haciéndole conocer todos estos detalles íntimos.

Joaquín había olvidado muy presto su mala noche, sólo se sentía un poco aturdido, como el dia después de una embriaguez lijera.

También á ratos acometíale cierta vaga tristeza, pero esto le pasaba muy pronto.

## XI.

Cerca de las nueve y media serían, cuando Tocineta, agitando una sonora campanilla de plata, anunció que estaba servido el almuerzo.

¡Qué bien lucía aquella mesa redonda, con su mantel rizado por el centro y recogido con lazos por sus cuatro puntas, con sus cubiertos de cabo plateado, con sus limpísimas copas que la claridad tornasolaba!

La brisa, impregnada de emanaciones del mar, hacía vibrar las persianas del comedor, que parecían trasparentadas por el sol como si fueran de porcelana.

La devota D.ª Justa, que se preciaba de conservar las antiguas y buenas costumbres, se puso de pié tras de su silla, santiguóse y pronunció una oración de gracias á Dios por el cotidiano alimento.

Carmela acompañaba en el rezo á su madrina; pero Joaquín solo podía pronunciar, con trabajo, y en voz que más bien semejaba zumbido de abejorro, las sílabas que lograba coger al vuelo.

Luego se sentaron.

—Ea! dijo riendo Carmela á Joaquín, aquí no hay cumplidos, almuerza bien y déjate de cortedades.

—Por supuesto, aprobó D.ª Justa.

—Sí.... ya sé.... replicó algo cortado Joaquín.

Tocineta empuñó las botellas de vino y agua, volvió las copas, colocadas boca abajo, y las llenó de una preciosa mezcla de ambos líquidos.

D.ª Justa comía con un apetito regular.

Y Carmela no le iba, por cierto, á la zaga.

—Me causan gracia, decía la bella joven en tono de burla, esas muchachas que cuando van á un convite, para que nadie se crea que comen mucho toman con la punta del tenedor un bocadito nada más; y luego ¡vaya usted á verlas morirse de debilidad! Bah! si no comen es porque están enfermas, porque quieren hacerse las remilgadas ó porque les aprieta mucho el corsé. A mí que no me vengan con músicas, el que tiene salud y se siente sin incomodidades, come bien: ¿qué hay de eso, Joaquín?

—Pienso lo mismo que tú, Carmela, aseguró el joven pugnando por despojarse de cierta timidez que le incomodaba.

—Aquí viene! interrumpió D.ª Justa señalando una gran cazuela humeante que traía en un plato de borde azul el negro Tocineta, el cual, levantaba la cazuela lo más alto que podía, bien fuera para traerla como en triunfo, bien fuera para librarse del vapor sofocante que brotaba de ella, ó también podía ser para ocultar el rostro á fin de que no le vieran el movimiento de masticar de sus carrillos mofletudos.

Era ésta vieja manía de Tocineta: mientras conducía de la cocina á la mesa las fuentes, atrapaba cuanto podía, sin perjuicio de almorzar luego, á la hora que le tocara, como si tal cosa. Cada vez que sacaba un

plato de la mesa engullía las sobras, se las escondía en sus carrillos y siempre pretextaba tener que limpiar copas y cubiertos para volverse de cara á la pared, y seguir masticando, ni más ni menos que un dromedario ó un chivo, lo que guardaba en la bolsa de sus carrillos.

Muchas veces se interrumpía esta operación por las necesidades del servicio de la mesa, y nadie podía notar que el obeso y glotón negro tenía ocultos, bajo sus redondos cachetes de ébano, sendos bocados.

Tocineta colocó la fuente en el centro de la mesa.

Joaquín creyó oportuno celebrar el regalo, y lo hizo haciéndose muy sorprendido con tan sabroso manjar.

Dª Justa casi se hallaba poseida de la infantil alegría que animaba á Joaquín y á Carmela, los cuales no cesaban de reir y de charlar.

La redonda y chata cazuela cubierta de una masa dorada y excitante de harina de maíz, adornada con agíes rojos y verdes colocados con simetría, dejaba adivinar, por algunas irregularidades de su superficie, las patas velludas, huesosas y de feo aspecto exterior de los cangrejos, pero que guardaban en su interior apetitosa y blanca carne.

Eh! qué risas hubo cuando Dª Justa, enterrando la cuchara en la humeante pasta, pescó un carapacho, con aquellos ojos salidos de las órbitas, tiesos, relucientes como si vieran aún, y lo puso en el plato de Joaquín!

—¡Cómo te mira! bromeó Carmela señalando los saltones ojos del carapacho.

—¡Vaya, niña, dame tu plato! interrumpió Doña Justa.

Y presentando la joven su plato recibió buena parte de masa y de cangrejos.

Luego se sirvió Dª Justa.

Los tres comenzaron á comer casi á un tiempo, equilibrando entre los dientes y el tenedor los despedazados miembros de los cocidos crustáceos.

—¡Vaya! nada de cumplimientos, arguyó Dª Justa arrojando lejos de sí el tenedor; estos son platos de confianza, que no pueden servirse entre personas encopetadas, porque hay que *echarse á pié* y comerlos con las manos.

Y diciendo y haciendo, tomó con el índice y el pulgar de cada mano una pata de cangrejo.

Joaquín y Carmela imitaron á Dª Justa, celebrando á la vez mucho su ocurrencia: ya estaban cansados de volver y revolver con el cubierto bocados que no atinaban á introducirse en la boca.

Tocineta miraba con envidia aquel ataque que había sufrido la cazuela y temía que no quedase nada para él.....

En este instante se oyeron golpes en la puerta de la calle.

Doña Justa se sorprendió.

¿Quién podía ser?

Carmela también hizo un gesto de duda.

Y á Joaquín, sin que pudiera adivinar por qué, comenzó á latirle con fuerza el corazón.

Tocineta en tanto había acudido á abrir la puerta.

Nó; no se había engañado Joaquín: con fundamento se asustó.

Desde que, abierta la puerta, oyó preguntar por Dª Justa conoció el joven aquel metal de voz y súbita palidez cubrió su semblante. Sintió frio en las sienes, en el pecho; sus manos cayeron, como sin fuerza alguna, abandonando en el borde del plato el carapacho del cangrejo que con sus ojos tiesos, amenazadores, miraba al atribulado joven con singular fijeza.

Doña Justa que quedaba sentada en frente fué quien notó el repentino cambio del joven.

—¿Te has indispuesto, hijo mio, te has quemado? le preguntó: no tengas pena ninguna, dílo; somos de confianza.

Tocineta asomó su ancha faz por el marco de la puerta.

—Ahí está un caballero que la busca á su merced, Dª Justa, advirtió.

—Pues dile que tenga la bondad de esperar, que estamos almorzando.

Joaquín sufría las mayores torturas: parte del estrado de la sala se veía desde el comedor.

Oh! como al visitante se le antojara sentarse en el sofá, ó en los primeros sillones que quedaban frente por frente de Joaquín, no vacilaría éste un punto en meterse debajo de la mesa.

Por desgracia, el visitante colocó su bastón y su sombrero en uno de los primeros sillones y se sentó en el sofá.

No tuvo tiempo ni serenidad el joven para ejecutar su propósito; no fué dueño ni de mover siquiera la cabeza. La mirada del recien llegado se fijó, tan severamente en él, que le llenó de terror y desarmó su firme propósito de esconderse.

—¡Hola! exclamó aquel señor sentado en el sofá de la sala, ¿usted por aquí, caballerito? ¡al fin me alegro de saber dónde está!

Todo esto pasó con la rapidez del relámpago.

Doña Justa fijó su mirada en el recién llegado y en Joaquín, y quizá sospechó algo, pues muy inquieta preguntó al joven:

—¿Conoces á ese señor?

—Sí, dijo Joaquin con voz apenas perceptible; es mi padre.

Doña Justa se inquietó más aún.

Carmela terciando en la conversación, y sin cuidarse para nada de que el señor de la sala la oyera ó la mirara, alzó los hombros y arguyó con desenfado:

—Y bien ¿qué? ¿no estás con nosotras?

Doña Justa adoptó el partido de interrumpir su almuerzo y llegarse á la sala.

Don Julián, el padre de Joaquín, que no era otro el visitante, se puso de pié y saludó cortésmente.

Doña Justa le rogó que se sentara.

Era prurito de D. Julián repetir que raras veces se ocupaba de asuntos que pudieran irritarle, pero que una vez dedicado á ellos, nadie le ganaba en actividad y energía.

Mas entendía que ser enérgico era cometer á cada paso arrebatos y violencias en los cuales perdía la serenidad y no atinaba sino á hacer y decir disparates. No tenía la calma necesaria para tratar ciertas cuestiones con el delicado tacto que requerían.

Al entrar en aquella casa con tanta mesura, saludar tan cortésmente, ver sin gran sorpresa á su hijo y sentarse con tanta modestia en el sofá, ya fingía una tranquilidad que estaba muy lejos de tener, como lo demostraba el convulsivo temblor de sus labios y la vacilación de su habla.

Doña Justa, por el contrario, además de tener un aplomo natural verdaderamente notable, habíalo aumentado el hábito de la conformidad y mansedumbre recomendadas por las doctrinas religiosas que con tanta asiduidad profesaba.

—Señora, prorrumpió con altivez Don Julián, hace usted muy mal ocultando en su casa á mi hijo Joaquín. Lo menos que esperaba, aunque ya todo debo esperarlo de él después de la grave falta cometida, era

encontrármelo almorzando tan libre de cuidados entre ustedes.

Doña Justa, aunque sorprendida por el tono de su visitante, le replicó con reposo:

—Y bien, caballero, ¿qué tiene eso de particular? No veo en esto ninguna falta, como no sea que tenga usted á menos que Joaquín coma con los pobres.....

—Señora, interrumpió D. Julián alzando más la voz y sentándose casi en el borde del asiento, le digo á usted que hace muy mal: ese muchacho es un chiquillo y aquí le están metiendo en la cabeza ciertas cosas que le han de perjudicar.

Allá estaban Joaquín y Carmela en el comedor hechos dos estátuas, silenciosos, asustados, sin osar dirigirse una mirada.

Tocineta se aprovechaba de la ausencia de Dª Justa para llevarse algunas fuentes de la mesa y acopiar la provisión de sus carrillos.

Doña Justa replicó á Don Julián rogándole que tuviera la bondad de hablarle más claro, pues ella no comprendía que mereciera reconvenciones por tener á Joaquín almorzando en su mesa.

—Ah! trata usted de defender al muchacho, ¿y quién es usted? ¿qué autoridad tiene usted para replicarme á mí, á mí, que soy el padre de Joaquín? Sé que hace mucho tiempo que viene aquí todos los dias ese muchacho, que viene á visitar una joven, que no le conviene de ninguna manera, y que le tiene vueltos los sesos.

—Caballero, es usted injusto, y perdóneme que se lo diga: Joaquín, como usted comprenderá, viene aquí, ¡porque es natural! le gusta mi ahijada Carmela, que es una joven tan decente como cualquiera otra...... ¿Qué quiere usted? Son jóvenes.... se han visto.... se han cobrado afecto...... Joaquín es un muchacho

juicioso. No tengo la menor queja de él. Siempre se ha portado como un hombrecito y yo por eso lo admito en mi casa. Eso es todo. No veo que en esto haya cometido falta alguna que merezca tan duros cargos como los que usted ha hecho.

Ya D. Julián no podía contenerse; aquella oposición tan serena, aquella naturalidad con que le trataba una mujer, que consideraba de condición muy baja con respecto á él, le tenían envenenada la sangre.

Con los labios trémulos, cogió inconscientemente el sombrero y el bastón, y mientras pegaba con éste sendos golpes en el suelo y agitaba aquél, exclamó:

—Sí, ya veo, ya sé: los muchachos no saben quiénes son los que les guían bien. Tenga usted entendido, señora, que yo, el padre de Joaquín, le tengo prohibido, hace ya larga fecha, que venga á esta casa. Aquí no puede encontrar nada que le convenga. Jamás mi hijo me ha desobedecido. De algún tiempo á esta parte no le conozco. Ni atiende á los consejos de su madre ni á mis amenazas y regaños. Solamente se explica esto, habiendo quien le aconseje y quien pretenda, sabe Dios con qué miras, apartarlo de la obediencia que debe á sus padres. Sí; es una maldad lo que se le está haciendo á ese muchacho, porque será suya la perdición y de nadie más....

Doña Justa se santiguó y procuró decir:

—Pero, caballero, parece que está usted acusándonos de faltas que no hemos....

Don Julián se hallaba en un grado tal de exitación, que las palabras de Dª Justa, cualquiera que fuesen, las tomaba por una contradicción y solo servían para enfurecerlo más.

—Sí, señora, sí; ya sé yo lo que son estas cosas. ¿Qué hace aquí metido toda la santa noche este muchacho? Ahora mismo que debiera estar en casa, después de faltar á ella desde anoche, pues segura-

mente que no ha dormido allí, me lo encuentro entre ustedes almorzando y en gran tertulia. En resumidas cuentas, señora, si cree usted que yo voy á consentir buenamente que ese muchacho mantenga relaciones con esa señorita doña Pamela, ó como se llame, que tiene usted á su abrigo, está muy equivocada. Esto no puede convenir á mi hijo, ya lo sabe usted. Son un par de chiquillos y las personas de juicio como usted deben aconsejarles de otra manera y no tomar á su cargo ciertos papeles....

Imposible le era á Dª Justa meter baza.

Cada esfuerzo que hacía en este sentido excitaba más á D. Julián.

—Ya sé cuanto pueda usted decirme, señora mia; pero yo no consiento, no consiento, y no consiento. ¡Vaya! ¿Lo quiere usted más claro? Esa joven no iguala á mi hijo: esto no es más que una locura de él ó una trama sabe Dios de quién, y con qué fines.

—Basta, caballero, pudo decir con tono digno y poniéndose de pié Dª Justa, usted me ofende; usted está muy ofuscado y no atina el alcance de sus palabras. Mi ahijada es tan honrada como la que más. Eso sí, somos pobres, no tenemos grandes lujos en nuestra humilde casa, sin otro piso más alto que el nivel de la calle, sin que esté rodeada del boato y ruido de esas otras que están allá, en el centro de la ciudad; pero tan honrada como aquellas. Mi ahijada es una joven educada, quizá mejor educada que otras muchas que visten sedas y encajes, y no desmerece al lado de nadie.

Don Julián, vencido por la actitud de su interlocutora y por la fuerza que había tomado su voz, antes débil y apagada, la dejó decir, contentándose con mirarla con semblante burlón y sonrisa de incrédulo.

—Bien, señora, no perdamos más tiempo en hablar; diga usted á ese chiquillo Joaquín que salga y venga

conmigo, ó le saco de aquí tirándole de las narices. Y le suplico á usted que no vuelva á dejarlo entrar aquí más.

—Usted puede llevarse á Joaquín, caballero, yo no quiero ni puedo impedirlo; pero le ruego que haga lo posible por evitar un escándalo que enterará al vecindario; aunque quién sabe si seríamos nosotras las que menos perdiéramos, pues estamos muy bien conceptuadas y todos nos conocen. ¡Pero impedir que Joaquín vuelva! eso yo no puedo hacerlo. El no me ha faltado: él se ha portado siempre como un caballerito: nosotras le queremos, le hemos tomado verdadero afecto. ¿Cómo, pues, desea usted que le cerremos las puertas? Sería una falta de consideración por nuestra parte, una inconsecuencia.....

—¡Ya!..... ¡Cuando decía yo que había quien le llenaba de viento la cabeza al muchacho! Replicó don Julián con tono sarcástico. ¡Bien sabía yo que no todo dependía de él! ¡Pero concluyamos de una vez! Vale más que nò se me haga hablar lo que es, ni lo que debe saberse, sin que sea necesario que yo lo diga... Diga usted á ese muchacho que salga, ó lo hago salir yo.....

—Pero, señor, deje usted, siquiera, que concluya de almorzar, luego le aconsejaré que se vaya. El es dócil. A los muchachos de la edad de Joaquín ya se les debe tratar de otra manera que como chiquillos....

Don Julián, un tanto amoscado al ver interpuesta aquella señora entre él y su hijo, pensando que esto menoscababa su autoridad de padre y que era discutirla ante Joaquín, que de seguro todo lo estaría oyendo, interrumpió:

—Pues bién, señora, no quiero que esté un momento más en esta casa..... estas relaciones no le hacen ningún favor......

Doña Justa sintió herida su dignidad, más que por

las palabras, por los despreciativos gestos que hacía Don Julián.

Se consideró humillada ante Joaquín y Carmela, que seguramente la oían, pues ya el grado de exaltación de ambos interlocutores les había hecho perder la discreción y la calma con que empezaron la conversación y hablaban en alta voz.

Hasta Tocineta se había puesto de pié en el centro del comedor, de suerte de poderlo ver y oir todo. En el fondo de su alma se alegraba que se llevasen de allí, para siempre, á Joaquín, y gozaba con oir cuanto, en contra del joven, decía D. Julián.

—Caballero, nadie desmerece al venir á mi casa... yo creo que para llevarse usted á su hijo no necesita hacer esas reticencias que hieren, ni levantar falsos testimonios....

—Eh! señora, yo no hago esos papeles: yo hablo con fundamento. ¿Podría Joaquín presentar algún día sin escrúpulos á esa joven que dice usted que es su ahijada, ante la sociedad? Digo, que lo sé todo..... terminemos la fiesta en paz...... no sigamos en esta disputa inútil......

Doña Justa no se movía, vacilaba: no creía que la vida que llevaba tantos años hacía, que un secreto guardado tanto tiempo, pudiese ser descubierto para echar por tierra de un solo golpe todos sus esfuerzos y cuidados. Ya se había acostumbrado á mantener de tal suerte la ilusión de su propio engaño, que creía engañados á los demás.

Esta vacilación, esta lucha interior de Dª Justa se marcó en su semblante de modo tal que confirmó más las opiniones de D. Julián, el cual, rogando á su interlocutora que se sentara, arrimó una silla á su lado y le dijo en voz muy baja, pero que revelaba contenida ira:

—Señora, esa joven no tiene padre conocido; esa joven no es ahijada de usted......

Doña Justa palidecía cada vez más.

Don Julián prosiguió:

—Es hija de usted.... Esa joven no es blanca.... Mi hijo, no por él, que es un atolondrado, sino por las burlas de los demás, sufriría muy pronto al lado de tal esposa, si por acaso piensa usted que esta quimera pueda realizarse.

Dª Justa, de pálida, se tornó roja; oleadas de caliente sangre parecían llegar á su rostro, estaba sofocada, violenta, avergonzada. El corazón le palpitaba con tal fuerza, que parecía que iba á ahogarla.

Se llevó el pañuelo á los ojos llenos de lágrimas.

Se levantó.

Atravesó el comedor en dirección á su cuarto, y al pasar frente á Joaquín, le advirtió:

—Hijo, tu padre quiere llevarte: obedécele.

Esto fué un rayo para Joaquín.

Pensó que Dª Justa le defendería y que su padre se iría sin él; por lo menos, hasta después del almuerzo, tiempo que aprovecharía él para satisfacer á Doña Justa y á Carmela.

Casi todo lo había oído desde su puesto de la mesa del comedor.

Y en ésta, nada se había movido allí desde la inesperada visita.

Parecía que todo, hasta los manjares estaban aguardando ansiosos la definitiva resolución de aquella inesperada conferencia.

Cada vez que dirigía Joaquín su vista al plato en que comía veía aquel vacío carapacho de cangrejo con sus ojos estirados, lucientes, fuera de sus órbitas, como si las hubiesen abandonado para poder mirarlo fija y burlescamente.

Aquel aparato óptico del crustáceo tan original, tan

extraño como todo su organismo le mortificaba sin que pudiera darse cuenta del motivo: era un detalle insignificante, pueril y que, en medio del acontecimiento grave que en aquellos instantes se realizaba, hería la retina del joven y se grababa profundamente en su memoria.

Estaba al lado de Carmela, muda también, y no osaba mirarla: la mirada de la joven, que Joaquín creía fija en él, pesaba sobre el atribulado muchacho como una losa de plomo.

—¿Qué se diría de él? Que se escapaba, que era un chiquillo, que se pasaba noches fuera de su casa: ¡se le creería un perdido!

Su situación era angustiosa.

Estaba tan decaido su ánimo, que al indicarle Doña Justa que obedeciese á sn padre, se levantó como un autómata, no pronunció una palabra, tomó su sombrero y con la cabeza baja siguió tras de D. Julián.

Ambos abandonaron la casa y subieron al coche, que en la puerta les aguardaba, sin cambiar un solo gesto, una sola frase.

—¡A casa! indicó D. Julián al cochero.

Y cuando el vehículo comenzó á rodar Joaquín recibió un fuerte pellizco en el carrillo, que á esto vino á quedar convertido un fiero tirón de orejas, frustrado, gracias á un brusco movimiento del carruaje.

—Sinvergüencita, oyó el joven al mismo tiempo que sintió su carrillo adolorido.

Y no volvió á oir ni sentir más.

El coche penetró en el zaguan de la elegante morada de los Fernandez, sin más percance desagradable para el conturbado amante de la bella.

## XII.

Me caso, me caso, y me caso, repetía Joaquín al entrar en su cuarto.

Cuando D. Julián llegó á lo último de la escalera, ya de pié en el vestíbulo, salió de aquel mutismo preñado de amenazas, en que se había encerrado durante su viaje en coche y echó á su hijo un regaño más fuerte, más extenso, pero también más digno y reposado que el de la noche anterior.

Dª Mariana, que aguardaba la llegada de su esposo para tener noticias de Joaquín, al ver llegar á éste al lado de su padre, sintió una viva alegría, y por no dejarla traslucir, en aquel instante tan importuno, prosiguió reprendiendo al joven en el mismo tono que lo hacía su esposo.

Después se encaminó el asendereado Joaquín á su cuarto.

Y cada vez que repetía su triple estribillo de:—Me caso, me caso, y me caso,—daba puñadas sobre el mármol del velador, sobre la tabla del escaparate, sobre los almohadones de la cama.

No parecía sino que aquellos muebles contrariaban

su resolución irrevocable y que quería convencerlos, á las malas, ya que á las buenas no lo había logrado.

De pronto se tapó los ojos con un brazo, se echó boca abajo en la cama y rompió á llorar amargamente, maldiciendo de su suerte y creyéndose el más tiranizado de los mortales.

—Sí, lo juro.... por ésta santa cruz.... repetía con amargura y rabia: sólo ella será mi mujer.... es mentira.... mentira todo eso.... y en último caso, yo la quiero, ella me quiere.... y basta.... Me caso.... me caso.... y me caso....

Y mordía la almohada.

Y daba puntapiés al bastidor.

Allá, afuera, algo oía Dª Mariana, y verdaderamente asombrada de la obstinación de su hijo, entrelazaba sus dedos, dejaba caer los brazos á lo largo de su cuerpo, y se quejaba:

—¡Lo que son los muchachos!.... de buenas á primeras pierden el juicio sin que una sepa cómo.... ¡Vean ustedes lo que se le ha metido en la cabeza á ese tonto!

Y Joaquín, tras de aquella gruesa pared de mampostería que mediaba entre el lugar en que pronunciaba Dª Mariana estas palabras y la cama donde se hallaba él tendido, sacaba la lengua, movía alternativamente de plano una mano y otra, como lo hacen los predicadores al amenazar, y murmuraba:

—Sí, me caso.... Carmela me quiere.... yo la quiero.... y no necesitamos más....

Veamos cómo atinó D. Julián con la casa de Dª Justa.

Apenas aclaró, aquella mañana, preguntó por Joaquín á Dª Mariana, la cual, vacilando sobre si le enteraría ó nó de la escapatoria nocturna de Joaquín, optó por aguardar algunas horas al joven y contestar á D. Julián que dormía aún.

A las nueve, abandonando D. Julián aquella especie de gran jaula de madera que rodeaba su carpeta y mantenía á raya el grupo inevitable de sus acreedores, volvió á subir y preguntó por su hijo.

Contestóle Dª Mariana que aún continuaba su sueño.

D. Julián frunció el entrecejo y se decidió á ir á despertar aquel dormilón y perezoso, que nada más que esto, y pasear mucho, era todo lo que sabía.

Ya no tuvo Dª Mariana otro remedio que enterar á su esposo de la travesura de Joaquín.

Pareciendo imposible á D. Julián que aquel muchacho se hubiera descolgado por el balcón, estúvose registrando en vano la casa, y la verdad era, que en medio de todo, sentía cierto orgullo al convencerse del arriesgo é intrepidez de Joaquín. Cuando joven, también había hecho D. Julián algo parecido, y este recuerdo atenuó en mucha parte la gravedad de la falta de su hijo.

Rogó luego á su esposa, que para bien de Joaquín, le dijera sin embozos quién era la novia, de qué clase y dónde vivía; que él se había empeñado en tomar aquel asunto por su cuenta y ya sabría cómo arreglarselas.

Dª Mariana, que con esa ciencia y curiosidad ingénita que saben emplear las madres para escudriñar los menores detalles de la vida de sus hijos, todo lo había averiguado, dejó con su minuciosa explicación, completamente satisfecho y enterado á su esposo.

Por eso atinó éste con la casa de Dª Justa, y habló tan bien informado, que la buena señora no pudo replicarle, al final de aquella tenaz disputa, una sola palabra.

Todo aquel disimulo disculpable que había empleado Dª Justa en tantos años, vino á quedar devanecido, inutilizado, ante las pocas frases que pronunció D. Julián.

Comprendió que la buena señora nada podría añadir ya para vencer la oposición del padre de Joaquín, y aconsejó al joven que lo obedeciera.

¡Sí, que lo obedeciera, qué se retirara, pobre de ella y más pobre aún Carmela! ¡Estarían condenadas por una fatalidad á verse humilladas siempre!

Considerábase tan débil, tan sin apoyo, en medio de una sociedad que con orgullo la rechazaba, que luego que atravesó el comedor y dirigió aquellas palabras á Joaquín, entró en el cuarto donde tenía sus altares é imágenes, y dejándose caer en un ancho sillón, rompió á llorar y sollozar con amargura.

Ah! el recuerdo de su vida entera se le presentó á través de sus lágrimas, con todo el relieve de la realidad, invocado por su dolor profundo.

Y el suceso que más resaltaba y que más la afligía era el abandono infame de aquel hombre á quién ella se había sacrificado, uniéndose á él, no ciertamente en lazo sancionado por una bendición ante el altar, pero sí único y fiel.

Entonces era casi una niña inexperta, criada en aquella gran casa en la cual, más que como sirvienta, se la consideraba como una hija. Era bella, hermosa, llena de todas las ilusiones propias de la edad, con un ardiente temperamento, cuando se vió solicitada por aquel hombre, de mucho más edad que ella y que le pareció formal, serio, y de posición bastante desahogada.

No bastaron ni súplicas ni amenazas para distraerla de su pasión. En su pecho de vírgen había germinado el amor con toda la fuerza de su temperamento ardoroso y de su imaginación deslumbrada por falaces promesas de dichas y de goces.

Una noche, noche terrible, que con remordimiento profundo recordaba, abandonó la casa en que tan bien cuidada la tenían y se arrojó en los brazos de su seductor.

Verdad que aquel hombre á quien amaba, que aquel hombre á quien había consagrado las primicias de su amor, en los primeros dias, meses, y aún años, la trató como una esposa, la llevaba del brazo á todas partes: hasta entonces, no había tenido la más leve queja de él.

El fruto de estos amores, Carmela vino á estrechar más el vínculo de pasión y de cariño que los ligaba.

Era la preciosa niña, casi de raza pura, el más bello encanto de los dos. ¡Cuántos proyectos, cuántos ensueños, cuántas dichas desvanecidas!

A los tres años de aquella union fué cuando comenzaron sus padecimientos. Llegó á saber que su amante estaba arreglando sus negocios para marcharse á la Península. La duda, duda atroz, comenzó á conturbar su tranquila existencia, llenándola de angustia..

¿Sería cierto? ¿se iría con ella y con su hija? Entonces ¿por qué no se lo decía? ¿intentaba darles una sorpresa?

La conducta de su amante confirmó las sospechas que desgarraban su alma en aquellos dias.

Andaba preocupado, caviloso, pasaba dias y noches sin verla. Visitábanle muchas personas: con todas hablaba en secreto.

Una mañana le preguntó, dulcificando cuanto pudo su voz:

—¿Nó me has prometido que nos casaríamos? ¿por qué no nos casamos?

El se había quedado mirándola muy fijamente.

Ella insistió:

—No lo digo por mí: ninguna queja tengo de tí; si bien hace algunos dias que noto cierto despego á que no me tienes acostumbrada, lo atribuyo á tus ocupaciones y estoy contenta. Lo digo por nuestra hija...

—¡Ea! venid acá las dos, fué lo único que le contestó riendo.

Y estrechándolas contra su pecho, les llenó las mejillas de sonoros besos.

Toda sospecha desapareció entonces de su ánimo de mujer buena, amorosa, fiel, confiada.

Precisamente fué á la siguiente mañana cuando desapareció aquel hombre cruel de su lado, dejándola sumida en una desesperación atroz, hundiendo su felicidad para siempre.

—Ah! este golpe la hizo vivir muchos años. En pocos meses, encaneció; sus hermosos ojos tan celebrados perdieron su brillo, y á no haber sido por la inocente Carmela, que crecía cándida y bella, y con toda la lozanía y frescura de una azucena, hubiera muerto herida por aquel golpe bárbaro, atroz.

El hombre aquel que la había abandonado y cuyo nombre no quiso pronunciar ya más, le dejó por bienes la bella casita que vivía, la cual no habitó hasta algunos años despues. También le dejó las magníficas prendas que le había regalado y una regular suma de pesos con que pudieran pasar modesta, pero cómodamente, ella, y su hija Carmela, los dias de su vida. Ah! todo esto y mucho más hubiera dado por conservar á su lado aquel ingrato, aunque hubieran tenido que vivir en medio de la mayor escasez y miseria.

En vano investigó. Todos los informes eran contradictorios: escribió á Orán, á Vizcaya, á Montevideo á Santander, Cádiz, Urugüay; sus cartas, dictadas con el corazón, llenas de lágrimas de ternura, jamás obtuvieron la más sencilla contestación.

Desde aquel dia, voluntariamente, se tornó viuda. Halló en la religión el más puro paliativo de su dolor y su vida fué ejemplar.

Mas desde entonces tuvo que vivir en una pura ficción, no por ella, sino por Carmela, aquella prenda de su desventurada pasión.

Enseñóla á que la considerase su madrina, aunque

la llamara Mamita, para que, cuando tuviese uso de razón, no se avergonzara ni notara en su piel y cabellos señales ciertas de su mestiza progenie. Ahora comprendió, para mayor desconsuelo, que afanándose tanto porque otros alimentasen las tales ilusiones, llegó á engañarse á sí misma.

Cuando se normalizó su vida y sus penas fueron hallando alivio, con el trascurso del tiempo, llegó á considerarse otra vez relativamente feliz.

Todo el mundo la amaba, la respetaba: su casa era entre todas las del vecindario, el punto preferido de reunión por la franqueza y delicado trato que ella les brindaba.

Carmela crecía, dócil, bella, y con cierto grado de instrucción religiosa y profana, con la cual nada, ó muy poco, tendría que envidiar á las señoritas más encopetadas de la sociedad.

El dia que Joaquín entró en aquella casa y supo que su hija y aquél joven de buena familia se amaban, sintió una satisfaccion indecible: alucinada por su gozo, creyó hecha la felicidad de Carmela. Contribuyó á fomentar esta pasión con aquella delicadeza y desinterés de una buena madre que lo único á que atiende es al tranquilo y feliz porvenir de su hija. No hubo en esto nada de venal, ni de rastrero. Joaquín le pareció generoso, bueno y Carmela educada honesta y religiosamente, ¿no se igualaban? Sí; y aunque las conveniencias y opiniones sociales parecían contradecirla, ella, aferrada al fondo de justicia que en su pensamiento palpitaba, iba confiando cada dia más y más.

El golpe de aquella mañana había sido inesperado, rudo.

D. Julían había vuelto á hacer renacer en su alma, antiguos disgustos y desalientos ya olvidados.

Había destruido su plan más bello: sus ilusiones más caras.

Nada pudo argüir: las frases de D. Julían respecto á la posición de su hijo y al oscuro nacimiento de Carmela, convenían con antiguas cavilaciones suyas, ya un tanto desvanecidas por dias de tranquilidad de ánimo y bienestar material, y ahora recordados por la voz implacable de un extraño que con su sarcástico tono le había lastimado cruelmente.

Toda la amargura de la realidad había vuelto á surgir ante ella, con su desnudez cínica, con su frialdad de muerte.

La infeliz y desgraciada señora sollozaba ante sus imágenes benditas, á las cuales tantos rezos había consagrado, tantas promesas había ofrecido, y las acusaba débilmente de haberla desamparado y de ser indiferentes á sus penas.

—¿Qué he hecho yo, Madre de los Dolores, Vírgen de las Angustias, balbuceaba una y mil veces con tono que partía el alma más insensible, para merecer estos pesares? Ah! ¿no he purgado con lágrimas amargas y sangre de mi corazón aquella falta hija de mi credulidad inocente, de mi único amor?

Carmela, en tanto que estas cavilaciones angustiaban á Dª Justa y la hacían sollozar ante sus santos y altares, no se había movido de su puesto; pero desde que la mesa había sido abandonada por su Mamita, y luego por Joaquin, no probó bocado.

No se daba exacta cuenta de lo que había pasado, por más que todo lo había presenciado y oido, y lo que no, quizá adivinado.

No sabía que hacer.

Joaquin había desmerecido á sus ojos: hasta entonces habíase acostumbrado á considerarle como un hombre independiente, que puesto que podía hacer cuanto quisiera, también podía llegar á hacerla su esposa; pero en su presencia se le había tratado como un chiquillo,

y comprendió cuán poco podía ya confiar en sus resoluciones.

De la misma manera que su padre lo había sacado de aquella casa, podía también privarlo de volver á su lado.

Pensaba que ella era más libre por esa parte; por lo menos, su Mamita no la había privado de tratar con los jóvenes, ni aún con el mismo Joaquín.

Por salir de aquella indecisión que la atormentaba, se levantó de la mesa, donde quedó casi intacto y frio todo el almuerzo, y se sentó al lado del sillón en que lloraba su Mamita.

Cogió ésta entre sus manos la bella cabeza de la joven, le estampó un beso en la frente, hizo cesar sus sollozos, se oprimió el pecho del lado del corazón, quejándose de que sentía allí agudo dolor, pasóse el pañuelo por los ojos para secar sus lágrimas, y murmuró:

—¿Qué hemos de hacer, hija mía? Conformémonos con nuestra triste suerte: nos falta el principal apoyo.... ah! si estuviera aquí.... si no nos hubiera abandonado....

Carmela oía sin comprender.

Tocineta, cansado de pasearse como un tonto por el comedor y el terrado, había concluido por pegar las narices al barril de la lejía, entreteniéndose en ver nadar las *jicoteas* en el fondo de aquella agua verdosa y trasparente, donde levantaban, con sus torpes patas, nubes de ceniza.

## XIII.

Pasáronse para Joaquín dos mortales dias, en los cuales estuvo recibiendo constantes reprimiendas que fueron tornándose luego cariñosos consejos.

Ni á sol ni á sombra le dejaban sus padres: primeramente tomó el partido de oirles con adusto ceño.

Luego, comenzó acoger con sonrisas aquellas palabras encaminadas á su bién.

El castigo que le estaba señalado por la grave falta cometida eran quince dias de encierro: en ellos tenía privanza absoluta de salir á la calle, ni solo, ni acompañado.

Mas al notar la conformidad y aire humilde de Joaquín, D. Julián el más violento y el que más pronto cedía, consultó con Dª Mariana si sería conveniente suspender la penitencia del joven.

Por mera fórmula contestó Dª Mariana que hiciera lo que á bien tuviera, pues su voluntad era siempre la de su esposo.

El resultado fué que doce dias antes de que se cum-

plieran aquellos quince de completa privación de calle, bajaba Joaquín la escalera de su casa, alegre, risueño y con el sombrero encasquetado, mientras que abajo, en el patio, piafaba de impaciencia, y ya enjaezado, el hermoso caballo negro.

—¡Cuidado! que yo he sido la que he intercedido por tí, advirtió al joven Dª Mariana, así que le vió en el último peldaño de la escalera.

—Oh! no tengas ninguno, respondió Joaquín.

Unos momentos después Tocineta, sentado en el quicio de la puerta de su casa y entretenido en arrancar, con sus fortísimos y puntiagudos dientes, la corteza de una larga caña de azúcar, batía palmas y gritaba regocijado:

—¡El niño Joaquín!

Aquel grito produjo en Carmela el efecto de una revelación; se precipitó á la ventana con el corazón palpitante y sintiendo que sus mejillas ardían.

¡Le amaba, le amaba, sí, con toda su alma!

Sentía á la vez deseos de reir y de llorar. De buena gana hubiera abrazado al joven con la misma afección que á un hermano querido á quien no hubiera visto desde muchos años.

El caballo se detuvo, como las anteriores tardes, ante la puerta de la casa, poniendo otra vez en activo ejercicio á la vecina solterona, que tras las persianas de enfrente todo lo observaba con aquellos ojos brillantes como carbunclos.

Apenas echó pié á tierra el joven, Tocineta le rogó:

—¿Niño Joaquín, también me dejará montar hoy un poquito?

—¡Hoy nó! respondió Joaquín casi furioso.

—¿No se lo cuidé bién el otro dia? ¿Le sucedió algo?

—No, nada...... pero no quiero, ¿entiendes? no quiero; me voy enseguida, replicó el joven entregando

al negro la brida y trasponiendo el umbral de la casa.

Tocineta le vió alejarse, echándole una mirada oblicua, y murmurando algunas palabras comenzó á chupar de nuevo, tranquilamente su pelada caña.

Carmela salió á recibir al joven.

—¡Joaquín!

—¡Vida mia!

Después de aquella ausencia, la más larga que había mediado, desde que por primera vez se hablaron, comprendieron toda la intensidad de su pasión.

Doña Justa apareció con grave continente para interrumpir el amoroso diálogo que habían entablado los dos jovenes.

La buena señora estaba grave, muy grave.

Joaquín y Carmela lo notaron con extrañeza.

Doña Justa, contestando con sequedad el saludo de Joaquín, le rogó que tomase asiento á su lado.

—Caballerito, comenzó á decir, bien sabe usted que las puertas de esta casa se le han abierto con toda franqueza y en ella ha estado usted siempre como un amigo. No tenemos queja alguna. Nosotras hemos tenido mucho gusto en conocerle y continuaremos queriéndole. No es esto decir que tratemos de perder nuestra amistad, nó; usted que es joven de juicio y de talento, comprenderá, que después de lo ocurrido, no pueden continuar las cosas del mismo modo que antes.

—Pero, señora, me habla usted como si yo tuviera la culpa........ interrumpió Joaquín completamente desorientado por las palabras y actitud de Dª Justa: ni por la mente pasó al joven que iba á encontrar á la buena señora de aquella suerte.

Doña Justa prosiguió sin atender á las frases de Joaquín:

—No; de usted no tenemos la menor queja. Ha

sido usted amigo constante y respetuoso, á quien tenemos verdadero cariño.... Pero su padre ha herido mi dignidad ¡cuidado! yo soy por ese lado tan orgullosa como la que más; sé cuándo y cómo debo colocarme en mi puesto..... Ha indicado que nosotras le entretenemos á usted por nuestra conveniencia, que tratamos de atraerle con objeto de disfrutar del apoyo que puedan prestarnos sus riquezas y el auge que alcanzaríamos con su posición. Ya ve usted que esto es injusto, y que debemos de estar abochornadas.... lastimadas......

—Pero, señora, volvió á interrumpir Joaquín, deje usted que digan, yo......

—No, hijo, usted no, su padre, y cuantos lo sepan. Yo sé que usted quiere á Carmela: pudieran ustedes ser felices: ella es una muchacha bien educada y que sabría cumplir sus deberes de esposa porque para esto me he desvelado enseñándola cristianamente; pero no, no puede ser, su padre y su familia se oponen....... Nosotras somos unas pobres: la acusación y el ridículo caería siempre de nuestro lado.

Doña Justa, al pronunciar estas últimas palabras, se llevó el pañuelo á los ojos para enjugar una lágrima.

Joaquín quiso aprovechar esta muestra de debilidad en favor suyo.

Mas nada pudo adelantar el joven con su obstinación, pues Dª Justa llegó á incomodarse y dijo frases contra Don Julián, la familia de Joaquín y todas las demás familias ricas y encopetadas, que hirieron al joven en lo vivo.

—De suerte, señora, preguntó Joaquín con dignidad y tomando el sombrero, que usted me arroja de su casa.

—No; tanto como eso, repito que no; pero sí le ruego que no venga todas las tardes y que antes de

su primera visita deje trascurrir, lo menos, uno ó dos meses.

Al obrar así Dª Justa lo hacía quizá con disculpable doblez, pues pensaba que durante ese plazo distraría á Carmela de estas relaciones que no podían traerle más que disgustos.

Joaquín se dispuso á salir.

Carmela le siguió inconscientemente hasta la puerta, triste, conmovida, con los ojos bajos.

Ya de pié en el umbral, Joaquín estrechó emocionado la pequeña y linda mano de la joven.

—¿Lo ves? dijo con ahogada voz.

Carmela se conmovió profundamente.

Joaquín prosiguió:

—¿Me olvidarás, vida mia?

—Nunca.

—¿Me amarás?

—Siempre.

Otro estrechón de manos vino como á sellar este pacto hecho disimulada y rápidamente.

Joaquín montó en su caballo y partió.

Al volverse Carmela de la puerta, tuvo la misma sensación que si se hallara al borde de un hondo abismo; su casa, su bella casita tan querida, le pareció que quedaba fria, muda y sola; todo esto le producía algo parecido al vértigo.

Joaquín no volvería á pisar aquel suelo, quizá hasta pasado mucho tiempo; y esta idea le llenaba de una amargura infinita.

Dos dias antes, cuando estuvo á buscarle al joven, su padre, llevándoselo consigo, casi se conformó al punto, ocurriósele el extraño pensamiento de que ambos eran un par de chiquillos á quiene habían privado de una diversión que les era perjudicial.

Pero ahora que Joaquín demostró su constancia y

su firmeza, vino á despertar en su ánimo, con más vigor, la verdadera pasión que hacia él sentía.

Y su Mamita, su adorada Mamita, que tanto la quería y tanto se afanaba por complacerla era la que arrojaba ahora á Joaquín de su lado, la que le cerraba las puertas de la casa. ¡Esto era triste y á la vez insufrible!

Joaquín entró en su casa cabizbajo: en toda aquella noche articuló una sola palabra.

Don Julián llegó á compadecerle:

—¡Pobre muchacho!...... ¡Cómo le han puesto la cabeza!

Pero el corto tiempo que se estuvo Joaquín fuera de casa le convenció de que no había vuelto á las andadas.....

—Ya se le pasará, murmuró.

Cuando Joaquín se encerró en su cuarto, primeramente tuvo un desfallecimiento infinito: sus padres pugnaban por separarle del lado de Carmela; Dª Justa le cerraba las puertas de aquella casa quitándole todo medio de acercarse á la que tanto amaba.

Apoyado en una ventana que daba al patio, miraba con ojos tristes, á través de las ramas de la gran acacia que elevaba su ancha copa sobre el tejado á manera de inmenso quitasol, el magnífico astro de lo noche que vertía su luz esplendida en medio del callado cielo y de la tierra silenciosa, bordeando las nubes, las azoteas, las casas con perfiles de claridad plateada.

Mil pueriles quejas, mil pueriles deseos y promesas explicó Joaquín á aquel astro, abrigando por un instante la supersticiosa convicción de que él se los trasmitiría fielmente á Carmela.

Después de un rato, le pasó aquel desaliento profundo y sintió cólera y rábia.

Secó sus lágrimas con gesto brusco, y bramó inteligibles palabras.

Era una guerra lo que á sus más caros sentimientos se había declarado; y él la aceptaba.

Ante sí vió como enemigos, encarnizados y poderosos la sociedad, sus amigos, sus familiares atacándole á él solo, y se enorgulleció al conocer la energía que tendría que desplegar para hacer frente á todos. Y pensó que si tantos venían contra él no debían de ser tan temibles sus esfuerzos.

—¡Veremos! dijo con nerviosa sonrisa, y luego retirándose á su cuarto repitió su triple estribillo de ¡me caso!

## XIV.

Todo había vuelto á normalizarse en casa de Doña Justa depués de la ausencia de Joaquín.

La piadosa señora pudo volver á rezar con toda calma y despacio, pues ya no tenía que esperar que llegara el joven, para pasarse luego horas enteras charlando en la sala con Carmela como un par de tórtolas, mientras que á ella le atormentaban horriblemente las ganas de dormir.

Desde el terrado, donde Carmela se paseaba veía otra vez, todas las tardes, entre las inciertas claridades del crepúsculo, aquella ventanilla iluminada interiormente por la vacilante luz de los cirios del altar.

Doña María de Jesús, Chucha, según la llamaba Doña Justa, y sus tres lindas hijas, habían vuelto á organizar las reuniones y los bailes.

Tocineta se pasaba las noches sentado en el borde de la acera, haciendo saltar los alambrillos de su *marímbula*, de la cual brotaban aquellas notas salvajes, ásperas, ritmos incomprensibles; pero que seguían conmoviéndole y parecían desahogar su corazón.

Joaquín y Carmela, en tanto, disimulaban cuanto les era posible, pero sufrían mucho.

Apenas podían cambiarse los dos jóvenes una ó dos palabras, cuando con mil precauciones, lograban verse por el terrado.

Ni Dª Justa, ni Tocineta, entretenidos la una con su rezo y el otro con su rudo instrumento, habían notado que los jóvenes no habían interrumpido completamente sus relaciones amorosas.

La vecina solterona que todas las tardes, desde su observatorio tras de la ventana, veía dirigirse hacia la playa al joven jinete del caballo negro, allá, dos ó tres cuadras más abajo antes de llegar á la casa de Dª Justa, por oficiosidad, buscó quien indicara á esta señora algo de lo que ocurría; con lo cual redobló Dª Justa su vigilancia y sus empeños de hacer olvidar por mil medios á Carmela, aquel amor que preveía debía ser motivos de disgusto y quizá de alguna desgracia.

Inventaba á cada momento, paseos, visitas y reuniones: su propósito era tener en constante entretenimiento la imaginación de Carmela, de suerte que ésta fuese olvidando á Joaquín.

Pero Carmela, que no se oponía á nada de lo que su Mamita le ordenaba, cada dia iba entristeciéndose más y más: no hablaba, y distraíase tanto, que Dª Justa llegó á temer por su salud.

Era preciso hacer un esfuerzo supremo, un sacrificio: Dª Justa advirtió á la joven que por disposición del médico debían ir á pasar una temporada al Vedado, en ese pueblecillo nuevo, bañado por las puras brisas del mar: allí le prometía que había de encontrar amigas que la distrajesen y clima que restableciera su quebrantada salud.

Esta noticia fué un rayo para la joven: estuvo tentada de arrojarse á los piés de su Mamita y confesárselo todo: Joaquín la seguía amando, la veía, se escri-

bían, no se habían olvidado, comprendían demasiado que ya no podían vivir el uno sin el otro: ¿á qué, pues, aquella separación cruel?

Así que Joaquín tuvo noticia de este viaje, por boca de la misma Carmela, que siempre tenía modos y traza para burlar la contínua y cariñosa vigilancia que sobre ella tenía su madrina, se exasperó, arrebatado por su pasión, saltó al terrado, estrechó á la joven entre sus brazos, juró que no se la separarían. Y por vez primera, estampó un beso de fuego en los bellos labios de Carmela.

El mar mugía á sus espaldas, la playa estaba desierta, oscura, y la mirada de Joaquín, henchido de emoción al lado de Carmela, consultaba la altura del terrado y la soledad de la playa.

Luego habló alto, sin cuidarse de que le oyeran.

Sus gestos y palabras parecían desafiar al mundo entero, que probaran arrebatar de sus brazos la bella joven, la cual asustada le rogaba que callase, y hasta ponía sus pequeñas manos, una sobre otra, en la boca del joven para hacerle enmudecer.

Buen rato permanecieron silenciosos, unidos, con las manos entrelazadas, como si quisieran recuperar aquellas horas de larga separación y ligarse desde aquel momento para siempre.

La ventanilla del cuarto de Dª Justa modelaba sobre el suelo del terrado, un cuadro de aquella luz amarillenta y vacilante que brotaba de lo interior.

La silueta de parte del cuerpo de la infatigable rezadora, se delineó sobre el suelo.

—Carmela! oyó gritar al mismo tiempo la joven.

Este grito la extremeció, le volvió á la realidad desde los devaneos amorosos á que la habían llevado las promesas que en aquel instante le hacía Joaquin. ¡Ella tendría, valor sí; le seguiría al fin del mundo!

Sólo tuvieron tiempo de darse un postrer adios que

encerraba para ellos esperanzas y para los demás amenazas.

—Hasta mañana.... añadió Joaquín, ya de pié sobre la arena de la playa.

—Sí.... respondió Carmela, y luego con algún desaliento exclamó, ¡Joaquín! ¿no me engañarás?

—No; valor.

Y se separaron.

D. Julián y Dª Mariana, confiados en la elocuencia de los consejos dados á Joaquín, y preocupados constantemente con sus negocios, que iban haciéndoles cada dia más difícil y trabajosa aquella vida de lujo, casi habían olvidado ya los amoríos y travesuras de su hijo, quien, al parecer, continuaba llevando una conducta en todo de acuerdo con el deseo de sus padres.

Dª Justa hallábase también confiada en que llevando á su Carmela al Vedado, la apartaría del peligro de volver á tratar á Joaquín y del recuerdo de su pasión.

Así es que causó extrañeza suma en la elegante casa de los Fernandez, no ver entrar á Joaquín á la hora que acostumbraba, la noche siguiente á aquella en que tuvo lugar en el terrado la tierna y apasionada escena de los amantes, y en que se hicieron aquellas protestas mútuas de no seperarse jamás el uno del otro, protestas de que solo fueron testigos las olas, las brisas y las flores.

Dª Mariana estaba inquieta, asustada:

—¿Qué le habría pasado á Joaquin?

Perdíase en mil desatinadas conjeturas.

D. Julián callaba, y su mirada era sombría, amenazadora.

Tras de todos los disgustos que iba pasando en aquellos dias amargos y de tremenda crísis, ya no le era posible resistir el comportamiento de Joaquín.

Oh! si el joven hubiera llegado á las doce, á la misma hora en que, en otra ocasión, con su brazo fuerte-

mente apretado, había visto unidas, apuntando hacia arriba, las dos manecillas del reloj, y había oido sus doce sonoros golpes, no hubiese recibido una sola bofetada, sino toda una lluvia de ellas y algo más.

D. Julián esperó hasta las doce y media, hora en que determinó irse á acostar, trinando contra Joaquín y dando al portero la orden de que no abriese la puerta, aunque la echaran abajo, hasta el dia siguiente.

En vano Dª Mariana siguió aguardando toda la noche, asomándose á cada paso al balcón, á su hijo, esperanzada de que éste regresase para levantar con su autoridad la severa orden que había dado D. Julián al portero: Joaquín no volvió aquella noche.

También en la humilde casita de la calzada de San Lazaro andaba Dª Justa con el corazón queriéndosele saltar del pecho. Una angustia infinita le robaba las fuerzas hasta para poder rezar, pidiendo presurosamente á sus santos que le dieran paciencia y conformidad para resistir sus inmerecidos infortunios.

Carmela no aparecía.

Tocineta juraba y perjuraba, lleno de un miedo cerval, que él había estado toda la santa noche tocando su *marímbula* y pelando caña, que no se había movido de la puerta y que por allí, respondía con su pescuezo, que no había pasado Carmela.

El pobre negro andaba con los ojos extremadamente abiertos tras de Dª Justa, como si su aproximación á la buena y atribulada señora contribuyese á evitarle toda sospecha acerca de la desaparición de la joven.

Registraba toda la casa, sin exceptuar ningún rincón, y algunos de tan inverosímil capacidad para mantener oculto el cuerpo de una persona, que en ocasión de menos cuidado Dª Justa hubiera soltado la risa más de cien veces.

Por mucha discreción y disimulo que quiso guardar la afligida señora, al preguntar en distintas casas del

vecindario, si Carmela estaba en alguna de ellas de visita, muy presto se olió la solterona observadora, que algo grave y desusado ocurría en casa de Dª Justa, y lo participó á otras vecinas, poniéndolas en movimiento, todo, sin otra intención, que la de satisfacer su curiosidad.

Acudieron las vecinas á casa de Dª Justa, y se retiraron pronto, después de cumplir con ella, aconsejándola que procurase dormir tranquila, tener paciencia, que al otro dia, cuando amaneciera Dios, se haría con calma todo lo posible por encontrar sin escándalo á la fugitiva joven.

Ah! noche terrible aquella para Dª Justa, más terrible aún que para Dª Mariana, que se la pasó casi toda asomada al balcón llena de inquietud por aquella inexplicable tardanza de su hijo.

Dª Mariana tenía su esposo, hijos, otra posición; Dª Justa no, solo tenía en el mundo aquella hija, en quién cifraba toda sus esperanzas y su felicidad única.

Más que nunca sintió su desamparo y la pérfida conducta de aquel hombre, que después de seducirla y darle por fruto de su amor una hija, Carmela, había huido de su lado inesperadamente, ocultándose de ella que tanto le amaba, que le seguía amando tanto, y que si se presentara, todo lo olvidaría.

Oh! ¿sí estuviera allí? ¿sí supiera que á su hija se la habían arrebatado junto con el honor?

No pudo sufrir la infeliz pena tan honda; á media noche cayó en una especie marasmo, consecuencia de aquél mal de corazón que sufría. De nada pudo volver á darse cuenta, hasta que los rayos del sol de la mañana inundaron la superficie del mar, y los intranquilos reflejos de las iluminadas olas vinieron á llenar de claridad el techo de su cuarto.

Tristes, muy tristes, lucían para ella aquellos es-

plendores de luz, cuando en torno de su vida no contemplaba más que cuadros sombríos.

¿Y su hija? No estaba, no estaba allí. ¿Qué hacer? ¡Paciencia, conformidad con la voluntad de Dios! se repetía la infeliz, mientras que por sus descoloridas mejillas corrían lágrimas amarguísimas.

## XV.

En la misma orilla del rio de Marianao, en un hotel cuyo segundo piso asoma por entre copas de altos árboles y recorta su silueta en el hermoso cielo de azul perenne, lugar tranquilo, apartado del ruido de la población, lleno de los aromas de los campos feracísimos que lo circundan, arrullado por el murmurio del torrente que cruza bajo un puente de piedra de magnífica arcada, allí, habían ido á refugiarse Joaquín y Carmela, los fugitivos amantes.

En la ofuscación y susto de la huida, aquella carrera por la playa, hundiendo los piés unas veces en la arena, otras lastimándoselos con las rocas; luego, aquella otra carrera en coche porl a calzada de Belascoaín; aquel viaje en ferrocarril que con su vapor blanco, silbante, y las negras humaredas de su chimenea, iluminada á veces por la claridad que brotaba de las abiertas fornallas, iba bebiéndose las distancias, parecióles, con esto, que habían dejado atrás, muy atrás, á quienes pudieran molestarlos. Las sombras de la noche semejaban como compuertas impenetrables que se cerraban, muros in-

franqueables que trás ellos iban alzándose y que los defendería de los que les siguieran á guisa de las montañas de jabón que hacía surgir instantáneamente el jinete de la conseja.

Al llegar á la habitación del hotel, que por la mañana había ido á alquilar expresamente Joaquín, creyéronse salvados. Desde aquel momento se pertenecerían el uno al otro sin que nadie pudiese separarlos, porque llevaban el buen propósito de presentarse muy pronto ante cualquier párroco para que les echara su bendición.

Pero cuando la luz del sol entró de lleno en aquel cuartito, nido de amor, y con los resplandores fueron entreabiéndose los párpados de los amantes, después de pasado el aturdimiento del sueño profundo y reparador, y pudieron echar una mirada clara y consciente en torno suyo, por más que se creyeran muy felices, por más que ningún temor les asaltase en aquellos instantes, un fondo de invencible amargura, un secreto remordimiento les atormentaba.

No; no habían encontrado aquella dicha sin límite, aquél inefable goce que habían soñado.

Aquella inmensa poesía del campo, de los millares de pájaros que saltaban juguetones entre las ramas de los árboles que rodeaban la habitación, aquél rio repleto de verdor en sus orillas, con sus aguas plateadas por los rayos del sol y que herían la vista con la intensidad de sus destellos, aquella libre brisa, todo esto que convidaba á ensancharles el alma con los primores de la naturaleza, contrastaba con la prosáica balumba del hotel, viajeros en su mayor parte, rudos campesinos que taconeaban firme con sus espuelas de plata y hablaban recio con su jerga amanerada, y los preparativos del almuerzo, retintín de copas, platos, tenedores y cucharas, ruido desapacible, ingrato, que á manera de falsas y desafinadas notas en medio de concierto

magistral, subían hasta ellos, recordándoles los quehaceres diarios de sus casas y volviéndolos á la realidad de la vida.

Reflexionaron: Carmela hundió el rostro en la almohada y se echó á llorar. Joaquín era presa de un desaliento invencible: los consuelos que casi forzadamente procuraba dar á la joven, eran frios, triviales; sus promesas no tenían ni el fuego, ni el vigor que hasta entonces habían tenido.

Cuando salieron de la habitación, dados del brazo, para pasear, mientras esperaban la hora del almuerzo, caminaban abochornados; creían ver en todos los semblantes una mirada irónica, una sonrisa de burla. Y lo que más les apenaba era aquella indiferencia general de huéspedes y criados á la cual no los tenían acostumbrados en sus casas.

La hora del almuerzo fué para ellos un verdadero tormento. Por más que Joaquín quisiera mostrar cierta entereza y serenidad, realmente, creíase empequeñecido, débil.

Cuando vinieron á cobrarle la cuenta del hospedaje, al pasar su vista por aquellas columnas de números y por aquella lista de objetos en que casi no se habia fijado hasta entonces, se entristeció. Todo, hasta lo más insignificante, tenía su precio: todo debía pagarlo y la cifra total era casi la mitad del dinero que para aquella insensata fuga había logrado reunir.

No podrían continuar un dia más allí: ¡y él que creía poseer mucho dinero y que le alcanzaría para vivir mucho tiempo! ¿cuánto? no lo sabía; pero sí que era mucho!

Cuando habló con Carmela respecto de esto, la joven se alegró, quería volver al lado de su querida Mamita, cualquiera cosa que le sucediera sería para ella más tolerable que aquella situación en que se encontraba, acobardada más y más á cada hora y completa-

mente aislada y sola, entre aquella indiferente muchedumbre que llenaba el hotel.

A las dos de la tarde, volvían en el tren que los había llevado la noche anterior, callados, silenciosos, decididos á no hacer referencia á su pasada aventura, pero temiendo cada uno el bochorno, el escándalo. Mas pensaban que todo aquello se hallaba compensado porque ya no tendrían otro remedio que dejarlos que se visitasen, que se hablaran cuanto quisieran, y que se casaran muy pronto.

Hallábanse tan indecisos, tantos pensamientos acudían á su mente, que no podían comprender aún toda la gravedad y trascendencia de la pasada aventura: por su educación, más que por su edad, no eran, á pesar de todo, sino un par de niños demasiado voluntariosos.

Cuando llegaron á casa de Dª Justa y encontraron esta señora rodeada de varias amigas y vecinas, entre ellas Dª María de Jesus, ó Chucha, en silencio todas, muy severas, hubieran querido que se los tragase la tierra.

Dª Justa se levantó con gravedad de su asiento, y en tono solemne, exclamó:

—Niña vuelves á esta casa con tu reputación perdida. Hubiera preferido verte muerta antes que en este paso. ¿Es este el resultado de la educación que me he desvelado por darte? ¿y la religión? ¿y los ejemplos que te he dado? ¡Pobre de mí! Eras mi felicidad única, en tí cifré los consuelos de mi vida llena de pesares. ¡Y este es el pago!

Exaltábase Dª Justa en su indignación; sus palabras, salidas de lo íntimo de su alma y dichas con vehemencia, conmovían: era aquella una escena irresistible. La madre, de pié ante la hija, gesticulaba con pasión mientras que su voz enronquecía con el esfuerzo.

Las amigas, inmóviles; quizás un tanto pesarosas de haberse quedado allí para ser testigos obligados de esta escena.

Joaquín, pálido, de pié, al lado de la puerta, no se atrevía á dar un paso ni para avanzar ni para retirarse.

Cuando el primer arrebato de indignación pasó á Dª Justa, y comenzó á darse cuenta de que había personas presentes y de que podía cometer alguna indiscreción delante de ellas, tomó bruscamente por un brazo á Carmela y la arrastró hacia las habitaciones interiores.

En este instante Joaquín se interpuso:

—Señora, dijo con noble actitud, no la maltrate usted, yo le he dado palabra de hacerla mi esposa, y la cumpliré leal y honradamente.

Dª Justa, ciega otra vez, turbada, al notar la presencia de Joaquín allí, no podía atender más que á lo presente, á aquella falta de su hija que le laceraba el corazón:

—Usted es un infame; no debió poner los piés jamás en esta casa: es usted un hombre inícuo: primero será cadáver mi hija que esposa de usted: quien comienza por deshonrar las indefensas canas de una madre infeliz, es incapáz de hacer la felicidad de mi hija. ¡Sí, sépalo usted, sépalo todo el mundo, dijo Dª Justa, transida de dolor y en un arrebato sublime, Carmela es mi hija!

Aquel grito ahogado tanto tiempo y que brotó en medio de una ofuscación dolorosa, causó en Doña Justa impresión profunda; ya no tuvo valor para reprender más á Carmela, la estrechó con irresistible fuerza entre sus brazos, y llenándola de besos y de lágrimas, repitió:

—¡Sí, eres mi hija! También como tú fuí seducida,

hija mia, y tu padre no lo has visto á tu lado sino en edad que ni áun su imagen pudo grabarse en tu memoria. Tu padre no está aquí, nos ha abandonado. ¡Ah! yo debiera haberte contado esta historia triste para que no hubieras atendido con tanta confianza falaces, promesas de ningún hombre.

Hubo un momento de angustioso silencio.

Sólo se oían los sollozos y besos de Doña Justa, que sostenía en sus brazos á Carmela.

—¿Dime hija, interrogó presa de una ansiedad y de un nervioso extremecimiento, regresas á esta casa tal como te fuiste, ó debo llorar ya una nueva desgracia, la mayor de mi vida?

Aquella pregunta la hacía Dª Justa como una última y débil esperanza: nada respondió Carmela.

Dª Justa, abandonando á su hija y atravesando rápidamente la sala, se encaró con Joaquín.

Las vecinas, asustadas al ver la acción de Dª Justa, que tal parecía iba á asir furiosa la garganta del joven, creyeron oportuna su intervención para aplacarla.

Mas, con energía increible en ella, tan mansa, paciente y humilde de ordinario, sacudió con nervioso esfuerzo á Joaquín por un brazo, y con voz que la cóleraa hogaba, le advirtió:

—Ahora vamos á su casa: aunque mulata, sí aunque de casta inferior á la de su familia, aunque de condición inferior á la de su padre de usted, que supo venir aquí, á esta misma sala á insultarme y á echarme en cara que mi hija no lo igualaba á usted, quiero portarme como mujer honrada y digna. ¡No se atreverá á decirme otra vez que somos nosotras las que con mañas atraímos á su hijo buscando su posición y su dinero! ¡Y si lo dice, ah! yo estoy dispuesta á sufrirlo todo, porque siempre sé colocarme en el lugar que me corresponde!

Dª Justa rogó á las vecinas que cuidasen á Carmela, ordenó á Tocineta que buscase un coche, hizo entrar en él á Joaquín, y acompañada del joven, se dirigió á casa de los Fernandez.

## XVI.

Enterado D. Julián por Dª Justa, la cual se mostró digna y comedida en su queja, pero también amenazadora y enérgica en los medios que dijo que iba á utilizar si buenamente no se avenían á reparar con el matrimonio el honor de su hija, se quedó cavilando toda la tarde sin decir palabra á Joaquín.

Este se hallaba como anonadado; cada vez que su padre se encerraba en aquel silencio le aterrorizaba más que con sus violentos arrebatos.

Hubiera deseado mil veces que hablase, que le abofetease; al fin pasaría la tormenta. Aquella indecisión de lo que habría de venir le era más angustiosa.

Ni Dª Mariana había logrado arrancar una frase á su esposo.

A todos extrañaba sobremanera que ya su habitual violencia no le hubiera hecho estallar.

Estaba desconocido.

Horas después, sentándose en el estrado de un gabinete, mandó llamar á Joaquín.

Venía éste yerto, frio, sintiendo que su corazón le

palpitaba con fuerza. Entró en el gabinete y se puso de pié ante su padre.

D. Julián, severo, implacable, sentado en medio del sofá, bañado el perfil fino y correcto de su rostro por la débil claridad que penetraba por una ventana, apretados sus labios delgados, señal cierta de la sequedad de su carácter, comenzó á hablar pausadamente:

—Mis advertencias, dijo, no han podido apartarte del camino de perdición que has emprendido. Bien sabes que cuanto has querido se te ha dado, hasta tus caprichos han sido satisfechos: creo que por ese lado no puedes quejarte. Poco tiempo hace que rogaste á tu madre te comprara un caballo: hicimos un sacrificio; y lo tuviste. Por cierto que de él te servías para llegarte á esa malhadada casa donde, cualquiera que hayan sido los motivos, tú eres quien has cometido una falta que te pesará siempre. Impórtame un bledo que esa familia que no te iguala te haya dado facilidades para lograr su objeto.....

—¡Eso nó!........ interrumpió Joaquín con altanería.

D. Julián hizo un gesto nervioso para contenerse: alzó más la voz, recalcó con más intención las últimas palabras pronunciadas, y prosiguió:

—Bien; tengamos la fiesta en paz: no me salgas ahora con boberías, porque esto parará muy mal. Tú has sacado de su casa esa joven, la has deshonrado. Su madre amenaza que se presentará á los tribunales. Si no te casas, vas á la Cárcel.

—Me casaré.... para eso lo he hecho, arguyó con osadía Joaquín.

D. Julián se puso de pié, y con un rápido salto se acercó á su hijo. Sus manos temblaban, sus labios balbuceaban palabras de ira. Tuvo que hacer un esfuerzo supremo para serenarse y volver al tono de calma imperturbable con que había comenzado.

—¿Con que te casas, eh? ¿y con qué? Ahora te diré lo bien que nos hallamos. ¿Ves todo eso? Cuadros, lámparas, piano, coche y vajilla...... pues nada es nuestro. Si se vendiese, no bastaría para cubrir mis deudas. Un momento fatal, una desgracia que me abata un poco más, y bastará para que mis acreedores se lo lleven todo. Debo mil veces más que lo que vale todo esto. Hace tiempo que vivimos, que nos vestimos y comemos sin que yo mismo atine de qué modo: hay dias que me levanto sin tener un centavo. ¿Oyes? ¿entiendes? ¿lo has notado tú, por ventura? Pues supón ahora los sinsabores que tu pobre madre y yo tendremos que pasar, y repara la conducta que, en tanto, has observado. ¿No has visto esos que allá abajo, en el entresuelo, esperan que yo me levante, esos que se sientan en el banco mientras yo escribo, y me paso mortales horas tras de aquella reja apoyado de codos, abismándome en terribles dudas, delante de aquel libro de las cuentas del ingenio, abierto sobre mi carpeta? ¿No has visto esos cuyos callosos dedos juegan con los rubios crespos de tus hermanitos, y les rien y les sientan en sus rodillas? ¡Ah! pues esos que me brindan su amistad y fingen tenerme tanta consideración, se echarán, los primeros, sobre todo esto. Serán crueles, sí, pero justos: es suyo.

La voz de D. Julián desmayaba á su pesar.

Joaquín estaba conmovido.

El joven lo esperaba todo, menos eso: tenía la vanidad de considerarse muy rico y de que todo lo podría con el dinero de sus padres.

Realmente, aquella revelación fué abrumadora para él.

D. Julián prosiguió:

—Este lujo, esta continuación inverosímil de la vida que siempre hemos llevado, no es vanidad, no es artificio de tramposo: es un medio de sostenernos, de po-

der reorganizar nuestra fortuna manteniendo el crédito hasta que los tiempos sean más propicios. Y tú, ¡tú colocas abismo sobre abismo! buscas perderte más cuando ya estás perdido. Comprometer tu porvenir cuando ya es tan dudoso, tan sombrío. ¡Ah! yo estoy decidido á abandonarte á tu destino: pero no irás á la Cárcel no, imprudente, yo te lo fio.

Los ojos de D. Julián lanzaron un brillo siniestro.

—¡Un Fernandez, uno de esta familia, de esta casa, un hijo mío! Desdoro, infamia, profanación. Nó, jamás. Al cabo no se hará más que lo que tú mismo has querido.

Calló D. Julián, y luego tomando una actitud solemne, dijo:

—Ahora arreglarás tu ropa y tus muebles. Es preciso que te cases. Y lo más terrible es, hijo mío, que una vez apartado de nosotros, ya no podemos favorecerte: tu padre existirá siempre aquí para tí, pero sin recursos que, aunque lo merecieras, no podría darte. Te será forzoso conseguirlo todo por tus propios esfuerzos. Mi voluntad y mis deseos, para bien tuyo y de todos, era que te casaras con tu prima Luisa, una joven que no te miraba, por cierto, con indiferencia y que será digna esposa de cualquiera. ¡Tonto! ¿No lo has visto siempre aquí? Has tenido al lado tu felicidad y la has despreciado. Cumple, pues, tú mísero destino. Pronto te casarás con esa que has elegido. Bien oiste á esa atrevida zamba que te trajo esta mañana en el coche. En parte me alegra este ridículo paso que te hizo dar, porque delante de tí lo dijo todo; todo lo oiste; todo lo sabes. El matrimonio será el único medio de librarte de la ignominia de que detrás de tí se cierran las rejas de la Cárcel. Vé, arregla tu ropa y estate listo al amanecer.

La puerta del gabinete se abrió de golpe, y apareció por ella Dª Mariana, confusa y asombrada.

—Pero.... ¿es cierto, Julián? preguntó.

—Vaya que si lo es. Verás.

—¿Estás en tú juicio, Julián?

—Creo que sí, por lo menos, hasta el punto de no consentir que á un hijo tuyo lo encierren en una prisión.

—Bah! ¿es por eso? ¿creés eso? ¿te intimidaron las amenazas de esa loca?

—No me digas nada, exclamó ya impaciente D. Julián, estoy harto de Joaquín, y se me importa un bledo que se lo lleve el diablo. No nos faltaba más que esto para hundirnos; pues ¡que se hunda él sólo, ya que su mala cabeza lo arrastra sin remedio al abismo!

—Eso sería una atrocidad; eso sería labrar su desgracia.

—Nó; su desgracia nadie, sino él mismo, la ha labrado.

—Pero ¿es posible que te oiga hablar así de tu hijo mayor, Julián?

—Hablo con franqueza; eso es todo.

Dª Mariana iba incomodándose más y más, ante aqnella fria actitud de su esposo.

D. Julián era otro con aquella, al parecer, glacial indiferencia; la madre y el hijo lo desconocían.

Nunca había estado tan inflexible, ni había empleado aquella fría lógica para contestar los razonamientos.

—¡Pues bien, gritó Dª Mariana exasperada, mi hijo no se casará con una mulata!

Sin alterarse D. Julián, repuso:

—Eso quiere decir que prefieres verlo en la Cárcel.

—¿Y no hay medio de evitarlo?

—Sí, dos: uno, el matrimonio; otro, éste, contestó D. Julián, haciendo con el índice y el pulgar una significativa seña.

—¿Y....?

—Y tú bien sabes, si con los recursos que tenemos, podemos emplear el segundo medio.

—Un sacrlficio....

—Nó, cá, añadió con gesto profundamente irónico D. Julián, ¿para qué? Hablas en balde: no haces otra cosa que contrariar la voluntad de Joaquín. ¿Crées qué te lo agradece? Pues te engañas. Más me lo agradecería á mí, que me allano á su gusto. Accedo, no porque también sea el mío, sino simple y sencillamente, para evitar un escándalo que á todos nos perjudicaría. Joaquín ha querido casarse: hasta ahora se le ha aconsejado que nó; pero, puesto que él lo quiere, se casará. Ahora también me tiene de su parte: yo lo casaré.

Joaquín permanecía sin desplegar sus labios: desde el fondo de su alma agradecía á su madre que lo defendiese tan apasionadamente. Aquella inflexible severidad de D. Julián le parecía cruel.

—Bien, terminó D. Julián, haz lo que te he ordenado y no te preocupes. Yo te auxiliaré en todo: no temas la oposición de tu madre: ya te casarás, muchacho, ya te casarás.

Con esto, se retiró Joaquín, agoviado de pesar.

Mientras había habido oposición á su matrimonio por parte de todos, y más por la de D. Julián, sentíase estimulado á luchar con valor, ahora, después de lo que había ocurrido y que se le imponía el casamiento, estaba desalentado y vacilaba.

Aquel matrimonio impuesto por el mismo que tanto lo había combatido antes, perdió ya para él todo atractivo: casi le repugnaba.

Comprendía, aunque tarde, toda la importancia y el desinterés de los consejos que su mismo padre le había dado.

La revelación del estado en que se encontraban

los recursos de la familia, le había sorprendido y aterrado.

Tras de la brillantez del lujo y las comodidades de su pasada vida, veía alzarse ante él, como negra y fría sombra, un porvenir de privaciones y quizá de miseria.

Lloró, lloró de esta vez, no como un niño, sino como un hombre á quien la desgracia ha madurado: se arrepintió de todo; pero sintió, con nobleza de corazón, renacer una compasión tierna hacia Carmela. Pensaba que no él, que bien lo merecía, sino que la pobre niña habría de sufrir por su culpa un funesto y amargo desengaño.

¡Cuántas veces, en sus amorosos coloquios, le había hablado de saraos, de pianos, de coches, de diversiones, que no había disfrutado, y él de buena fé, creyendo que podría complacerla, cuando se casaran, le había prometido todo eso y mucho más!

Esto era lo que más contribuía á afligirle.

La realidad inflexible le convencía de que nada de esto podía ser: todo se desvanecía como un bello ensueño.

Triste, abatido, se durmió pronto sin atreverse á tocar una sola de sus ropas, según le había ordenado su padre.

Afortunadamente para él, el dia siguiente ya había variado por completo la opinión de D. Julián.

Gran parte de aquella noche, empleóla Dª Mariana en convencerlo de que casar, á Joaquín, sería ponerle en camino de su perdición segura, y á ellos de más sinsabores, porque cualquiera que fuese su aparente indiferencia, no podrían presenciar la desgracia de su hijo.

Sin embargo, D. Julián, para no aparentar tibieza ante Joaquín, se presentó en el cuarto de éste al amanecer, hora en que le había ya dicho que estuvieran

recogidos sus muebles y su ropa, y como viera que el joven no las había tocado, regañó.

—¿Todavía? ¡desobediente hasta el último instante!

A Joaquín se le llenaron los ojos de lágrimas, y maquinalmente dijo:

—Pero.... tanta prisa.... ¿me quieren arrojar de aquí?....

—Tanta.... prisa? Esa la has tenido tú. ¿No oíste lo que dijo tu buena suegra? Que si á las cuatro de hoy no teníamos dada nuestra licencia para ese matrimonio, y además, arreglado todo, se presentaría al tribunal? No hay más remedio! Te casas.... y te casas....

Joaquín se resignó á su suerte, y comenzó á acomodar su ropa en baules y maletas.

—Muy bien: añadió D. Julián, me alegraré de que cuando vuelva de buscar los documentos, y de dar todos los pasos que se necesitan, lo encuentre todo listo. No perdamos tiempo: ya sabes que cuando tomo una cosa por mi cuenta, la llevo al galope.

Dicho esto, se retiró.

Daba compasión ver á Joaquín, con aire humildísimo, anegadas de lágrimas las mejillas, agobiado por los remordimientos de su pasada conducta, ir trasladando sus enseres á los baules y maletas.

Dª Mariana, que entró poco después que se retiró D. Julián en el cuarto de Joaquín, contemplaba muy conmovida á su hijo.

Se iba!.... se iba de allí, irremediablemente!.... Cuán sóla encontraría aquella habitación después que se retirara....!

En el corredor ó vestíbulo, aguardaba un hombre á D. Julián.

Así que éste lo vió, lo saludó y se acercó á él.

Ambos se dirigieron á la sala.

El desconocido se puso con toda calma unos ante-

ojos, abrió las ventanas para que penetrase más claridad, se detuvo en medio de la sala con los brazos cruzados, se colocó con las piernas abiertas ante uno de los varios cuadros colgados de las paredes, y se estuvo contemplándolo con aire desenvuelto y que chocaba con la gravedad y correctas maneras de D. Julián.

En aquella posición quedó el desconocido largo rato, echando cálculos, y hablando en voz baja.

Luego dijo:

—¿Y cómo acreditaré yo al comprador que ese cuadro es de Zurbarán?

—Ah! muy fácil y categóricamente, con esto, respondió D. Julián, presentando al desconocido un tubo de hojalata algo herrumbroso y que contenía enrollado un viejo pergamino manuscrito.

El hombre, que era un prestamista, examinó cuidadosamente el documento, y después de ponerle bastantes reparos, que rebatió D. Julián, volvió á examinar el cuadro, pasándole la mano por el marco y parte del lienzo que alcanzaba desde la silla en que se había subido.

—¿Y bien? preguntó tímidamente D. Julián.

—Pueden darse por él.... dos mil pesos.

D. Julián palideció:

—Dos mil pesos, balbuceó, si ha costado.....

—Oh! sí señor, repuso el prestamista, no lo dudo: todo lo que usted me diga está bien, yo sé que un cuadro de un pintor como ese, vale mucho más, ¡ya lo creo! pero yo no tengo grandes fondos.... y no puedo dar un centavo más. El negocio, usted comprenderá que me dará poca ganancia. Emplear hoy un capital así en pinturas es cosa que harán pocos: dudo que haya quien le dé á usted, en toda la Habana, más de lo que le ofrezco yo.... y al contado; esa es otra, ¿No vé usted que yo no los he de vender, aquí? ah! si asi fuera, no daria un peso por él. Hoy están las cosas

muy malas, D. Julián: usted lo sabe mejor que yo. La situación no permite ya tener esos lujos. Tengo ahí otros cuadros. Pienso que al fin, deberé irme con todos ellos al Norte, si quiero venderlos. Descuente usted vapor, embalaje, hotel, derechos.... vamos! le aseguro á usted que es un verdadero sacrificio. Yo.... sólo por usted....

—Bueno, no hablemos más, vengan los dos mil pesos, y ahora mismo se lleva usted el cuadro....

—Casi.... estoy ya arrepentido, D. Julián.... ¡dos mil pesos!.... es mucho.... creo que soy un estúpido....

—Pero ¿en qué quedamos?

—Ah! nó, si es por eso, no hay que molestarse D. Julián, yo cumplo bien, y mi palabra es cosa que está siempre sobre todo. Aquí están.

Al pronunciar estas palabras, sacó el prestamista un *chek* contra el Banco del Comercio, y lo entregó á D. Julián.

En seguida, con la satisfacción plena del que ha realizado un magnífico negocio, descolgó el cuadro, y ayudado por el portero, lo bajó al zaguan, pero no sin mortificar antes á D. Julián, diciéndole en broma que le había hecho cometer una torpeza.

Tomó D. Julián el sombrero, y al punto negoció el chek con un corredor, pues aún era temprano para cobrarlo.

Sin pérdida de tiempo, pasó á las oficinas del cable y puso un telegrama bastante largo á juzgar por la alzada cantidad que le cobraron.

Luego se pasó todo el dia en viajes de la casa consignataria "New-York and Cuba Mail Steamships Company" al Gobierno Civil.

A las tres de la tarde lo tenía todo arreglado.

Volvió á su casa, llamó á Joaquín, que por orden de Dª Mariana, se había vestido, hízole despedir de

ésta y de sus hermanitos, y luego le ordenó que siguiera trás él.

Ya las maletas y baules habían ido por delante.

En la puerta tomaron un coche.

Cuando Joaquín adivinó el propósito de su padre, fué al pisar el muelle.

Estaba completamente alelado.

Todo aquello le parecía una angustiosa pesadilla.

Su padre no le habló palabra, ni en el coche, ni en el bote que los conducía á bordo.

Ya estando sobre cubierta del "Niágara", cuyas chimeneas, llenas de humo, anunciaban su próxima partida, fué cuando D. Julián desplegó los labios.

—Vas á New-York, dijo, á un colegio: allá te recibirá tu tío Félix, á quien he puesto ya un telegrama, Además, le entregarás esta carta: en ella le advierto que cuide de tí y te trate como merezcas: que vas castigado sin que le diga el motivo para no degradarte á sus ojos. El es más serio que yo: ténlo entendido así para tu provecho. Por ahora, vas recomendado al Capitan y al Camarero: nada te faltará.... ¿pero qué haces? ¿siempre has de ser un niño? ¡repara que te ve la gente y va á decír que eres un cobarde!

D. Julián interrumpió con estas preguntas sus instrucciones, porque Joaquín, se había echado á llorar como un chiquillo.

—Toma este par de onzas, prosiguió D. Julián, echando dos monedas en los bolsillos de Joaquín, para lo que puedas necesitar, y toma mi bendición.

Joaquín besó la mano de su padre, y éste le volvió la espalda, para ocultar la emoción que le embargaba, pues, aunque en todo había aparentado sangre fria, se hallaba muy conmovido.

Sin embargo, al regresar al muelle, sintióse satisfecho al ver que ya la quilla del "Niágara" hendía las azu-

les olas del puerto: había hecho un sacrificio por el bien de su hijo.

Joaquín se hallaba ya salvado: su esposa complacida, aquellos pedazos de su corazón, para los cuales jamás podía ser indiferente, habían exigido de él quizá una injusticia, ah! pero por ellos, todo lo demás, hasta su misma vida, le importaba muy poco.

—Se hará un hombre, murmuró; mi esposa tiene razón: este viaje le hará mucho provecho. Félix es á propósito; tiene más carácter que yo.

Aquella tarde, mientras esperaba en el terrado Carmela, burlando á ratos la rigurosa vigilancia de su Mamita, sus ojos se fijaron en aquel gran vapor que abandonaba el puerto, haciendo oir á ratos el ronco sonido de su hueco silbato, con que advertía á los botecillos de pescadores su presencia por aquel lado. De sus anchas chimeneas parecían sujetos inmensos velos de crespón que hacía flamear el viento y luego desgarraba en girones.

¡Cuántas veces se habían entretenido Joaquín y ella, desde aquel mismo punto, en ver como los buques que salían del puerto é iban empequeñeciéndose hasta figurar una golondrina parada, allá, en la línea aquella que dividía, cual si fueran dos trasparentes cristales superpuestos, el cielo y el mar!

¡En vano esperó aquel dia y otros á Joaquín!

Joaquín no volvió ya más.

## XVII.

Tres dias después de aquel en que había ido á hablar con D. Julián Fernandez, denunció Dª Justa el hecho á los tribunales.

A pesar del plazo que dió á D. Julián, había aguardado hasta entonces, esperanzada de que aquella cuestión tuviese cualquier desenlace favorable, y además, por la natural repugnancia que tenía de hacer pública la falta de su hija.

Y se decidió, no por ella, que sólo tenía alientos para llorar y rezar, sino por los consejos de sus oficiosas amigas, que casi la empujaron á dar tan penoso paso.

Avergonzada estaba la infeliz señora sentada en aquel banco mugriento del Juzgado, entre tanto rostro descolorido y macilento, fisonomía que cumple á los que han hambre y sed de justicia, y poco faltó para que rompiera á llorar cuando le iban tomando su declaración, que escribía, mientras que un señor grueso, impasible, pelado al rape, de abotagados y soñolientos ojos, la dictaba, con las rutinarias fórmulas del caso,

un escribientillo, un muchachillo rubio, bonito, sin bozo siquiera, y que miraba de reojo á Carmela con insolencia y sobra de intención maliciosa.

¡Cómo salieron de aquel despacho las infelices! Para ellas era un tormento atroz cada vez que tenian que ir allí. Ya las conocían todos. Y hasta los rateros que venían de la Cárcel entre dos guardias se permitían mirarlas y cuchichearse al oido.

Una vez les dijo, por su cuenta y riesgo, el imberbe escribientillo:

—Van ustedes á estarse molestando para no sacar nada: el Fernandez se ha huido.

—¡Cómo! ¿se ha huido?

—Sí, señora, del Gobierno Civil han informado que sacó pasaporte el dia siguiente del hecho, esto es, antes de que ustedes lo denunciaran.

—¿Y entonces....?

—¡Toma! ya ustedes han dado parte y está formada la causa: la justicia queda hecho cargo de ella. Ya se arreglará....

Nada respondió Dª Justa.

Al llegar á su casa, tomó á Carmela por un brazo: la llevó al cuarto de las imágenes, la hizo arrodillar ante ellas y le indicó.

—Reza, reza conmigo y pide á Su Divina Majestad que me perdone la falta que antes cometí yo, que me cuente estos pesares de la hora presente como expiación de mis culpas, que me dé valor y fuerzas para sobreponerme á estas penas y que me conserve la vida para servirte de apoyo, hija mia.

Y las dos rezaron con la más sincera devoción.

Ya desde este dia no se molestó más á Dª Justa con citaciones y diligencias judiciales.

No volvió á saber más del asunto.

Pero, vivía confiada en la justicia.

## XVIII.

Más de dos años permanecieron Doña Justa y Carmela fuera de la Habana, en una quinta de Marianao, sin que en tan largo espacio de tiempo tuviesen relación de amistad alguna con los vecinos, los cuales, al hablar de aquella quinta, decían que allí todo era misterioso. La verja de la entrada no se abría ni se cerraba sino para dar paso á la cocinera y los domingos á un negro obeso, que no era otro que Tocineta, el cual iba allí á atracarse de frutas hasta reventar. Aquella familia no dejaba verse la cara más que los domingos, que iban á misa.

Todo era comentario entre los vecinos, picados de una curiosidad jamás satisfecha.

La casita de la calzada de San Lázaro, alegre de noche con sus reuniones, luces, música de piano, bulliciosa de dia con los gritos de los pájaros, perros, gallinas y tanto animal como allí había, estaba ahora sólo habitada por Tocineta y una mulata anciana, cien veces comadre y protectora de una partida de desarra-

pados chiquillos de todos colores y sexos, que algunas noches se agrupaban en el quicio de la puerta en torno de la incansable *marímbula* de Tocineta y otras se desbandaban por la cuadra haciendo sucesivamente de soldados, bandidos, peloteros, acróbatas y sabe Dios cuántas cosas más que traían á todos los habitantes de la calle con el grito en el cielo y en frecuente ejercicio la pluma de los gacetilleros.

De los antiguos vecinos quedaba únicamente Doña Chucha, de cuyas tres lindas hijas, una había muerto y las otras dos se habían casado.

Aquella cuadra estaba ya muy variada. Algunas casitas que antes había en ella, ó mejor que casitas, originales construcciones de tabla y teja, especie de cajones grandes con agujeros para entrar y para mirar construidos con el único y exclusivo objeto de defenderse de los rayos del sol y de las gotas de lluvia, se habían trasformado en edificios, modestos, pero que siquiera ostentaban algún rasgo ó línea que denotaba intención de fabricarlas con arreglo á los principios del arte arquitectónico.

Cierta noche hubieron de exclamar los vecinos ¡gracias á Dios! al ver abiertas la casa de los traviesos pilluelos, adornada, alumbrada y en ella gente más tranquila y de mejor aspecto que aquella desgreñada y bulliciosa turba que antes la ocupaba.

Dª Justa y Carmela habían regresado de su larga temporada y volvían á habitar su antigua morada.

Mucho tuvieron que trabajar para volver á adornarlo y asearlo todo como antes lo estaba.

Hallábase Tocineta quebrantado: fueron tres aquellos últimos dias de faena ruda, ¡qué baldeos, plumerazos y restregones de gamuza á los muebles. ¡Y tras esto, volvían los malditos animales á alborotar y emporcar el suelo, dándole que hacer!

Al fin todo había vuelto á su antiguo esplendor: la

casa quedó como si Dª Justa y Carmela la hubieran abandonado el dia anterior.

Cuantos pasaban dirigían hacia adentro la vista, diciendo, á veces en voz alta, que estaba todo como una tacita de plata.

Doña Justa venía más acabada; sufría á menudo unos ataques que la postraban sin sentido algunas horas y que provenían de antiguo y agravado mal de corazón.

Carmela volvía radiante de belleza: estaba en la plenitud de su hermosura.

Y venía también un hermoso y fuerte niño que caminaba ya con alguna seguridad y babuceaba pocas palabras.

El *Nené*, así le llamaban, era el encanto de Dª Justa y de Carmela: apenas daba un paso sin que anduviera alguna de las dos á medio metro de él, cuidando que no tropezara y cayera, y no decía una palabra, ó hacía un mimo, que á coro no la repitiesen ambas riendo y celebrándole mucho.

Apenas se abrieron las puertas de la casita, entró Dª María de Jesús, Chucha, como le llamaba Dª Justa, vino á saludar á sus amigas las paseadoras, sí, muy paseadoras y muy falsas. ¿Dónde se metieron? ¿se las había tragado la tierra? ¡Qué consecuencia con las amigas viejas que tanto las querían!

Difícil fué á Carmela y Dª Justa defenderse de tantas recriminaciones amistosas, y sobre todo, librarse de la lluvia de abrazos de la expresiva Dª Chucha.

Después que pasó la alegre efusión que por el regreso de Dª Justa y Carmela mostrára Dª Chucha, presentó ésta á sus buenas amigas al asiático Assam, un caballero muy fino, muy digno, amable, atento, que se hallaba aquella noche de visita en su casa y que, como era de confianza y sus amigas también lo eran, no quiso demorarse y entretenerse en cumplimentarlo,

sino que se lo trajo consigo. Así no retardó el momento de estrechar entre sus brazos á sus amigas y además tuvo el gusto de que éstas conocieran á Assam.

El asiático, con aquella frente tersa y luciente, ojos estirados, oblícuos, sin cejas y raquíticos bigotes con las puntas caidas rebeldemente hacia abajo, deshízose en cumplidos, cortesías, golpes de pecho, genuflexiones y risas. Y en cuanto lo presentaron, sacudió fuerte y afectuosamente las manos de Dª Justa y Carmela.

Según prescripción de la moda, los sillones, cubiertos de paño y de *crochet*, tejido por Carmela, estaban colocados en torno de una mesa puesta en el centro de la sala, bajo de la lámpara que bañaba de luz las elegantes y simétricas hojas de un hermoso helecho.

Sentáronse los cuatro en torno de aquella mesa.

Doña Chucha cogió de su cuenta á Dª Justa y no la dejaba hablar más que con ella.

Carmela, con los ojos bajos y haciendo algunos movimientos de coquetería, con sus pulseras y abanico, estaba sentada frente de Assam.

El asiático, con sus cuellos estirados, su levita de paño azul desabrochada, jugaba sonriendo con el dije de su magnífica y gruesa leontina de oro.

Mas aunque aparentaba cierto desenfado propio del que disfrutando una posición desahogada, está acostumbrado á visitar y al contínuo roce con gente de las clases cultas, su cortedad era grande y ya no sabía cómo colocarse, qué decir ni qné hacer para salir de aquel paso ridículo en que lo había metido Dª Chucha, la cual no le atendía en su inacabable charla con doña Justa.

De buenas á primeras, haciendo un brusco gesto hacia adelante pidió Assam á Carmela su abanico.

Estúvole mirando y sonriendose mucho tiempo, y

luego con suma cortesía dijo, con su jerga casi ininteligible:

—Abanico, bonito, de mi tierra.

—Sí, contestó Carmela. Mamita se lo compró á un chino muy gritón y muy feo que pasa por aquí.

—Bonito, repitió Assam, que no quería dejar escapar aquella oportunidad de hablar.

—Gracias; está á su disposición.

—Bonito, bonito, continuaba Assam, bonito como tú.....

Carmela se le quedó mirando fijamente entre asombrada y molesta.

—Oh! no te pongas brava, niña, dispensa. Assam no sabe decir claro las cosas; pero sabe lo que es feo y lo que es bonito. Feo, Assam; bonito, tú.

Aquel maldito chino era simpático, desenfadado, jovial y atraía casi irresistiblemente con su franqueza.....

A poco, sin que ni uno ni otro atinaran cómo y con qué motivo había empezado, halláronse Carmela y Assam, entretenidos en una larga y animadísima conversación.

El asiático suplía el poco conocimiento del idioma con gestos muy expresivos, explicándose siempre con la mayor naturalidad del mundo.

Al despedirse aquella noche de Carmela y Dª Justa redobló su buen humor, sus protestas de amistad y sus cortesías.

Doña María de Jesús se retiró sumamente satisfecha de haber podido presentar á su digno amigo el señor Assam, asegurando á Dª Justa y Carmela que no era chino más que en la apariencia, que en todo lo demás era una persona decente: bah! ¡ya quisieran muchos!

Doña Justa y Carmela rieron un poco de los exajerados modales de Assam; pero convinieron en que era una excelente persona.

Tocineta no vió con buenos ojos que el asiático tomara asiento en el estrado de la sala. Tenía un odio invencible á la raza. Varias veces murmuró en voz alta, de propósito, para que Dª Justa y Carmela lo oyeran:

—Miren qué chino tan *parejero.*

Y tocaba en la *marímbula* con grande risa y acompañamiento de Semilla de Marañón, que la silbaba y cantaba á gritos, una cancioncilla satírica y disparatada, mitad en lengua de Cervantes, mitad en lengua de Confucio, que andaba siempre en boca de la canallesca turba, contra los hijos del Celeste Imperio.

Al dia siguiente, como á la una de la tarde, se presentó otra vez Assam en casa de Dª Justa.

Esta señora y Carmela, lo primero que se figuraron fué que al asiático se le había quedado olvidada alguna cosa, el bastón, el pañuelo, por ejemplo, y que volvía á buscarlo; pero salieron al punto de toda duda cuando Assam, deshaciéndose en saludos y sonrisas, les anunció que venía de visita.

Era simpático, y sobre todo, generoso. A Dª Justa le regaló una docena de magníficos pañuelos de seda con dragones y pagodas chinescas; y á Carmela, un hermoso abanico de marfil con relieves y calados en un varillaje blanquísimo, un verdadero prodigio de la habilidad y paciencia de sus paisanos.

—¡Qué curiosos son los chinos, qué aseo! exclamaba Carmela contemplando agradecida el valioso presente.

Pero con quien más extremos hizo Assam fué con el Nené.

—¿Hijo suyo, verdad, Dª Justa? preguntó.

—Nó; contestó ésta con alguna turbación, hijo de una hermana de Carmela, que murió.

—Ah! pobre! repuso Assam, que lo mismo que

cuantos habían preguntado por los padres de aquel niño, quedó enteramente satisfecho.

Hasta la misma D.ª Chucha, tan amiga de saberlo todo, aceptó sin cavilaciones otra explicación por el estilo que le habían dado, cuando, al ver aumentada la familia de su antigua amiga con el Nené, preguntó quién era aquel niño tan hermoso, que parecía un San Juan Bautista si le pusieran, en la mano una cruz dorada, sobre los hombros una clámide de lana purpúrea, y un corderillo blanco al lado.

Assam se puso al niño á caballito en las piernas: se lo sentó en los hombros, en la cabeza y diciéndole que se le sujetase bien del pelo, lo levantó alto, muy alto para que cogiera el techo, con temor de D.ª Justa y de Carmela.

El niño reía y se divertía tanto, que todo se le volvía pedir á Assam más, más, más, con su graciosa charla.

Cuando se retiró el jovial asiático, fué necesario engañar al niño, dándole uno de los grandes pañuelos de seda llenos de figuras, para que no llorara la ausencia de su travieso compañero de una hora.

Desde este dia, fué Assam visitante diario en casa de D.ª Justa.

Esta constancia y asiduidad comenzó á molestar á Carmela, que advertía á D.ª Justa que la gente iba á murmurar que el asíatico estaba enamorado de ella.

La buena y amable D.ª Justa, que á nadie cerraba las puertas de su casa, sin grave motivo, nada podía advertir, sin embargo, á Assam, que respetuoso, complaciente, colmándolas de regalos, se portaba con toda la corrección del más fino y atento caballero.

Teteras, abanicos, cajas, jarrones de fina porcelana, piezas de seda, ídolos de marfil y mil chucherías, que valían cada una un dineral, todo lo regalaba Assam á Carmela y á D.ª Justa, con el pretexto de que eran cosas de su tierra.

A veces le decían que no gastase, por ver si de esta manera cesaba el aluvión de regalos:

—Oh! exclamaba entonces riéndose de buena gana el espléndido Assam, eso no vale nada: Assam tiene mucho dinero; eso, para mí, es cosa barata.

No lo decía precisamente en estos términos, que suprimía artículos, adjetivos y hasta verbos, pero las ideas eran esas, y él con la original mímica de su uso, se explicaba á las mil maravillas.

Dª Chucha, contenta por haber tenido el honor de presentar á Assam á sus amigas, le prodigaba elogios á destajo:

—El me ha contado que pertenece á una familia muy rica en su tierra; tiene fincas allí: es un hombre ilustrado. Eso, sí; en su lengua, y allá en sus cosas ¿eh? tan distintas de las nuestras, amigas mías. Porque.... como China está tan lejos, y luego, dicen que tiene una gran muralla, muy alta, á su alrededor que no deja pasar á nadie para que no entren á registrar tantas curiosidades y secretos que tienen allá dentro. Hay una torre de loza, hija, como la de los platos y las palanganas. Hay un árbol que echa un nudo en su tronco parecido al del dátil, pero muy alto, cada mil años. Y dicen que ya tiene tantos nudos que se sabe de cierto que los chinos han estado civilizados y son más viejos que todos los demás pueblos de la tierra. ¡Vamos, muchacha! ¿tú sabes? los chinos tienen soldados, buques, ministros, generales, emperadores con tronos, tan lujosos que ya quisiera el mismo Czar de Rusia, con todas sus prendas de brillantes. ¿Qué te figuras, muchacha? Tienen comedias, mucho más largas que las de nosotros: duran dias, semanas, meses, años: dicen que es preciso almorzar, comer y dormir en el teatro. En música sí que me parece que arman mucho alboroto.... digo yo ¿eh? ¿quién sabe si ellos que la entienden saben que es mejor que la de noso-

tros? ¿Quién ha dicho que los chinos son atrasados? ¡no, señor! Son muy ilustrados: para recibir el grado de doctor en medicina los encierran cuarenta dias á pan y agua, y no les dejan ver ni á su madre.

Era cosa de morirse de risa, oir á Dª Chucha contar la vida y milagros de los chinos, y los diálogos que esto motivaba en casa de Dª Justa. Nadie quería quedarse atrás; y el que no tenía más noticias de los chinos que las repetidas por el vulgo, las inventaba, sacando en apoyo de sus palabras el nombre de cualquiera persona notable y colgándole la paternidad de su historieta.

—A mí me ha dicho fulano.... yo he oido decir á mengano.... dicen ¿eh? yo no lo sé....

Y trás de estos obligados estribillos, que eran como el pase regio, ó salvo conducto, de todas las mentiras, se contaban las cosas más estupendas de los chinos y de la China; porque, estando tan lejos ¿quién se iba á tomar el trabajo de ir allá para averiguarlo? Por lo menos, no iría ninguno do los que disputaban en casa de Dª Justa.

Cada dia iba ganando más terreno Assam en aquella casa.

En cuanto llegaba el complaciente asiático, el Nené no lo soltaba: con ambas manecitas se le colgaba de los dedos, mirándole con los ojos bizcos sus largas y encorvadas uñas.

Assam lo llevaba á pasear todas las tardes á la orilla del mar. Entreteníase en coger cangrejillos, sacándolos de los agujeros del arrecife, luego los ataba por una pata, y los daba al niño para que jugase.

Pero lo que más le gustaba al Nené, era ver bañar los caballos. Todo el dia andaba trás de Assam chasqueándole la lengua y señalando hacia la Caleta, para que la llevara allá, donde se veía tanta arria de caballos, conducidos por aquella especie de Centauro, que

vociferaba rasqueta y escobilla en mano á la cabeza de todos ellos, y que los internaba en el mar haciéndoles que nadasen, mientras las olas en su vaivén contínuo, los iba subiendo y bajando unos trás otros con movimientos de longanizas.

Donde hubo de mostrarse toda la finura del asiático, atrayéndose más el afecto de Carmela y Dª Justa, fué una vez que el médico dispuso que esta señora saliese todas las tardes á distraerse, á hacer ejercicio, para que se disipasen las tristes cavilaciones que le producían aquellos repetidos ataques de su agravado mal de corazón.

Assam, con mil complacencias, la obligaba á salir.

Allá se iban algunas tardes á la calle del Prado, á caminar de arriba á abajo los parques, entre aquellas largas hileras de álamos coposos de precioso color verde, en los cuales piaban centenares de gorriones que hacían llorar al Nené, porque nò podía cogerlos.

Otras veces iban al Parque Central y Assam metía al Nené en las ruedas que formaban los niños dados del brazo para cantar y jugar.

Al Cerro, Regla, Jesús del Monte, Vedado, Cojímar, á todas partes iban, todo lo visitaron aquellos dias.

El espléndido Assam estaba dispuesto siempre á abonar de su bolsillo todos los gastos.

¿Qué más? Una noche que paseaban por las anchas aceras de la calzada de Galiano, entraron en la Colla de Sant Mus. El patio parecía una enorme gruta con sus peñascos amenazadores, formando quebrada bóveda allá en lo alto; con sus pilares riscosos por entre cuyas grietas asomaban enormes reptiles que asustaban al Nené, más que aquella enorme cabeza, con sus dientes grandes como teclas de gigantesco piano, que iban tragándose gente y más gente sin saciarse jamás.

¡Qué risas hubo cuando Carmela mandó á Assam que

se mirara á un espejo que allí había! La cara se le acható, sus bigotes se le prolongaron, sus pequeños ojos semejaban una raya, sus hombros se cuadraron, sus piernas quedaron reducidas á una cuarta, y cada vez que abría la boca para reirse á carcajadas, se parecía al león de bronce que se engulle toda la correspondencia, bajo el arco de la casa de Correos, sin atragantarse por eso.

Tuvieron que retirarse de aquel maldito espejo para no llamar la atención de los que ya se iban agrupando dispuestos también á divertirse.

¡Y quién dice que al pasar á otra de aquellas grutas llenas de murciélagos, víboras y otras alimañas, é iluminadas con luces rojas, azules, verdes, que teñían los peñascos del mismo color, se vió Assam hecho un bastón en otro espejo, colocado en una esquina!

A Dª Justa la entretenían mucho estos agradables paseos, y su quebrantada salud mejoraba rápidamente.

Ya no atinaba de qué modo había de pagar á aquel buen chino tantos favores como le debía.

—¡Es la Providencia, hija mía, aseguraba entusiasmada á su amiga Chucha, la que por tu mediación vino á esta casa! ¡Dios te lo pague!

Y comenzaban á coro los elogios del asiático: era irreprochable en su conducta. Lo único que le faltaba, según la preocupación constante de las dos amigas, era tener blanco el color de la piel y ser cristiano como ellas.

Una mañana se presentó Assam, mejor vestido que de costumbre. Venía con sombrero de copa, levita correctamente abrochada y corbata blanca.

Indicó á Dª Justa, que quería hablarle aparte, con lo cual llenó de extrañeza y hasta de susto á la pobre señora.

¡Nunca lo había visto tan serio! ¿Se le habría muer-

to algún pariente? ¿Habría hecho Carmela, ó ella misma, alguna cosa que hubiera mortificado ú ofendido á Assam? ¿Vendría á darle alguna queja grave de aquel maldito y ya insufrible Tocineta, que cada vez que veía al asiático se ponía como si le entrasen diez demonios en el cuerpo?

Algo tardó en sacarla de dudas el elegante asiático Assam, pues antes de decir el motivo de aquella conferencia, lo rodeó de tales digresiones, con su inteligible charla y rápida mímica, que Dª Justa lo único que hacía era mirar á su interloculor con tamaños ojos.

Assam dijo que él quería mucho á todos los de aquella casa; que agradecía mucho á Dª Chucha que le hubiera presentado: que tenía mucho dinero. El podía comprar muebles mejores que aquellos, sí, señor, poner el piso con esteras de China, llenar las consolas de jarras de fina porcelana, poner en las puertas biombos de sándalo y tejido de paja, como en su tierra. Regalar muchos vestidos á Carmela. Querer al Nené, como un padre y una madre, ya que al pobre niño se le habían muerto los suyos. El podía echar abajo toda aquella casa y fabricarla de nuevo, y ponerle dos cuartos altos, allá al fondo, muy frescos, con vista hacia el mar; para poder vivir allá arriba él y Carmela, pues quería que Dª Justa se la diese por mujer.

Después de aquella grande inquietud é incertidumbre que había tenido Dª Justa, por la actitud del asiático, su última pretensión no le causó tanta sorpresa como pudiera habérsela causado hecha en cualquiera otra forma.

Tranquilizada ya, pues sabía á qué atribuir la ceremoniosa gravedad del asiático, le contestó:

—Amigo Assam, por mi parte no hay inconveniente. Usted es una persona formal, de posición, le tenemos cariño por sus atenciones. Me parece que Carmela sería feliz á su lado.

Assam sintió más que nunca no poseer con perfección el castellano para expresar con toda la elocuencia que quisiera la gratitud que se desbordaba en su alma.

Tan emocionado se hallaba, que le faltó la voz.

Entonces recurrió á la mímica, á la elocuencia natural y primitiva, que mientras más sinceras, aparecen más ridículas ante los pagados de las estudiadas formas sociales.

Se arrodilló á los piés de Dª Justa, estrechó una de sus manos y se las llenó de besos.

Y hubieran continuado los arrebatadòs gestos con que Assam mostraba su profundo agradecimiento, si Carmela no hubiera entrado en aquel mismo instante en la sala.

Assam se puso de pié y repitió á la joven, con más vehemencia, animado por el apoyo que le prestaba el asentimiento de Dª Justa, cuantas frases había dicho á esta y cuantas promesas le había hecho.

Carmela quedó sorprendida.

No amaba, y comprendía que no podía llegar á amar al asiático Assam; pero sí le profesaba un tierno agradecimiento y casi se le consideraba obligada por las infinitas muestras de afecto que á ella y á su querida Mamita les había prodigado.

Assam era bueno, amable, tenía riquezas: pero al fin, era un chino, y á ella no le gustaban los chinos.

Verdad que hasta entonces Assam había adivinado y satisfecho finamente sus deseos...... pero tenía escrúpulos.... no podía ser...... no podia ser....

Por otro lado, pensaba que correspondiendo aquel amor que le ofrecia Assam, bastaría una sola frase suya para someterlo á sus caprichos.

Su vanidad de mujer hermosa, su orgullo de raza, pues á pesar de todo, Carmela se creía superior más que por sus propios dones y encantos por aquel sello de servilismo que había en el fondo de la amabilidad

un tanto aduladora de Assam, le convencieron de que sela podría llegar, si quisiera, á dominar al asiático á lu antojo.

Y esta no era una ventaja despreciable.

## XIX.

Pronto estuvieron meditadas por Doña Justa, las pretensiones de Assam. Con delicadeza y tacto sumo había ido quitando á Carmela cuantos escrúpulos presentaba con respecto á aquel ventajoso enlace.

Hasta la oficiosa Dª Chucha tomó cartas en el asunto y sin que el asiático hubiera obtenido de la bella joven contestación categórica, estaba satisfecho, pues comprendía que iba ganando mucho terreno.

Una tarde fué Dª Justa quien indicó á Assam que quería hablarle á solas.

Al asiático le palpitó con fuerza el corazón.

—Amigo, comenzó á decir Dª Justa ¿usted ama á Carmela?

—¡Ah! la quiero más que el mundo entero. Si dice Assam, ve allá, rómpete la cabeza contra las piedras, allá va Assam y se rompe la cabeza contra las piedras. Assam será su criado: ella será la reina de Assam, decía casi sin aliento del entusiasmo, en su confusa jerga, el enamorado asiático.

—Bueno, dijo Dª Justa, usted sabrá......Yo ante todo, amigo Assam, soy cristiana y no quiero hacer á otro lo que no quisiera que me hicieran á mí, mi hija.... ha tenido una desgracia.... usted sabe....

Era angustiosísima la situación de Dª Justa: superior empeño era explicar al asiático, que no entendía, una cosa que ni á uno que entendiese perfectamente el castellano, podía decírsele claro.

Assam se mantuvo un rato silencioso, esperando que Doña Justa prosiguiera.

Y ésta no siguió hablando.

Ambos se quedaron como dos estátuas.

Dª Justa creía haberse explicado.

Y Assam creía haber entendido.

Después bajaron ambos la cabeza: Assam se perdía en un mar de conjeturas. Y Doña Justa, descargada ya su conciencia, sospechaba que había hablado más claro que lo que la discreción permitía.

—Está bien.... arguyó al cabo de rato Assam.

Dª Justa se animó.

—Eso por una parte, amigo Assam; pero.... usted es hombre racional, de juicio y comprende que la mujer es siempre la perjudicada, por ser la más infeliz... la más débil.... ¡fué una maldad!... ¡una infamia!...

—¡Oh! Assam la querrá más que el mundo, más que á su vida, contestó el asiático, entendiendo que Dª Justa se quejaba de la tibieza con que aman los hombres, Assam es hombre bueno, continuaba, no le dará de palos, como hacen otros con sus mujeres, no tendrán queja. Será una reina: y Assam un esclavo.

Ya esta primera dificultad estaba salvada.

Entraba en turno la segunda y última: como Assam accediese también, Carmela había prometido, después de mil reflexiones y consejos de Doña Jnsta y otras personas, celebrar su matrimonio con el adinerado y culto asiático.

—Assam, usted no puede casarse con mi hija...

El asiático hizo un gesto de rebelión y lanzó una mirada tan soberbia, que contrarió á Doña Justa, la cual alimentaba ya la esperanza, fundada en la conducta observada hasta allí, de que su yerno futuro no daría jamás la más leve señal de mal humor.

—Sí, amigo Assam, prosiguió Doña Justa dulcificando el tono de su voz; los paisanos de usted no son cristianos, y usted tampoco lo será, ¿es verdad?

—No señora, respondió Assam avergonzado.

—Pues es preciso que V. se bautice y que crea en la única y verdadera religión, fuera de la cual no se salva nadie, y que fué difundida eu el mundo por el Señor, por el hijo de Dios, concebido sin mancha de pecado y muerto para redimir la humanidad en el monte Calvario.

Todo esto si que lo entendió bien Assam: demasiado sabía lo que era no estar bautizado, no ser cristiano.

Precisamente había ido tres ó cuatro veces antes al Cementerio, al entierro de un paisano, y se afligió mucho al ver aquel cercado de tabla carcomida, mal sujeta, lleno de alta yerba, casi sin más señales que alguna que otra estaca ó cruz, fuera del espacio sagrado donde se enterraban, bajo magníficas estátuas y monumentos de granito y mármol, los privilegiados cristianos.

—Pero.... Assam, hijo mio, prosiguió Dª Justa, dígame ¿quiere usted ser cristiano?

—¡Ah! exclamó Assam casi sollozando, pobre de mí!

—No hay que afligirse hijo, todo se puede arreglar: si usted quiere lo bautizarán y se hará cristiano.

—¡Oh! sí, señor, replicó con vehemencia Assam, vamos allá ¿dónde es eso? ¡Assam quiere que lo bauticen ahora mismo!

En otra ocasión menos grave hubiera soltado la risa Dª Justa, y áun otra persona más seria que ella, ante el cómico arrebato de su interlocutor.

—No, Assam, eso no puede hacerse así: no tan pronto.

—¿Y cuándo?

—Poco á poco: es preciso que usted aprenda nuestra religión: Carmela y yo se la enseñaremos. Ya le hablarémos también al padre Gutierrez, una persona muy buena para que lo vaya preparando á usted.

Aquí tornaron las expresivas mímicas de Assam, recurso supremo á que acudía para manifestar sus pensamientos cuando no podía vencer las dificultades del idioma hablado.

—¿Carmela?.... ¿y tú?.... sí.... si.... Assam quiere ser cristiano pronto.... Bautizame mañana mismo si quieres: Assam se dejará bautizar bien. Nadie se bautizará mejor que Assam.

Así quedaron zanjadas todas las dificultades. Desde aquella tarde comenzó la enseñanza religiosa del asiático, y á la vez á ser el preferido en el corazón de Carmela, la cual no le miraba ya con tanto despego.

Lo llevaron al cuarto de los altares é imágenes y se los enseñaron uno por uno.

Al verlos' aseguró Assam, por hacerse el instruido, que él tenía una lamparilla igual á aquella y otras imágenes iguales, pero más bonitas, pues estaban pintadas con vermellón y llenas de dorados.

Preciso fué convencerle de que sus santos no eran mejores ni siquiera iguales, pues los que se le mostraban, aunque él los veía allí, no estaban allí, sino en el cielo y los suyos en ninguna parte ó eu poder del demonio para engaño de los humanos.

De seguida comenzaron á enseñarle el catecismo.

Assam eran inteligente, atendía con todo su corazón á aquellas explicaciones y las repetía luego con

una fidelidad que animaba y enorgullecía á sus maestras.

Sin embargo, un dia se permitió una broma que incomodó á Dª Justa.

Se trataba de los ángeles y le explicaba la buena y devota señora que eran unos espíritus puros, sin cuerpo, como lo indicaban en los cuadros de santos aquellas cabezas con un par de alas solamente, muy bellos, muy buenos, con unas caras lindísimas.

Assam, entusiasmado, se volvió hacia Carmela y le dijo:

—¡Oh! los ángeles no son más lindos que tú.

—¡Eh! ¿qué es eso, señor Assam? ¿se chancea usted? cuidadito que entonces no le enseñamos y no se bautizará usted.

Assam, verdaderamente arrepentido, pidió mil perdones á Doña Justa y le rogó que lo bautizara cuanto antes, que él no volvería á decír otra vez que los ángeles se parecíau á Carmela.

## XX.

Poco tiempo transcurrió hasta el bautizo de Cipriano Justo Assam, que este fué el nombre que sacó de pila el asiático: aún conservaba cortado el pelo de la parte posterior de la cabeza, operación que se le hizo para que recibiera más directamente el agua bautismal. Cipriano, por el santo que el martirologio romano conmemoraba el dia de la ceremonia: Justo, por deferencia á su futura suegra:, y Assam, su nombre verdadero, le quedó de apellido.

Cada dia iban estrechandose más y más los lazos de afecto entre aquellos cuatro séres felices.

El Nené adoraba á Cipriano y había aprendido á llamarle en su graciosa jerga: Piano.

¡Piano! y un chasquido de lengua le servía al Nené, para significar al complaciente asiático que lo llevara á ver bañar caballos. ¡Piano! y soplar ruidosamente, significaba que lo llevase en el vapor, en el ferrocarril.

Y por más que Carmela, hundiendo las teclas de, piano para que sonasen y señalando luego á Cipriano

repetía cien veces al niño: Mira, Nené, piano, es esto, Cipriano esto:—el Nené seguía en su invariable tema.

Assam, ó bien Cipriano, enloquecía al muchacho. A veces lo acostaba sobre la mesa del comedor y se pasaba horas enteras hundiendo su chata y amarillenta nariz en aquella gorda y fresca barriguilla, diciendo que se la quería comer, con lo cual hacía cosquillas al muchacho, y poniéndole sobremanera nervioso, le hacía reir desesperadamente.

Por las tardes continuaban los paseos. Caminaban como si ya estuviese constituida definitivamente la familia. Cipriano á cuestas con el niño, le compraba iglesillas de azúcar, perros y leones de pasta de almendras, habilidad de sus paisanos. Y Doña Justa y Carmela iban por delante de ellos.

Una tarde instó Assam á sus amigas que se llegaran hasta su casa para tener el gusto de enseñársela.

Cuando llegaron ambas mujeres ante la puerta de la casa del asiático, tuvieron una desagradable decepción· Sucia, oscura, ennegrecida por el humo de sarten en que hervía media docena de peces y por el de la lámpara de petróleo que se encendía de noche, ocupada por un miserable puesto de frutas en que apenas había un par de racimos de plátanos casi pasados, media docena de cañas torcidas de puro viejas y colocadas dentro de un barril desfondado, varias naranjas peladas y de tantos dias que su blanca corteza estaba agrietada, reseca como pergamino, todo lo cual vendía un desgreñado y flaco compatriota de Assam vestido con aquella sempiterna blusa de color carmelita y anchos pantalones azules.

Era todo mezquino, pobre, repugnante.

Tras del mostrador, había clavado en la pared una especie de mapa en que aparecía pintado torpemente, con chinesco estilo, un gran muñeco, que, á manera

de llagas, tenía repartidas por todo el cuerpo hasta treinta y seis figuras.

Assam detuvo al Nené ante aquel exótico mamarracho, y señalando varios puntos, hacía ver al niño:

—Mira, Nené, fúúú un vapor; !ay que miedo! ¡un muerto! un pavo real, un pescado chico, un toro, una luna, un cochino, una cachimba, un gato, una jicotea, como las que tienes allá, en tu casa, dentro del barril de agua de legía, un cangrejo, eomo los que cogemos en la playa y atámos con un cordel, curas, monjas.....

—¡Vamos no juegue usted con esas cosas, D. Cipriano! exclamó Dª Justa,

—¡Oh! sí, así se llaman, Assam no juega, replicó el asiático. Y prosiguió señalando al Nené las figuras, borrachos, limosneros, guapos, mujeres, caballeros....

El niño se aburrió, y no menos Carmela y Dª Justa porque aquellas figuras necesitaban la interpretación oral de Assam para que se adivinase lo que eran, como el célebre gallo del pintor de Ubeda.

—Adelante, exclamó Assam á cuestas con el Nené. Y atravesaron la trastienda.

Siguieron un largo y estrecho pasadizo al cual caían las puertas de varios cuartos, abiertos unos, cerrados otros y ocupados todos por una abigarrada colonia asiática.

Una corta escalerilla de madera, agrietada por el sol y roida por los ratones y la humedad, conducía á la habitación de Assam, ámplia, fresca, ventilada, llena de muebles valiosos y mil objetos de China de gran mérito.

Nadie podía sospechar que en el fondo de aquel miserable tugurio, que olía á opio y aceite hirviente por sus cuatro costados, hubiese aquella habitación adornada con un gusto y riquezas de príncipe.

Biombos, farolonas, cajas de sándalo, babuchas de gruesa suela y con las puntas muy encorvadas hácia arriba, todo exótico, raro, pero luciente, sin un polvillo, ordenado al gusto de su propietario, que gozaba con las sorpresas que llevaban Dª Justa y Carmela en su minucioso examen de todos aquellos objetos.

El Nené cargó con cuanto pudo, Assam reía de verlo tan apurado, arrojando al suelo tres objetos cada vez que quería coger alguno que se le había caido.

—¡Qué lo rompe, todo D. Cipriano, y es una lástima clamaba Dª Justa.

—Oh! se compra otro, afirmaba el generoso D. Cipriano, Justo Assam, llenando las pequeñas manos del Nené con mil chucherías de su tierra.

—¿Y todo esto es de usted, D. Cipriano? preguntaba Dª Justa.

—Todo, todo: desde la puerta para acá D. Cipriano es el dueño. Cobra y paga todo, afirmó orgullosamente Assam.

—Ah! muy bien! interrumpió Dª Justa, señalando la cama del asiático, la palmatoria y los sillones, donde lucían algunos adornos de cintas y tejidos que ella y Carmela le habían regalado: ¿ahí tiene usted esas boberías?

—Nó, boberías nó: para D. Cipriano eso vale más que todo, respondió el amable y cortés asiático.

—Y dime, Cipriano, preguntó Carmela, ¿quién compra esas frutas tan malas que tienes allá en la puerta?

—¿Quién? todo el mundo: así como tú ves, esa frutería gana más que todas las de la Habana juntas.

Dª Justa y Carmela salieron sumamente complacidas de casa de Assam.

Así pasaban los dias; pero no sin variación, que el asiático se había vuelto más serio. Algunas burlas descaradas de los pilluelos y mozalvetes lo habían

amoscado un tanto. Ya no iba el pobre tan orondo y satisfecho, cuando salía acompañando á sus amigas.

Además, mostrábase muy celoso desde que Carmela había correspondido á su pasión: quejábase de que la joven no le tratase con más afecto, y se enfurecía cada vez que notaba que su mirada se fijaba en cualquier otro hombre.

A Tocineta, que había seguido burlándose de él, lo cogió un dia por la pechera de la camisa, sacó del cinto una luciente navaja y le amenazó con que le cortaría el pescuezo como siguiera embromándole.

Tocineta enmudeció y cobró un terror pánico al asiático.

Sin embargo, nada oscurecía ya la dicha de que iban á colmar aquellos séres con el próximo matrimonio del cristianizado D. Cipriano Justo Assam y la bellísima Carmela, cuyos encantos crecían de dia en dia y se realzaban con los magníficos trajes, adornos y joyas que la pródiga mano del rumboso asiático le proporcionaba.

## XXI.

Una mañana que Carmela regaba las flores del terrado, Tocineta, que volvía de la plaza, con un *jabuco* repleto de viandas, terciado al hombro y sobre la cabeza una canastilla cargada de carne, huevos, pescados y un par de guineas atadas por las patas al borde de la cesta y cabeza abajo, llamó misteriosamente á la hermosa joven.

—¿Todavía sigues con tus gracias? Pues mira que hace tiempo que estaba descansando de ellas....

—Bah! entonces no diré nada.

—Bien: ¿qué quieres?

—Nada, quiere decir, que ya llegó el niño Joaquín.

Carmela palideció y se quedó mirando de hito en hito al negro, en cuyos carnosos labios brillaba una sonrisa entre burlesca y maligna.

—Vaya, déjate de confianzas.

—Bueno, yo se lo decía, nada más que porque lo supiera; si no quiere creerlo, á mí ¿qué me importa? replicó Tocineta alzando los hombros.

—Pero.... eso.... ¿es verdad? preguntó con interés Carmela.

—Por esta doble y santa cruz, afirmó Tocineta cruzando los pulgares de ambas manos sobre el índice y besándolos muchas veces.

Carmela quedó profundamente pensativa: una nube sombría enturbió su mirada y sintió en sus oidos mil agudos ruidos. ¿Por qué fatalidad venía á darle Tocineta aquella noticia? El solo nombre de Joaquín y el saber que había llegado, le causó una sorpresa de que ella se había creido hasta entonces ajena é indiferente. Todo aquello ¿no había pasado ya? ¿no estaban arregladas las cosas de otra manera? ¡Joaquín, Joaquín, ah! no lo había olvidado, no podría olvidarlo jamás! Era su amor primero y su amor único!

Tocineta se había retirado ya á la cocina: y allá fué á buscarle Carmela.

—Dime, volvió á preguntarle: ¿lo viste?

—No señor..... quiere decir.... sí, señor....

—¿Cómo?

—No lo ví, porque se lo pregunté á la cocinera de allá, que es comadre del criado de mano de aquí á la otra puerta, esta mañana, en la plaza.... Y sí lo ví, porque ayer tarde me lo encontré paseando; primero se me pareció á él.... luego, me quedé mirando y diciendo, ¡bendito sea Dios!.... Viene colorado, gordo, está hecho un americano. Por eso le pregunté hoy á la cocinera de allá, para estar más cierto.

—Y ¿qué te dijo la cocinera?

—No señor, no me dijo nada.

—¿Cómo, no, te dijo nada? ¡qué torpe eres! ¿no acabas de decirme....?

—Ah! sí, señor; pero ella no me lo dijo: yo se lo pregunté.

Tocineta, cuando quería enterar á cualquiera de una

cosa que le interesara, se hacía más torpe aún de lo que realmente lo era para darse importancia.

Carmela se sentía mal; aquella revelación inesperada la había conturbado hondamente: sus mejillas se enrojecieron, su mirada brilló con fulgor extraño.

—Oye, Tocineta, ¿quiéres servirme bien?

—Yo?.... dijo el negro, queriendo expresar con este monosílabo todo su afecto, ¿yo?.... repitió, si usted me manda que encienda hoy este fogón en el sol, *manque* sepa que me mato, subo á encenderlo.

—Bueno: todo ha de quedar entre nosotros.

—Sí, señor.

—Jura.

—¡Por Dios santo!

—No, así no.

—Pues que vea á mi madre con cuatro velas.

—Eso es: está bien. Si ves á Joaquín, dile que venga á hablarme: que quiero decirle muchas cosas; que no tenga miedo, que nada le sucederá. Lo aguardo en este terrado ¿sabes?.... No,.... espera; no está bien así: será mejor que le escriba: tú le llevarás la carta, sin que nadie te vea, ni lo sepa ¿oyes?

—Lo haré todo como la niña me manda. Mejor quiero verla casada con el niño Joaquín Fernandez, que no con ese chino *manila* tan soberbio. Es malo: yo se lo digo. Es capaz de cortar el pescuezo á cualquiera.

Carmela se retiró.

Dos dias después estaba cumplido el encargo de la joven.

Aguardó que el obeso negro regresara de la plaza y le preguntó:

—¿Ya?

—Sí, señor.

—¿Y qué dijo?

—Se lo echó en el bolsillo.

—¿No sabes si la leyó?

—¡Cuando la guardó.... la leería!

—Te preguntó por mí?

—No, señor.

Carmela quedó un instante desorientada.

Luego, fijando su mirada en el rostro ancho y mofletudo de su interlocutor, le indicó:

—Tocineta, tú sabes algo y no quieres decírmelo: no me hablas claro..

—Es verdad!

—Y entonces.... ¿por qué?

—Nada.

—Nada, no; habla; dílo todo sin miedo.

—Vale más....

—Tocineta, te digo que no, habla....

—Pues bien.... quiere decir.... que el niño Joaquin se casa.

—¡Se casa!

—Sí, señor, con una prima que tiene llamada Luisa: para eso vino expresamente del Norte.

Aquellas palabras de Tocinta, fueron un rayo para Carmela. Sintió que toda la sangre refluía á su corazón, y que sus sienes y extremidades se enfriaban.

—Cuándo? balbuceó.

—Mañana.

—¡Mañana! tan pronto! ah, falso, ingrato, exclamó rabiosamente. Oye, Tocineta, dí, ¿en qué punto? ¿á qué hora? prosiguió con vehemencia.

—Eso no lo sé, contestó Tocineta.

—¿Me quieres hacer un favor?

—Sí, niña, este negro está para servirla hasta morir.

—Pues averigua dónde se casan.

—Sí, señor.

—¿Y á qué hora?

—Sí, señor.

La joven quedó taciturna, nerviosa, preocupada con

mil pensamientos y recuerdos que impresionaban su imaginación fuertemente y la atormentaban de modo cruel.

Algo llegaron á notar Dª Justa y hasta el mismo Assam, á pesar de todo el disimulo de Carmela.

Pronto supo Tocineta por la comadre de la otra puerta, la hora y el lugar en que debía efectuarse el matrimonio de Joaquín, y lo dijo á la joven.

Los celos más rabiosos despertaron de improviso en el ánimo de Carmela las últimas noticias del negro. ¡Ya todas sus dudas quedaban disipadas, era inevitable! La certeza y seguridad con que daba sus noticias Tocineta no le permitían abrigar la menor duda. Ah! una idea terrible amargó sus padecimientos: Joaquín la despreciaba por una cosa, ¡sólo por una cosa!.... porque la consideraba de inferior raza. ¿Y por qué cuando vino á robarle las primeras y más puras palpitaciones de su virgen corazón no lo pensó así? Ella entónces, tenía solo imperfectas y vagas noticias de esta inferioridad de su clase, pensamientos que como sombras débiles desaparecían ante las sonrosadas claridades que vertían por el mundo las ilusiones de su alma juvenil y pura. ¿Por qué le prometió tantas cosas que ella ni le había pedido, ni siquiera pensado? ¿Por qué engañarla así? Ella hubiera caido en sus brazos de cualquiera manera, porque lo amaba, porque estaba dispuesta á sacrificar su vida entera por él.... Pero, más que el mismo honor que se le había arrancado llenaron de veneno su alma, de lágrimas amargas sus ojos, aquellas promesas incumplidas que exaltaron su fantasía, predispuesta á los ensueños dorados, en aquella hermosa edad de su vida.

¡Miserable, ingrato! ¿Quién le amaría más que ella? Aquel Nené era su hijo, tan blanco... tan puro como él!

Comparó el destino que hubiera tenido sin la falsa

conducta de Joaquín, sin su perfidia é ingratitud, con el que le aguardaba al lado de aquel asiático á quien nunca había amado, y que odiaba ya, y por sus mejillas rodaron lágrimas de fuego, mientras que su seno hermoso bajaba y subía agitado por los sollozos.

El dia siguiente por la noche, unos momentos antes de la hora en que debía efectuarse el matrimonio de Joaquín, rogó Carmela á Assam con mimo irresistible que la llevase á la iglesia de.... á oir una salve.... Luego, dijo disimuladamente al Nené:

—Piano y yo vamos á pasear, ahora, al vapor.

Esto bastó.

Fué necesario que Assam cargara con el niño para que no llorara.

Doña Justa, á pesar de los ruegos de Carmela, ni quería ir por hallarse algo indispuesta, ni tampoco dejarla salir sola con el Nené y Assam. ¿Qué diría el vecindario? ¡Una locura!

—Pero, ¡si vamos á la esquina, Mamita!

—No le hace, niña, está muy mal visto.

—Pues pregúntaselo á Cipriano.

Éste sintió al mismo tiempo una irresistible presión en el brazo, del cual estaba apoyado ya el escultural de Carmela, y no se atrevió á contradecir á la linda joven.

Mintió, de palabra, por la primera vez, después de ser cristiano.

Sí, señora, nada más que hasta la esquina, replicó Assam.

Y sin oir la réplica de Dª Justa salieron apresuradamente.

Casi en este mismo instante que salían de la alegre casita de la calle de San Lázaro, Assam y Carmela asidos del brazo, salía también mucha gente de la soberbia morada de los Fernandez, que tenía su fachada iluminada como el dia de aquel gran baile y rodeada

de tantos lujosos trenes como entonces, los cuales se pusieron en movimiento uno tras otro ordenadamente, luego que Joaquín y Luisa ocuparon los dos primeros.

## XXII.

Las puertas del templo estaban abiertas de par en par. La claridad de los cirios, que iluminaban espléndidamente lo interior, salía por algunas altas y pequeñas ventanillas y se derramaba por el sombrío empedrado de la calle.

El templo estaba iluminado, pero solitario. El órgano que llenaba las anchas bóvedas con sus acordes sonoros que por todas partes retumbaban y hacían vibrar los cristales de las altas ventanillas y los de las urnas de las imágenes, permanecía silencioso.

Ni el más leve movimiento de ceremonia se notaba ante los altares.

La sotana del monaguillo que enderezaba los pabilos de los cirios y los encendía parecía un punto negro con los contornos diafanizados por el cruzamiento de tanto rayo de luz y tanto reflejo.

Los transeuntes extrañaban aquella novedad y se interrogaban unos á los otros, perdiéndose en conjeturas.

Un mendigo intruso, que regresaba de la sacristía,

los sacó á todos de dudas diciendo que aquella noche se celebraba un matrimonio de todo rumbo.

Algunos entraban, caminaban á lo largo de las naves, y aburridos de verse casi solos, se retiraban.

Sin embargo, poco á poco se fueron formando algunos grupos que atraían más que la soledad y el recogimiento del templo.

Llegaron Assam, Carmela y el Nené; y entraron.

El asiático quería retirarse.

¿Qué iban á buscar allí? ¡Caprichos de Carmela!

Mas ésta replicó que no se iría del templo hasta que concluyera la fiesta.

Por primera vez: Assam se incomodó y la contrarió.....

Pugnaba por convencerla de que debían retirarse, ¡era una bobería estarse de pié sin ver nada! Pero lo cierto del caso era que después de hilvanarse los sesos para atinar con el propósito que había inducido á Carmela á ir allí, se había puesto celoso.

Echaba miradas de odio á un grupo de hombres que se atrevieron á dirigir á la hermosa joven algunas frases galantes al pasar por su lado.

Por fin un coche se detuvo ante la puerta del templo.

El corazón de Carmela palpitó con fuerza y su rostro se demudó por completo.

El rumor de la compacta concurrencia que se agrupaba, para ordenarse, al lado del cancel, repercutía en lo interior de la iglesia como lejano ruido de una grande ola que se estrella en riscosa playa.

Luisa, belleza angelical, tímida, candorosa, coronada de azahares, vestida de blanco y finísimo lienzo, velada por una tela casi impalpable, parecía, iluminada por aquella radiante claridad de tantas luces, una transparente visión que iba á desvanecerse de un momento á otro.

Su esbeltez, su belleza, su estatura un tanto elevada, unida á la majestuosidad graciosa y natural de su paso al avanzar por la nave central del templo, atraían con religioso respeto las miradas de todos.

Carmela vaciló.

En su frente sentía ese calor intenso y en su boca esa sequedad saburrosa de la fiebre: su mirada era sombría.

Joaquín, rebosante de salud y de gozo, conducía hacia el altar, donde para siempre debían unirse, aquella mujer que en su rostro de una belleza apacible, modesta, tenía grabada toda la pureza de su alma.

Los concurrentes, personas muy distinguidas seguían lenta y gravemente detrás.

Ya por una puertecilla del lado izquierdo del altar asomaba la dorada casulla del sacerdote.

En este momento Carmela, abandonando el brazo de Assam, hizo un brusco movimiento que á muchos llamó la atención, y más, la chocante desenvoltura con que atravesó la nave central á pocos pasos de los novios.

Joaquín, al verla, se extremeció, á pesar de toda la serenidad que quiso conservar; y quedó pálido tembloroso.

Comprendió que solo podía sostenerle su fuerza moral en aquel momentó.

Las piernas le flaqueaban.

Cuando Carmela desapareció en la oscuridad que envolvía el rincón de una de las naves se sintió como aliviado de un peso enorme que le agoviaba.

Assam se dirigió con soberbios gestos al punto donde se hallaba Carmela y le advirtió que se marchaba.

La joven no hizo caso.

Habíase colocado en un ángulo del presbiterio, frente al cual tenía lugar la ceremonia.

El silencio era solemne.

Solo se oía el chirrido de las cien llamas que fundían la cera de los cirios haciéndoles chisporretear.

La mirada de Carmela estaba fija, vidriosa: la joven contenía su respiración agitada. Sentíase sin valor.

El Nené estaba de pié ante ella medio oculto entre sus faldas.

Las mujeres y algunos hombres contestaban, junto con el monaguillo, los rezos del sacerdote y entonces se esparcía un gran zumbido por todas las naves como si por entre arcos y columnas cruzasen y recruzasen en vuelos ráudos centenares de abejorros.

El perfil sombrío del rostro de Carmela, con sus líneas más marcadas por la contracción de los músculos, se destacaba sobre una estirada cortina de damasco rojo con dorados ribetes que la claridad de las inquietas bujías parecían inflamar.

Sentíase la joven desfallecer, no tenía alientos para hacer lo que había pensado: estaba desconocida, un círculo negro bordeaba sus ojos; su cuerpo se agitaba con nerviosas contraccciones; por su frente, helada como el mármol, corría fino y frio sudor, sus manos temblaban y su negra y áspera cabellera, mal peinada, se había desatado en desiguales mechones.

Assam se entretenía en mirar aquella ceremonia de su religión, nueva para él.

El sacerdote, vuelto de cara á los presentes, nombró por todos su nombres y apellidos á Luisa y á Joaquín y añadió la frase sacramental de: "Pretenden contraer matrimonio, si alguno supiere algún impedimento, manifiéstelo con tiempo."

Un grito agudo, un rugido como de rabiosa hiena cuyo eco pareció aumentar y repercutir por todo el templo, extremeció la concurrencia.

Del ángulo sombrío del presbiterio se lanzó una

figura humana, una sombra, un espectro, clamando con grito que parecía arrancar de las entrañas:

—¡Sí.... éste!

Y alzaba con sus rígidos brazos un hermoso niño cuyos contornos vieron dibujarse todos, sobre el llameante fondo del altar, en tanto que los cirios, como estrellas ó aureolas inflamadas, circundaban el perfil de la robusta criatura.

Don Julián, pálido de ira, volvió el rostro, y con ademán violento y arranque de repentina inspiración secundó aquel terrible grito con otro que no causó menor espanto:

—Echen de aquí esa loca.

—¿Loca?.... loca!.... es verdad; pero éste no es un loco.

Y seguía agitando entre sus convulsos brazos al niño.

Dos lacayos que habían penetrado en el templo para presenciar la ceremonia, y otras personas, acudieron presurosas, y mitad á empellones, mitad casi arrastrada, pues á los pocos pasos que dió perdió el sentido, arrastraron á la alborotadora á las puertas de templo.

—¿Loca?

—No; borracha.

Y depositándola en la acera volvieron á entrar.

La breve ceremonia prosiguió sin más accidente hasta su terminación.

Mientras estaba tendida en el duro y enlodado pavimento de la calle aquel cuerpo si sentido, tuvo lugar una escena que solo presenciaron dos ó tres mendigos, otros tantos pilluelos y algunos lacayos.

Assam se arrodilló ante la desmayada joven, que con su túnico ajado y hecho jirones, parecía una mísera pordiosera, la cogió por los hombros y como si

con aquella cabeza caida hacia atrás pudiera verlo y oirlo, exclamó:

—Assam no se deja engañar.

Y le dió una bofetada.

Se alejó diez ó doce pasos dejando abandonado aquel rendido cuerpo y al Nené, que de pié al lado de su madre la miraba con inocente asombro sin atreverse á reir ni á llorar.

Luego volvió Assam: por un resto de compasión llamó un coche, y auxiliado por los mendigos detenidos ante la puerta del templo, subió al coche á Carmela y al niño.

La concurrencia salió á poco del templo comentando aquel inesperado; pero ningún comentario era desfavorable: todos los de este género se estrellaban ante la tranquila actitud del feliz Joaquín y del impasible Don Julián, que bromeaba á más y mejor sobre el asunto.

Luisa, aquella alma cuya pureza á manera de alas le alzaban muy por encima de las miserias de este mundo, derramó dos lágrimas de compasión por aquella infeliz que le había dado tan gran susto, que creyó morir, con aquel arrebato de locura.

—Ya lo creo, mi vida, respondían á coro Dª Mariana y Dª Inesilla moviendo la cabeza:

—¡Qué ocurrencia!... ¡Qué cosas se presentan!... ¡Qué cosas!.... ¡Si parece mentira!....

Pronto abandonó la concurrencia el templo; y más pronto aún condujo el coche á Assam, Carmela y al Nené á casa de Dª Justa. Y sin hablar palabra, á pesar de las repetidas preguntas que con ansiedad infinita, con ruegos y hasta con amenazas, le hacía la angustiada señora, depositó Assam sobre el sofá á Carmela, que aún no había vuelto de su desmayo, y se retiró, deshaciendose bruscamente del Nené, que le tenía agarradas las manos.

Doña Justa sola en la casa y sorprendida con aquella escena no atinó más que á ordenar á Tocineta:

—Corre.... llama á D. Cipriano... Vírgen de las Angustias.... ¿Qué significa esto?...... Me ahogo, clamaba la infeliz sintiendo las irregulares y tardías palpitaciones de su corazón.

Tocineta no se atrevió á dar dos pasos más allá de la puerta.

No se explicaba aquello. Sabía que Carmela, el Nené y Assam habían dicho que iban de paseo á la esquina: se habían tardado mucho; y ahora traían á la joven en aquel estado.....

Tal le pareció que venía muerta cuando el asiático la bajó del coche.

Carmela al volver en sí presa de una pena profunda que desahogaba con abundante llanto y desgarradores sollozos, lo explicó todo.

Dª Justa al tener noticia, por boca de su misma hija, de suceso tan escandaloso, se emocinó tanto, que recrudecido de momento su mal de corazón, quedó muy quebrantada.

Pero otro fué el golpe que la hirió más profundamente.

A la siguiente mañana, estando en la sala, ella, Carmela y el Nené, pues querían á todo trance ocultar á todos aquellos sucesos con apariencias de tranquilidad, entró una oficiosa vecina, perteneciente á ese crecido número de personas que quieren ser siempre las primeras en dar una noticia, cualquiera que sea, buena ó mala, y exclamó con fingida sorpresa:

—¿A qué no saben ustedes lo que acaban de decirme ahora?

—¿Qué? contestó Dª Justa, fingiendo completa indiferencia.

—¿Ya ustedes lo saben?.... Yo no quisiera venir á asustarlas....

Y sin otro preámbulo, les enteró de que aquella misma mañana, habían encontrado degollado con una navaja barbera al asiático D. Cipriano, que visitaba la casa.

¡Qué soberbios son los chinos!

Dª Justa se llevó ambas manos al pecho, oprimióse con fuerza el lado del corazón, quejóse de un dolor agudo, luego de una grande sofocación que la impedía resollar, y cayó de la ancha butaca donde estaba sentada al suelo, entre el Nené y Carmela, que la contemplaban aterrados.

Estaba muerta.

# EPILOGO.

La luna, cernida en lo alto de la azul bóveda, brillaba con esplendidez.

En el mar tranquilo rielaba aquella claridad hermosa: y las suaves olas que venían á morir en la playa, heridas por la luz, lanzaban reflejos nacarados.

El terrado, repleto de flores abiertas y que perfumaban con su penetrante aroma el ambiente fresco de la noche, recibía de lleno, en sus muros blancos y en su suelo de seca piedra, aquella luz plateada.

Todo era paz, quietud, silencio.

Y aquella espléndida claridad del astro hermoso, aquellos reflejos de tinte azuloso, plomizo á veces, fijos, muy fijos siempre, contrastaban con la rojiza iluminación de las vacilantes llamas de los cirios de amarilla cera que arrojaban sobre un túmulo, levantado en el cuarto de las imágenes, su triste claridad.

La silueta de una ventanilla se dibujaba sobre el suelo del terrado, con la rojiza claridad de lo interior un tanto desvanecida por la luz, más intensa, de la luna.

Ni gritos de pájaros, ni agudos ladridos, ni charla de

cotorras, ni música de piano, ni la graciosa jerga del niño, se oía ahora en la alegre casita de la calzada de San Lázaro: oíase sólo chisporretear de cirios, golpear despabiladores sobre el ancho borde de los grandes y dorados candelabros, el conmovedor rezo de algunas señoras enlutadas y el sordo rumor del oleaje entre las rocas de la playa.

Todo estaba cambiado: negras alfombras ocultaban las losas del suelo, ahogando con su lana el ruido de las pisadas.

Y en vez de las coloreadas imágenes y del altar, con sus cúpulas de aros de barril, y pabellones de damasco, caían por las paredes negras colgaduras adornadas de franjas de plata.

Los perros se habían acurrucado, como en tiempo de frio, en un rincón de aquel cuarto; el gato había tomado posesión de una silla y miraba con sus ojos hermosos el reflejo que en los dorados producían las inquietas llamas de las hachas.

Allí permanecían aquellos animales, tristes, cabizbajos, y en vano que se les quisiera arrojar de allí: obedecían, pero luego regresaban á su sitio, con lo cual aumentaban la compasión de los que los observaban.

Muy justo era que pasasen también el último día al lado de la que tanto les había acariciado.

Dª María de Jesús, Chucha, la antigua amiga de la pobre Dª Justa, tan desfigurada ya dentro de aquel sarcófago barnizado de negro, era la que atendía á todo.

Carmela se había encerrado en una habitación, y se negaba á recibir visitas y á hablar. Aquellos dias fueron los más tremendos de su vida. Y aquella terrible noche la había envejecido diez años.

Estaba sóla, desamparada, y tan aturdida con los rápidos y dolorosos sucesos que había experimentado,

que prefería morir también. Ah! pero el Nené, tan hermoso, tan inocente, tan ajeno á todo, y que dormía con sueño profundo, haciendo oir su respiración tranquila, le daba alientos para seguir viviendo y para sacrificarse por él.

Cuando los primeros y sonrosados albores del dia, fueron extinguiendo la luz de la luna que brilló casi toda la noche, la infeliz Carmela sintió redoblarse su desaliento inmenso.

Horas después, se habían llevado ya el cadáver de su Mamita. Su conciencia la acusaba de ha berse portado muy mal con ella. Dª Chucha, la última amiga que quedaba allí, le advirtió que se retiraba á su casa á descansar.

Salió entonces del aposento en que había permanecido toda la noche invisible para todos, y le pareció estar en el fondo de un sepulcro, sola, abandonada de todos para siempre. Los últimos sucesos se habían precipitado con aturdidora rapidez.

Ahogábale la congoja, y recorrió toda la casa derramando abundantes lágrimas.

Tocineta era el único que quedaba allí.

—¡Qué aislamiento! ¡qué soledad! ¿quién me amparará? ¿á quién dirigirme? se lamentaba la infeliz con desgarradora voz.

Y Tocineta, que la oía, sintió extremecido todo su ser, movido por arranque de cariño sincero y ardiente, que le dignificó á sus propios ojos, se irguió, púsose de pié ante la joven, y le dijo con voz firme:

—Aquí estoy yo.

Carmela, le miró y su mirada, lúcida por la desgracia, le hizo reconocer toda la sinceridad del pobre y despreciado Tocineta. En aquella ocasión suprema, parecióle que se le mostraba como por un intersticio abierto de improviso, toda la bondad de aquella alma sencilla, y sintiendo que necesitaba del más débil apo-

yo, nada contestó, acercóse al negro, que abrió sus brazos, la estrechó contra su pecho é imprimió en su tersa frente un ardoroso beso.

Carmela permaneció sollozando largo rato.

Y en el rostro mofletudo del negro brillaba una alegría indescriptible.

**FIN.**

**Habana 14 de Octubre de 1886.**

# OBRAS
DE
# D. RAMON MEZA
(R. E. Maz.)

**PUBLICADAS:**

## EL DUELO DE MI VECINO.

## FLORES Y CALABAZAS.

**Dos novelas en un tomo de 164 páginas, (igual tamaño que el presente)**

***$ 1. B. B.***

## CARMELA................ $2 B. B.

**Se hallarán de venta en *La Propaganda Literaria*, Zulueta 28, entre Animas y Virtudes, y en las demás principales librerías de la Habana.**
**Los pedidos de provincias, diríjanse á *La Propaganda Literaria*.**

**SE PUBLICARAN:**

## MI TIO EL EMPLEADO. ULTIMAS PAGINAS.

## CROQUIS HABANEROS.

---